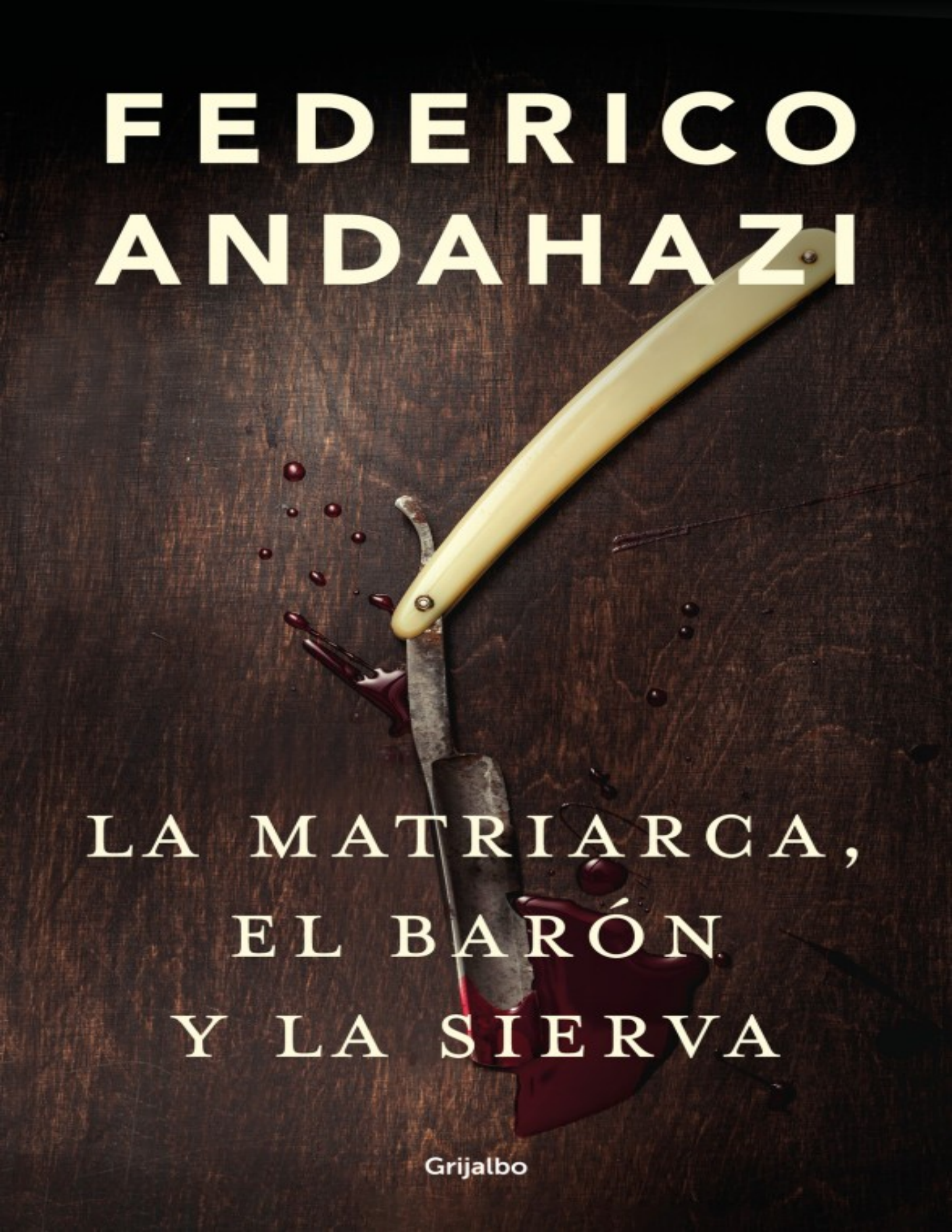
FEDERICO ANDAHAZI



LA MATRIARCA, EL BARÓN Y LA SIERVA

Grijalbo

FEDERICO ANDAHAZI

La matriarca, el barón y la sierva

Grijalbo

Los personajes y los hechos retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

1
La navaja

La navaja recorrió el contorno de la nuez hasta el mentón y a su paso abrió un sendero entre la espuma. En el hoyuelo que dividía la quijada del barón había quedado un punto blanco de jabón. Guardó el labio inferior entre los dientes y llevó la cabeza hacia atrás, de modo que no quedara ningún pliegue en la piel.

Ofrecía su cuello a la niña que lo afeitaba con una confianza que no se otorgaba siquiera a sí mismo. Cuántos, incluso algunos de quienes vivían en la casa del barón, a quien llamaban el gobernador, deseaban tener esa garganta al alcance de la mano para degollarlo como a un ternero. Acaso, medio país; acaso la mitad de los habitantes de la casa. La casa. Así mentaban todos a esa ciudadela en el centro de la ciudad.

Las manos de la niña que empuñaba el mango de nácar eran hábiles. Mientras paseaba el filo de la hoja plateada, cerraba los ojos e imaginaba. Conocía la cara del barón mejor que la de ella misma: había bustos y retratos del gobernador hasta en el lugar más recóndito de la casa. Podía afeitarlo sin mirar. Era la centinela del límite inapelable entre las patillas triangulares y el borde del cuello de la chaqueta adornada con laureles de hilos de oro.

María Emilia –así se llamaba la niña, María Emilia Rendo– apretaba las cachas de la navaja, cerraba los ojos e imaginaba que hundía el

metal y le surcaba el cuello desde la aorta hasta la yugular, justo por encima de la línea de la nuez. Imaginaba. Imaginaba que le abría la garganta y salía caminando, liberada, por la puerta principal hacia ese mundo exterior que no había vuelto a ver desde el día que llegó a la casa.

La niña sabía que mientras el gobernador permaneciera con vida no tenía forma de escapar. Deseaba que el barón muriera. El hecho de que lo amara, según debía creer, no era un impedimento para anhelar su muerte. El amor y la muerte habían convivido en ella desde siempre.

Conocía la frontera entre las patillas frondosas y el cuello de la chaqueta orlada con laureles dorados, pero no estaba segura del límite entre el amor y el odio. Los confundía. Una y otra vez los confundía. Cuando le acariciaba el cuello con la brocha y cuando imaginaba degollarlo. Los confundía. Cuando lo veneraba como a un padre, igual que todos en la casa, y cuando él la miraba con la lascivia furtiva de un amante. No podía distinguir el amor del odio cuando él le decía m' hijita o cuando se refería a ella ante los demás como la fámula. La fámula. Prefería que la insultara o que le pegara con el revés de la mano antes de que le dijera la fámula, el nombre exacto de la indiferencia. La fámula. Nadie.

El gobernador cubrió los dientes con el labio superior para extender la distancia que separaba la nariz de la boca. Era la parte más complicada. La navaja se trabó en el contorno de la fosa nasal y brotó un hilo rojo que tiñó la espuma. La niña limpió la hoja en la falda floreada y dejó sobre los pétalos un rastro de jabón, sangre y polvo capilar. Sintió la navaja sobre los muslos duros, masivos, forjados en el trabajo ingrato. Trabajaba por el techo y la comida.

La pollera era la hoja de rutina de la niña: el ruedo tenía un vivo rojizo hecho de barro, bosta y polvo de ladrillo adherido de cuando iba al corral que el barón había mandado hacer en un sector de las caballerizas para tener leche tibia de la ubre. La joven fámula traía los baldes de leche por el camino de ladrillos de aparejo mudéjar que conducía a la cocina. A la altura de los garrones, duros como los de un caballo, había una franja de óxido que coincidía con la forma del chapón protector de la cortadora de pasto Budding que el gobernador se había hecho traer de Inglaterra. La niña debía sentirse orgullosa de que el barón le concediera el honor de manejar la primera máquina cortacésped que había entrado en el país. Inglaterra era para el gobernador el nombre de sus más gratos sueños y el de las peores pesadillas. Inglaterra era el nombre del amor no correspondido. Acariciaba el sello «Made in England» de la cortadora con la melancolía de un adolescente despechado.

En la parte de los muslos, sobre el delantal blanco que cubría la falda de la niña, había rastros de carne fileteada, semillas de tomate secas, restos de albahaca disecada y polvo de leña. Ese perfume fresco la antecedía y dejaba una estela detrás de sí.

El gobernador se llenaba los pulmones con esa fragancia que era el opuesto a la del campo de batalla. La fámula rezumaba el aroma del amparo, del calor, de la abundancia y también el de la lascivia. Dentro de la casa era difícil percibir que la patria estaba en guerra.

María Emilia pasaba la hoja de la navaja por las mejillas del gobernador y limpiaba la sangre y la espuma que se mezclaban en la falda floreada igual que el amor y el odio. Algo semejante a lo que sucedía fuera de la casa, en esa ciudad en la que María Emilia jamás se había aventurado.

La niña tomó la toalla caliente doblada sobre la tapa de la salamandra y cubrió la cara del barón que, entregado, dejó escapar un gemido de dolor y satisfacción. María Emilia volvió a apretar el mango de la navaja y así, con el cuello del hombre entre sus manos, hundió el filo en la carne distendida. Un borbotón de sangre saltó de la herida y le salpicó los párpados.

2
La generala

La generala escribía doblada sobre el pequeño secretaire del dormitorio matrimonial, mientras la sangre del gobernador brotaba, silenciosa y profusa, en el cuarto contiguo. La generala no era la mujer del barón; todos sabían que el barón era el esposo de la generala. Aunque a veces le obsequiara la ilusión de que él era el emperador de aquella ciudadela, era ella, la matriarca, la dueña de la casa, la madre de la patria, quien dirigía al personal, administraba los campos y gobernaba el país.

No había decisión doméstica o asunto de Estado que no pasara antes por el tapete de cuero verde y algo raído del pequeño secretaire de la alcoba matrimonial. Desde la cantidad de fardos de alfalfa para los caballos, la importación de bayonetas, los sueldos de los peones de los campos y el de los diplomáticos, todo quedaba asentado en las listas de la matriarca:

- *27 pares de botas para mozos de cuadra….. 175,5 pesos.*
- *700 bayonetas WR Kirschbaum & Co., Solingen, con hojas de acero sueco, vainas pavonadas, con brocal, tornillo y remache…… 15.000 pesos*
- *22 bolsas de papa negra…. 3,5 pesos.*
- *Sueldo nuevo cónsul en Amberes…. 1.750 pesos.*

Para el gobernador, la sangre y la tinta eran elementos opuestos. Escribir era cosa de mujeres o, peor, de maricas. Mientras la tinta embebía la pluma con la que confeccionaba sus listas, la sangre empapaba la toalla blanca que rodeaba el cuello del barón.

La generala confiaba en la niña; ambas entendían que la confianza no incluía necesariamente la confesión. Sabían qué decirse y qué guardarse. Y tal vez, el nexo que las unía fuese el silencio, que, como debiera saber todo el mundo, es la argamasa más sólida entre las personas. Ninguna de ambas lo había dicho jamás, pero las dos compartían aquel sentimiento de amor tan cercano al anhelo de la muerte. No eran dos deseos, sino uno, el mismo. La generala y la sierva se conocían entre sí mucho más de lo que el gobernador las conocía a ellas.

La generala avanzaba sobre la voluntad de las personas como el barón en territorio enemigo. La primera gran conquista de la generala fue la del pensamiento del gobernador, antes de que ella fuese la generala y él, el gobernador. Como si fuese una marioneta, ella manejaba la voluntad y en sus manos tenía el cuerpo de su marido. Pero si era por preferir, hubiese preferido tener el cuerpo de la niña.

Un Jueves Santo, antes de que la fámula hundiera la navaja en el cuello del gobernador, la generala entró en el corral con la cabeza cubierta por una mantilla. Se levantaba la falda con la yema de los pulgares y los índices, mientras evitaba resbalar en ese suelo hecho de barro y bosta frescos. La niña apretaba sus propias ubres contra las de la vaca. Unas y otras estaban pletóricas de salud, de vitalidad y de leche. María Emilia siempre tenía un crío para amantar, aunque hasta entonces no había tenido hijos. Sentada sobre un banquito de

ordeñe, el pelo recogido con un pañuelo rojo, la pollera floreada plegada sobre las rodillas, la niña, pese a ser una niña, era la representación pagana de la fertilidad. Tanto que al verla, la generala se persignó por tercera vez en lo que iba del santo día. Y apenas despuntaba el alba. La matriarca le ordenó a María Emilia que la acompañara. La fámula obedeció. Se puso de pie y, pegado a su cuerpo, también se elevó el taburete de una sola pata que tenía sujeto a la cintura por una correa de cuero que le destacaba las formas. Cuando se incorporó, la falda bajó como un telón que puso fin, eso pensó la generala, al escandaloso espectáculo de las piernas largas y macizas. La fámula se quitó la cincha que mantenía unido el taburete a las ancas redondas, masivas, retiró el balde con leche del alcance de las patas de la vaca y salió del corral sin mirar a la matriarca.

La generala caminaba adelante con el paso corto pero veloz de sus piernas breves y regordetas. La sierva iba detrás; cada paso de ella equivalía a dos de la matriarca. La niña le llevaba al menos dos cabezas. Clareaba. La sombra infinita de la sierva se extendía a lo largo del sendero de ladrillo y eclipsaba a la generala y también a su sombra. Tal vez la niña no fuese más que una sombra, pero una sombra que podía cubrirlo todo; cuanto más se iluminaba ella, más se oscurecía el resto del mundo. Al menos, ese mundo delimitado por los muros altos del caserón. Para la fámula no existía otro mundo más que ese.

Aquel Jueves Santo, antes de que la niña hiciera brotar la sangre del cuello del gobernador, la generala le ordenó a María Emilia que entrara en la habitación. Solía hacerlo con alguna frecuencia. La mayoría de las veces, cuando necesitaba que alguien la escuchara.

La matriarca se recostaba en la cama con las piernas extendidas y la espalda apoyada contra la cabecera de bronce. La niña se sentaba en una silla que estaba en un ángulo del cuarto y la generala, entonces, se desahogaba. Le hablaba horrores de su suegra, la madre del barón, a quien odiaba con desprecio; insultaba a los capataces de los campos, a los generales del ejército, a los diplomáticos propios y a los extranjeros. Solía hablar con más desprecio de los suyos que de los enemigos. La sierva la escuchaba en silencio. No la miraba, no asentía ni negaba, no emitía interjecciones ni suspiros. Pero no se le escapaba una sola palabra.

La generala era una mujer francamente religiosa. Verdaderamente religiosa. Brutalmente religiosa. Creía en la ira de Dios. Creía en la furia y sabía ejercerla. La habitación estaba presidida por un enorme crucifijo sobre la pared de la cabecera de la cama. Sobre el secretaire, encima de la cómoda y sobre ambas mesitas de noche tenía imágenes de la Virgen. Era religiosa de una manera rústica, espontánea y, a su modo, pura. Dentro del caserón había una capilla y en la capilla, un cura. Cuando se hartaba del cura, cosa que sucedía con frecuencia, cruzaba a la Iglesia de San Ignacio o hacía unos pasos más y se llegaba hasta la Catedral; ambas, aunque estaban fuera del perímetro de la casa, oficiaban en los hechos como las capillas de la familia. La matriarca detestaba a los curas, sus peroratas, sus disquisiciones, su tendencia a las absoluciones ligeras y los perdones expeditivos. Los consideraba blandos, insulsos, desapasionados. Sin saber cómo expresarlo, creía que la teología –palabra que tal vez desconociera– era un insulto a Dios. Para ella no había nada que pensar, nada que dudar y sospechaba que Dios odiaba a los vacilantes. Era devota de la Virgen de

Guadalupe. Creía en la furia, en el sufrimiento, en el escarnio público, en el perdón sólo cuando el daño había sido reparado con el castigo y en el arrepentimiento, a condición de que surgiera de la penitencia. Para ella había pecados que sólo se redimían con la muerte. Si Cristo había sufrido el martirio y la tortura, por qué los simples mortales habrían de estar eximidos.

La generala odiaba la política. Eso, decía, era cosa de hombres. Las mujeres, en cambio, eran mejores para administrar. Mientras los hombres discutían con la vena inflamada que si el decreto o el acuerdo, que si el congreso o el bando castrense, que si el juez o el juicio sumario, la generala entraba en el salón, dejaba sus resoluciones en las manos del barón ante el silencio súbito del Gabinete y se terminaba la discusión. Desconocía a los tan meneados protagonistas de la Revolución Francesa –de la cual sólo sabía que era algo abominable–, no había leído un sólo capítulo sobre el derecho romano ni sabía quién era Rousseau. Ella hablaba del bien y del mal, del pecado y del castigo, del trabajo y de la holgazanería, de la paciencia y del hartazgo, de la vida y de la muerte, de los ricos y de los pobres, de los cristianos y de los indios y del odio más que del amor. En el mismo párrafo cabían los presuntos planes de Francia e Inglaterra y el horrendo vestido de su suegra, el fusilamiento de un oficial enemigo y la reposición de la vajilla. Todas las frases que contenían verbos conjugados en futuro estaban precedidas por un «si Dios quiere» y las que aludían a un pasado afortunado por un «gracias a Dios».

La niña escuchaba con la atención de una alumna aplicada. La matriarca expresaba sus opiniones sobre las personas con definiciones complejas, cuyo sentido la sierva a veces no llegaba a

comprender. Al párroco le decía culo con arandela o puto con mortaja negra; a los generales propios, cara de escroto y a los capataces, vagos hijos de la gran puta. Todos, salvo su marido, algunos muertos venerables y un par de generales enemigos, eran unos imbéciles. Y cada vez que pronunciaba imbécil destacaba la eme y la be apretando los labios con odio, llevando las comisuras hacia abajo.

Nunca hablaba con amor del gobernador, aunque jamás le faltaba el respeto porque, lo subrayaba, el respeto al hombre era cosa de Dios. Cada vez que mencionaba alguna característica del barón, le decía a la fámula «vos sabés». No eran anzuelos para confirmar sospechas ni trampas para tirarle de la lengua. «Vos sabés», añadía la generala cuando le contaba una intimidad a la niña. «Vos sabés» aplicaba a los pies siempre fríos del Gobernador, a su obsesión por la caída del pelo en la coronilla, a sus deseos de recibir el apoyo de tal o cual potencia extranjera o a sus arrebatos por discutir los tratados limítrofes internacionales.

Ese último Jueves Santo, antes de que la niña hundiera la navaja en la garganta del gobernador, la generala no había ido a buscar a María Emilia para conversar. La había despertado Dios antes del alba, con una revelación que incluía a la niña. Cada vez con más frecuencia, sucedía que un triángulo dorado que contenía un ojo, se posaba delante de la cama de la matriarca y le revelaba asuntos del Cielo que concernían a la Tierra. Ese Jueves Santo, mientras el gobernador estaba de campaña, Dios le dijo que debía saldar algunas cuentas con la niña.

Antes de invitarla a pasar al cuarto, la matriarca le ordenó a la sierva que le preparara una palangana con agua caliente, una jarra y

jabón. La esposa del gobernador se recostó como de costumbre con las piernas extendidas y la espalda contra la cabecera de la cama. Al rato llegó la niña con una criada vieja. Ella sostenía la palangana humeante con ambas manos, mientras la otra traía la jarra y unas toallas limpias. La matriarca le ordenó a la criada mayor que se retirara y cerrara la puerta. La niña pensó que la matriarca quería que le lavara la cabeza. Pero cuando se acercó a quitarle la mantilla, la mujer la apartó con la mano y le pidió a la niña que se sacara la ropa. Nunca antes le había pedido semejante cosa, pero la sierva accedió con naturalidad.

En el ángulo del cuarto más alejado de la ventana, cerca de donde se había posado el ojo divino antes del alba, la niña se quitó el canesú escotado por encima de la cabeza. Luego se desanudó el pañuelo rojo y dejó caer el pelo negro, pesado. Los bucles, largos, infantiles, tardaron en aquietarse, como si se tratara de un manojo de resortes. La generala, sin percibirlo, tomó entre sus dedos un mechón de su pelo hirsuto y delgado; no pudo evitar una involuntaria comparación. La sierva dejaba sobre la silla cada prenda que se quitaba con descuido, una arriba de la otra. La niña, pese a que era una niña, tenía una estatura imponente. En un trabajo paciente, sin apuro, fue desabrochando, de abajo hacia arriba, los infinitos botones de la blusa verde agua. La generala se sorprendió; ella lo hacía al revés: empezaba por los botones superiores. Para ella, ese detalle en apariencia intrascendente, establecía una diferencia existencial profunda e indecible. La sierva estaba en la primavera y la matriarca, había ingresado en un otoño voluntario. La niña se quitó la blusa y al aire quedaron los pezones semejantes a los anturios que la generala cultivaba en el jardín de invierno. Luego

se sentó en la silla y se sacó los zapatos acordonados hasta los tobillos. Después se incorporó, llevó las manos detrás de la espalda, se desató el delantal oliente a albahaca y leña, y luego se quitó la pollera floreada. Sólo quedaban los calzones blancos y amplios. Se tomó un respiro y, por fin, se los quitó, de pie, quebrando la cintura hacia adelante en dos movimientos rápidos. Y así se quedó, desnuda, delante de la silla en la que se apilaba la ropa.

Tendida en la cama, la matriarca observaba con detenimiento el cuerpo de la niña. Se detuvo en las imperfecciones. Cada defecto le agregaba una nota agreste como esos bosques silvestres, salvajes, mucho más hermosos que un jardín palaciego. La cicatriz que coronaba una rodilla, le acentuaba la parte anterior del muslo, como si fuese un trazo a lápiz. Los pezones, enormes, irregulares, no respetaban la edad ni los límites teóricos de la anatomía y se irradiaban desde el centro como las manchas caprichosas de los pétalos de los anturios. Tenía una musculatura como la de un niño. Desde los hombros hasta los antebrazos se marcaban dos venas como solían tener los peones jóvenes cuando cargaban ladrillos. La generala pudo percibir una perla blanca de leche que asomaba desde uno de los pezones. Brilló, se dilató, rodó como una lágrima clara por la piel y se precipitó al suelo. La sierva limpió la gota con la planta del pie.

La matriarca siempre intentaba imaginar qué pensaría Dios en cada circunstancia cuando Él permanecía en silencio. La generala se había replegado en una castidad prematura, más cercana al desinterés que a la observancia. Tenía demasiadas cosas en qué ocuparse como para pensar en algo tan carente de importancia como los asuntos de la carne. Ya tenía suficiente con las cosas de la

casa, la capilla, el cura, los campos, los peones, los capataces, los generales, los ministros, los planes de Francia, los de Inglaterra, el carácter de la madre del gobernador, el gobernador, los fusilamientos, los indultos, los malones, las bayonetas para el ejército, el precio de la papa negra, el canciller y el cónsul de Amberes. No podía detenerse a pensar por qué había perdido las humedades bajas ni en descifrar los ánimos nocturnos del gobernador. Ella deseaba vivir en paz ese grato y tibio otoño en la intermitente compañía de Dios, a quien esperaba sin ansiedad ni expectación.

Los hombres eran como animales. Ignoraba si su marido se había fijado en la niña –era difícil que no lo hubiera hecho–, o si se encontraba en secreto con ella. No le importaba tampoco qué podían pensar los demás sobre este asunto. Para ella era suficiente con que no la metiera en la cama matrimonial. Eso Dios nunca lo habría aprobado. Dios tampoco vería con buenos ojos que un hombre le confesara el adulterio a la esposa. El silencio y la ignorancia eran lo más sagrado para Dios, según entendía la generala.

Luego de observar a la niña un largo rato, la matriarca procedió a cumplir con la revelación divina. Le pidió a la fámula que se sentara en la silla, sobre la ropa, se levantó de la cama y acercó la palangana y la jarra. Era Jueves Santo. La mujer del gobernador se hincó delante de la niña, tomó el pie derecho de la sierva con ambas manos, lo puso sobre su regazo, humedeció un extremo de la toalla, lo ungió con jabón y le lavó primero el tobillo, de modo que la mugre escurriera hacia abajo y cayera dentro de la palangana. Frotó con fuerza para quitar un manchón grisáceo sobre talón. No era una formalidad; se había propuesto dejarle los pies inmaculados como

Dios manda. Siguió con el empeine, alto, curvo, pero de una tersura infantil. Sumergió el extremo de la toalla en la palangana y el agua se volvió turbia. La escurrió y procedió a lavarle con esmero los pliegues de los dedos donde hacía nido la tierra y se mezclaba con los efluvios juveniles.

Por primera vez la niña miró a la matriarca a los ojos desde que había llegado a la casa. Nadie, salvo su marido, miraba a los ojos a la generala. No se trataba de un protocolo establecido por la fuerza de un edicto; la matriarca imponía un temor primitivo, arcaico, como el que impera en un panal de abejas. La mujer estaba tan atareada con los bordes de los callos ennegrecidos que no le prestaba atención a ninguna otra cosa. Sin embargo, la mirada de la niña era tan fuerte que los ojos de la una atrajeron a los ojos de la otra y las miradas se encontraron en el medio exacto de la distancia infinita que hasta entonces las separaba. Por primera vez pudieron sentir esa comunión que, sin saberlo, las unía como ninguna otra cosa puede unir a dos mujeres. La generala le devolvió una sonrisa. Una sonrisa triste como lo es la de quienes no saben sonreír. Nunca, nadie, ni siquiera el barón, la había visto sonreír. No sonrió cuando se casaron ni cuando ella y su esposo alcanzaron la cumbre del poder. La sierva quiso devolverle el gesto, pero se había olvidado de cómo era la mecánica de la sonrisa. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero no lo consiguió. No sabía sonreír como quien no sabe leer ni escribir –que tampoco sabía– o montar a caballo –que sí sabía–. Hizo un esfuerzo sobrehumano y logró que saliera lo único que tenía: un llanto silencioso, ahogado, clandestino –el gobernador le tenía prohibido llorar–, un llanto infantil y avergonzado. La última vez que había llorado, el barón la molió a palos. Le había pegado

con el fierro que usaba para acomodar las brasas del hogar. Y cuanto más le pegaba, más profundo debía tragarse el llanto, como los críos aterrados, y más debía implorarle y prometerle que no volvería a llorar nunca más. Mientras la matriarca le lavaba los pies, la niña lloraba en silencio. Nadie, al menos no lo recordaba, nunca jamás le había prodigado ese cuidado. Ocultaba la cara entre las manos y las lágrimas de la sierva se mezclaban con el agua, el jabón y la mugre de la palangana. La sierva lloró con el llanto de los huérfanos, de los que nunca conocieron la tersura de las manos de una madre ni recibieron la bendición de un padre. La niña conservaba el recuerdo sensitivo de las caricias más tempranas, no en la memoria, sino en la piel. Su madre había muerto cuando ella era muy pequeña y la única imagen que guardaba era la que había visto en un retrato.

La generala le dejó los pies limpios como Jesús a sus discípulos. Luego, como sabía que siempre había que hacer algo más de lo que Dios quería, decidió lavar a la fámula por completo, ya no con el escrúpulo de quien se propone sacar la suciedad, sino como quien oficia un bautismo. La matriarca se mojó las manos con agua limpia y las frotó por el cuerpo moloso de la sierva, salvo, claro, las partes pudendas. Finalmente la secó, le hizo la señal de la cruz en la frente con el pulgar derecho y se retiró del cuarto para que se vistiera. A partir de ese momento, ambas mujeres, sin emitir una sola palabra, sellaron un pacto indisoluble que habría de durar hasta la muerte.

3
La sangre

La sangre del gobernador se impulsó con fuerza hacia arriba, salpicó los párpados de la sierva y luego perdió presión. La niña tomó un recipiente de porcelana y lo apretó contra la piel, justo debajo de la herida, de modo que no quedaran vestigios de sangre en la ropa. Antes de que rebalsara, la fámula retiró el cuenco y presionó la hendidura en la carne con la toalla blanca.

El barón miró a la niña con los ojos entornados y antes de volver a cerrarlos, con una expresión resignada, apenas perceptible, le reprochó la traición. Sabía que en algún momento habría de suceder, pero no lo esperaba en ese preciso instante. Ella le devolvió el gesto con una mirada indiferente. El gobernador no podía hacer nada. La herida ya estaba hecha. Jamás se permitió mostrar debilidad y no iba hacerlo tampoco ahora. Se aferró a los brazos del sillón y se dijo que no tenía más remedio que conservar la dignidad hasta el final. La esterilla del respaldo se arqueó ante la presión de la espalda tensa. Sentía un dolor intenso, profundo. Sabía que su esposa estaba en el cuarto contiguo confeccionando sus listas interminables con los menesteres que precisaba la patria. No iba a permitirse la humillación de emitir una queja, de mostrarse rendido ante dos mujeres, una niña y una vieja.

El barón tomaba todos los recaudos, incluso dentro de esa casa que siempre consideró ajena. Tenía la certeza de que lo querían matar. Padecía esa manía, incluso antes de que alguien en verdad quisiera asesinarlo. Casi todo el tiempo usaba uniforme militar, no para infundir respeto o temor, ni por ceñirse a cuestiones protocolares. Se sentía más seguro. Y tenía motivos. La chaqueta ocultaba una virtual armadura: el cuello alto escondía entre el fieltro una delgada chapa de acero, igual que la librea rematada con botones dorados. Debajo del breech usaba una malla metálica que le protegía los genitales y le rellenaba la bragueta con una abundancia que la naturaleza no le había otorgado.

El gobernador no confiaba en nadie más que en la generala y en la niña. Y si debía morir asesinado, prefería que fuese a manos de alguna de ellas. O de ambas. No confiaba en las cocineras ni en los mucamos ni en los peones ni en los capataces ni en los generales enemigos ni, menos aún, en los propios. No confiaba en su propia conciencia. No se llevaba comida a la boca si el primer bocado no lo probaba antes la sierva. No se mojaba los labios con vino si no lo hacía primero la niña. El barón ocupaba la cabecera norte y la matriarca la contraria. El sirviente traía la bandeja seguido por la cocinera. El mozo destapaba la patena de plata y la cocinera le anunciaba de qué se componía el plato. Dicho esto, se acercaba la fámula y el gobernador cortaba un bocado en un sector cualquiera, sin que nadie supiera cuál sería. Él le entregaba el tenedor y ella, sin modificar la expresión, se lo llevaba a la boca. Masticaba y tragaba bajo la atenta mirada de los esposos. Lo mismo hacía después con el vino. Luego la niña se retiraba a un rincón del salón y el matrimonio iniciaba un diálogo trivial, hasta que pasaba un cuarto de hora. Sólo

entonces, cuando el barón comprobaba que la sierva gozaba de buena salud, le indicaba que se retirara y ellos empezaban a comer. Nunca nadie había intentado envenenarle la comida. El gobernador había echado a correr la bola de que un tal Rivera –así le decía, «un tal Rivera»– le hizo llegar una torta envenenada y que la providencia quiso que muriera un perro bandido y no él. Inventaba atentados fantasiosos, a veces inverosímiles, y ocultaba los verdaderos. La mentira era mucho más convincente que la verdad, porque en ella se acomodaban todos los dispositivos teatrales que escribía la matriarca, la gran dramaturga que hacía del país un escenario y del gobernador un personaje fantástico. Ni el barón ni la generala creían que la fámula fuera a morir probando la comida, pero ese acto imperial corría de boca en boca y les otorgaba un halo cesáreo. En otra oportunidad, el barón había fabricado un dispositivo compuesto por dieciséis diminutos cañones unidos a un detonador dentro de una caja que simulaba ser un obsequio de la Sociedad Real de Anticuarios de Copenhague. Al abrir la caja se activaría el detonador y dispararía un mortal racimo de perdigones en un círculo completo. Una vez más, la providencia había protegido a la Patria salvando al barón de una muerte salvaje. ¿Quién había sido el asesino? Un tal Rivera, quién otro si no.

El gobernador mandó a exhibir la caja mortal, a la que bautizó como la máquina infernal, por todos los rincones del país e hizo que se cantaran canciones para celebrar el milagro y satanizar al enemigo:

De la otra banda han mandado,
porque no tienen valor,

una caja de regalo
que mate al gobernador.
*La abri*ó una niña muy *suave,*
pero se falseó la llave
por eso el tiro falló.

Malditos los traicioneros,
que siempre han de ser rivales,
en vano gastan dinero
en contra de los leales.

A los enemigos había que crearlos o, cuanto más, elegirlos con cuidado, no fuera cosa que se crearan a sí mismos, a su propia imagen, o se eligieran entre sí para conspirar, tal como había sucedido con aquellos que intentaron matarlo de verdad. Esos hechos jamás se hacían públicos. El barón había decidido prescindir de custodia desde que uno de sus guardias personales había querido asesinarlo, un granadero de apellido Maizales. El gobernador estaba reunido en su despacho con un ministro, no importa cuál. Mientras conversaban, el barón escuchó cómo, a sus espaldas, el guardia amartillaba la pistola. No le dio tiempo de nada; con el puñal que fungía de cortapapeles, sin darse vuelta, lo abrió como a un pollo. Con la mano izquierda y un movimiento de revés, le clavó la punta debajo del esternón, luego se incorporó y sin retirar el puñal, lo revolvió y lo hizo descender hasta la hebilla del cinturón. Le abrió un tajo sucio, irregular, por el que salieron primero unos gases fétidos, luego unos fluidos viscosos y finalmente asomaron las vísceras. El granadero muerto mantuvo el brazo extendido, apuntando el arma hacia el barón, hasta que se desplomó sobre la alfombra persa.

Sospechó del ministro, no importa el nombre, quien no se había inmutado cuando el tal Maizales desenfundó al arma. Le explicó al gobernador que no había visto el movimiento, que lo tapaba el respaldo del sillón y que todo sucedió muy rápido. El barón le otorgó el beneficio de la duda. La realidad, día tras día, iba tomando la forma de una única y gran conspiración. Todos, incluso los desconocidos, eran amigos o enemigos, nadie permanecía indiferente a esa trama universal cuyo protagonista era el gobernador. Por momentos, el barón dudaba de cuál era el papel de quién en esa intriga perpetua. Pero, ante la duda, más valía prevenir que lamentar.

De manera que, para indagar en la posible participación del ministro, el gobernador le ofreció el puñal a su funcionario y le cedió el privilegio de que decapitara al conjurado. Con mano temblorosa, el funcionario que, según la clasificación del gobernador, estaba más cercano a la tinta que a la sangre, tomó el puñal, se hincó al lado del muerto e inició un acto patético. Cortaba la carne del cuello como quien empuña un cuchillo de mesa. Iba y venía con la hoja desgarrando los nervios, las venas y los cartílagos sin saber por dónde entrarle. El barón lo observaba azorado, ¿nunca había degollado a nadie, a un animal siquiera? Cuando dio unos pasos y lo tuvo enfrente, vio que el ministro cortaba con los ojos cerrados y estaba más blanco que el muerto. Lo dejó hacer un rato más para comprobar la profundidad de su ignorancia y, por fin, se apiadó y tomó su lugar. Con una actitud didáctica, inició un nuevo corte por encima de la glotis. La hoja entró limpia hasta las vértebras cervicales y al tocar ese límite, le rotó la cabeza hacía un lado y entró por entre dos huesos del espinazo; luego la giró por el mentón

hacia el otro lado y practicó el mismo corte de manera simétrica. Lo agarró de los pelos que cubrían la coronilla, hizo presión con el puñal contra los nervios y el suelo y, por fin, sostuvo la cabeza limpiamente desde el mechón central y se incorporó alzándola en la mano. Le ofreció la cabeza al ministro y le pidió que la sostuviera. Se retiró del despacho y al rato volvió con una caja vacía, cilíndrica, de las que se usaban para guardar sombreros. El ministro estaba en la misma posición: el brazo extendido para mantener la cabeza del granadero lo más lejos posible, los ojos cerrados y las piernas dobladas al borde del desfallecimiento. El gobernador guardó la cabeza del tal Maizales y le dijo que se la llevara para mostrársela a los demás ministros y secretarios. Y que la trajera de vuelta al despacho antes de que terminara el día. Así lo hizo. Al atardecer, el barón ordenó que envolvieran el cuerpo del granadero en la alfombra y lo tiraran en el chiquero que había mandado hacer en el corral junto a las caballerizas. Los chanchos no dejaron nada del cadáver ni de la alfombra persa. La cabeza estuvo exhibida durante tres días en el patio central, junto al aljibe, para que todos supieran qué se hacía con los traidores.

Desde ese día, nadie podía entrar en la casa con un arma de fuego. Nadie podía acercarse al gobernador con tijeras, cuchillos ni navajas. Sólo la niña. Ella le cortaba el pelo, las uñas de los pies y las manos, y era la única que podía afeitarlo.

La sierva sostenía el mango nacarado de la navaja, mientras juntaba la sangre del gobernador en un recipiente de porcelana.

–¿Duele, padre? –le preguntó la niña al barón. Así lo llamaba a veces; para ella, padre era una palabra vacía, la manera de nombrar

al cura o al superior. Otra cosa era decir tata, título que sólo estaba reservado a una sola persona en el universo.

–No le afloje, m' hijita, entrelé –le dijo sin atreverse a mirar el cuenco repleto de sangre que descansaba sobre el aparador, mientras la sierva intentaba detener la hemorragia con la toalla para poner un nuevo recipiente debajo de la herida.

Le dolía al punto de que no podía evitar una mueca que le surcaba la cara en diagonal. Pero más que el dolor, era la impresión que le causaba el latido acompasado que regulaba la presión de la sangre al salir. Antes de que se convirtiera en el gobernador, el encargado de practicarle las sangrías –a las que con cierta pompa llamaba flebotomía– era el doctor James Lepeer, un irlandés que, según decía, había sido médico de Napoleón después de Waterloo. El doctor exhibía en el pecho unas cuantas medallas que acreditaban su condición de Surgeon of Royal Army. El barón tenía debilidad por las cosas británicas. Se hacía traer cortadoras de césped, médicos, té, asesores, whisky, institutrices, fusiles, paisajistas, veterinarios, perros de caza para él y perros que arrastraban las orejas por el suelo para la generala. Amaba a Inglaterra como un amante celoso dispuesto a matar o morir por despecho.

Desde que había perdido la confianza en el médico y el médico había perdido el pulso a manos de su compatriota, colega y tocayo, el Dr. James Parkinson, el gobernador decidió que la única que podía practicarle las sangrías era la niña. Él podía dar fe de que la fámula tenía mejor mano que el viejo médico de Napoleón. En una época lo había intentado con sanguijuelas. Si bien la saliva de los parásitos tenía efectos anestésicos, el gobernador no podía evitar las náuseas cuando veía cómo las babosas de la sangre se hinchaban y se teñían

de un rojo azulino. Además, la matriarca sostenía que las prácticas corporales con animales eran parientes del bestialismo y cosa del diablo.

Cuando finalmente la fámula llenó dos recipientes completos con la sangre del barón, le limpió la herida con alcohol y piedra de alumbre para cicatrizar.

4
La casa

La casa. Así le decía el gobernador: la casa. Con cierto desdén. La casa. Desde que el barón se había mudado a la casa sentía que era un paria. Era dueño de la patria, de los campos, de los fusiles y de los corazones de la mitad del país, pero no tenía una casa.

La casa era una fortificación, una ciudadela que albergaba una capilla con un cura, una caballeriza con animales suficientes para mover un ejército, un cuartel con un general, una despensa que podía alimentar a un pueblo, una herrería, una carpintería y una talabartería. Por las recovas, los patios y los jardines corrían críos alborotados, los hijos del herrero, del carpintero, del talabartero, del dispensario, del general, del cura y algunos de los hijos del gobernador, aunque nadie sabía muy bien quién era hijo de quién. Los niños nacían en la casa, crecían dentro de la casa, trabajaban para la casa, morían en la casa y eran enterrados debajo de la casa. Todas las mujeres debían entregarse a la tarea de amamantar, además de las otras labores. La mayor de las nodrizas le colgaba un crío del pezón a cualquiera de las mujeres, fuera madre o no, hasta que, a fuerza de chupar, el niño conseguía sacarle leche. La fámula no era la excepción. Dentro de la casa, en un ala aparte, funcionaba también la sede de la gobernación. Los ministros y secretarios debían entrar por el portón para carros, atravesar la caballeriza y

luego pasar por el angosto camino que separaba el corral de las vacas del de los chanchos, alimentados con porquerías diversas, entre las que se contaban cáscaras de banana, traidores y alfombras persas. El barón hacía entrar a los miembros de su Gabinete por la caballeriza para que supieran cuál era su lugar y, llegado el caso, su destino. El gobernador imperaba en una ciudadela con gobernación y capilla propias. Pero él no tenía casa.

El barón era un hombre de campo. Se había criado en las llanuras infinitas de las tierras de su abuelo. Cierta vez, un viajero inglés, ante la perturbadora visión de aquellas extensiones, le dijo:

–Si me viera obligado a quedarme en estas pampas preferiría colgarme de un árbol, suponiendo que hubiese árboles adecuados para tal fin.

El puñal le había entrado hondo. Desde lo más profundo de su resentimiento, el barón, por entonces un joven que no sospechaba siquiera que habría de tener bajo su bota la superficie entera de la patria, le contestó:

–Si me viera obligado a vivir en Inglaterra, colgaría a todos los ingleses.

El gobernador sentía que ese paisaje en apariencia monótono contenía una paleta infinita de colores, de aromas sutiles, de plantas imperceptibles pero más variadas que las de un bosque, que formaban jardines naturales y selvas a ras del suelo, sólo visibles para quienes se criaron en esas pampas. Aquél paisaje infinito como un océano vegetal era un bálsamo agreste para su alma torturada. Sus pensamientos, casi siempre sombríos, se esparcían con el viento y se perdían más allá del círculo perfecto del horizonte hasta desaparecer. Los muros de la ciudad, en cambio, le devolvían el eco

de las ideas de las cuales quería desprenderse, como las voces que rebotaban en las paredes marmóreas de los salones o en las laderas de los barrancos que se despeñaban al río. O las que, cada vez con más frecuencia, hablaban dentro de su cabeza.

Acostumbrado a los arroyos de la pampa, el río oceánico le provocaba vértigo. Cada vez que veía las aguas sin fin desde lo alto de los barrancos sentía que el eje longitudinal se le desplazaba hacia uno y otro lado. Debía acodarse en la balaustrada como quien padece el Mal de Debarquement, el mareo en tierra al desembarcar. Como si estuviese en la cubierta de un barco, tenía que luchar contra las náuseas, pero, sobre todo, contra el terror. Un miedo primitivo, arcaico, lo mantenía aferrado a la tierra. No imaginaba peor castigo que lo condenaran a navegar. Le temía a la barca de Caronte más que a las llamas del infierno. Por otra parte, no toleraba la presencia de las personas extrañas. Y en la ciudad todos lo eran. En el campo cualquier aparición humana significaba un mal augurio: la visita furtiva del cuatrero o el bandido, la amenaza del malón o la llegada de una noticia fatal. En la pampa no había esquinas ni zaguanes ni bocacalles ni columnas donde pudiera esconderse un ladrón, un indio o un traidor. La oscuridad del campo era descifrable, incluso en las noches de luna nueva. En la ciudad, en cambio, los faroles delimitaban sombras insondables y dibujaban figuras aterradoras sobre el adoquinado irregular.

La casa no era su casa, sino la casa familiar de la generala. El gobernador era dueño de medio país, pero siempre se había negado a tener una casa en la ciudad. Añoraba el campo. Entonces, cuando no tuvo más remedio, poco a poco fue llevando, casi de contrabando, la pampa a la casa de la familia de su esposa. Primero

agrandó la caballeriza con la excusa de que necesitaba soldados listos para defender la casa ante un ataque. A la caballeriza le anexó un cuartel para albergar a los soldados y al cuartel le añadió un establo con corral y chiquero para que los soldados tuvieran leche, gallinas, huevos y chanchos.

El barón era capaz de orientarse en medio del campo llano y diferenciar una chacra de otra sin que hubiese mojones ni alambrados. Pero en la casa se perdía. Una y otra vez se perdía entre los pasillos laberínticos, las escaleras, los sótanos y los altos. El camino de la sala de la casa al despacho de la gobernación era tan intrincado para él, que prefería salir a la calle por la puerta de la casa, doblar en la esquina y entrar por el portón de la gobernación. Las veces que lo intentó por dentro, terminó en el dormitorio de los suegros, en los cuartos del servicio doméstico o en la red de pasadizos subterráneos que –jamás se lo confesó a nadie– lo condujeron cierta vez a la sala del Virrey Pedro Antonio de Cevallos Cortés y Calderón, en el siglo XVIII, mientras se hacía sodomizar por un esclavo africano dueño de unos testículos como boleadoras de obsidiana.

La casa, según creía el barón, era un depósito de ánimas en pena y en ella confluían todos los tiempos y se conservaban los sucesos más aciagos desde la fundación fallida de la ciudad. Sabía que mientras viviera la matriarca no existía posibilidad de habitar otro lugar ni de devolver la gobernación a su lugar original en el fuerte. Ella manejaba los hilos de la patria y aquellos muros de adobe ocultaban las bambalinas, los bastidores y las tramoyas que servían para montar la escena. La vida privada y la existencia pública no tenían una frontera definida, como no lo tenían el patrimonio del

Estado con el de la familia, el de los campos propios con los territorios fiscales, el ejército nacional con la guardia personal, los mercenarios profesionales con las milicias fanatizadas, los impuestos, la hacienda, el ganado y la prensa. Tampoco había una frontera bien demarcada entre las arcas públicas y los caudales privados, entre el tesoro del Banco Central y las cajas fuertes ocultas en pisos y paredes. Sobre los roperos, en los sótanos, en las despensas, en los cajones del tocador, en los despachos, dentro de los arcones y debajo de las tapas de los escritorios atesoraban monedas de oro y plata, lingotes y soles, perúes, libras, papeles al portador, reales, duros y patacones, pesos fuertes, pesos duros, pesos áureos y argentos, libras Torre y libras Troy, libras sterling, dólares de oro y de plata. El barón no llevaba la cuenta de todo lo que contenían las cajas, ni de los lugares donde se resguardaban las arcas. Pero la matriarca era la memoria contable de la casa, el mapa viviente del tesoro dibujado sólo en su cabeza. Y la única, por cierto, que conocía la combinación de la bóveda que encargaron al propio Alexandre Fichet.

Todo lo que proyectara sombra en el suelo de la patria estaba bajo el riguroso control, cuando no de la propiedad, de la generala y el gobernador. En ese orden. Antes de convertirse en la casa de la familia de la matriarca, aquella ciudadela en el centro de la ciudad había sido la sede del Correo. Nadie supo en qué momento dejó de ser el Palacio Postal para convertirse en la casa de la familia, más tarde en la del barón y finalmente en la sede de gobierno. De hecho, seguían llegando a la casa carros con cartas, despachos y encomiendas que eran celosamente revisadas por la matriarca en persona. La esposa del gobernador, recostada en la cama, en

camisón, vaciaba las sacas del correo sobre el edredón y abría los sobres y los paquetes para desbaratar traiciones, conjuras y descubrir tráfico de armamento para tales fines.

Desde el balcón aterrazado se veía el río. Sentadas a la sombra de las glicinas silvestres que trepaban desde el patio y se aferraban al alero formando una pérgola florida, la generala le explicaba a la niña por qué nada había salido bien desde los tiempos de la conquista en adelante. Por más que los hombres se sentaran en el salón a discutir política, nada iba a cambiar. La matriarca, con la mirada perdida en el río infinito, le decía a la sierva, que permanecía en silencio, que esas tierras estaban malditas por los pecados del fundador, Pedro de Mendoza, un sodomita irredento a quien llamaba el Sifilítico de Guadix o el Bujarrón de las Cuevas. Antes que él –solía relatarle la generala a la niña– Juan Díaz de Solís, a quien llamaba el Marrano Portugués, porque, sostenía, debió haber sido un judío converso, había sido devorado por los indios al poner un pie en estas tierras, decía señalando hacia la hipotética margen opuesta del río. Ni siquiera las naves que fondeaban frente a las costas se salvaron. Cuando intentaron escapar, una tempestad destrozó los barcos contra los peñones de la costa escarpada del Golfo de Santa Catalina. Fue cosa de Dios.

Sentada a la sombra de la recova, la matriarca sostenía que este suelo estaba maldito porque su fundador había venido engañado a curarse la sífilis. De seguro, le decía la generala a la niña, el hombre con quien la esposa le hacía los cuernos en alguna caverna de Guadix, lo convenció de que en estas tierras de caníbales crecían unas plantas maravillosas cuyo polen esparcido por los aires, hacía de esos vientos, los buenos aires que curaban los chancros de los

sifilíticos, desinflamaban los testículos hinchados de los gonorreicos y quitaban los ardores del anillo de tiento de los sodomitas. Desde el momento en que el Bujarrón de las Cuevas había clavado el madero en los altos del barranco del arroyo de Granados, estas tierras, decía, habían quedado malditas. Tanto que el Sifilítico jamás pudo volver a Guadix; murió en alta mar como mueren los pecadores, sin un terruño donde descansar en paz y sin servir siquiera de carroña para los tiburones, de tan podrido y entrado en chancros que estaba. Esa era la peor condena que se le podía desear a alguien, el verdadero y único destierro era el agua, lejos de tierra firme.

Sentada a la sombra de la glicina con los ojos puestos en el velamen de los barcos que entraban en el puerto, la matriarca solía explicarle a la niña que estas tierras estaban tan malditas, que sus propios moradores las abandonaron y las destruyeron poco tiempo después de fundarlas. Le decía que ni los salvajes las quisieron, de tan endiabladas que estaban. Ni siquiera la segunda fundación había podido limpiar el pecado original de la ciudad de Santa María, porque era un homenaje a la sodomía.

La generala sostenía que la segunda fundación iba bien encaminada al rebautizar a la ciudad con el nombre de Ciudad de la Santísima Trinidad, pero al conservar en el Puerto el satánico agregado del Buen Ayre, la maldición se perpetuó.

–¿Y por qué no le cambia el nombre? –le preguntaba la niña.

La matriarca se encogía de hombros con un gesto mezcla de tedio e indiferencia.

–Porque estos no se merecen otra cosa –contestaba señalando hacia atrás, hacia la ciudad, con el pulgar sobre el hombro.

5
Del cielo al infierno

Del cielo al infierno había aproximadamente una legua, tomando como cielo la parte residencial de la casa y como infierno, al mismísimo infierno. La ciudadela a la que todos llamaban la casa estaba dividida en cuatro partes geográficamente diferenciadas. El frente estaba sobre la calle de la Santísima Trinidad, en la vereda opuesta a la Iglesia de San Ignacio. Ese sector correspondía a la construcción original de la casa familiar de la matriarca. De hecho, a la sazón permanecía como la parte privada donde se distribuían el salón en el que alguna vez se hacían las tertulias, las salas, el escritorio particular del padre de la generala, el dormitorio conyugal de los fundadores de la casa, la alcoba marital del gobernador y la generala y el buró del barón. Era el sector palaciego en el que se respiraba el aire rancio de la aristocracia hispánica que tanto agradaba a la matriarca y que tanto desagradaba al gobernador, encandilado con la estirpe inglesa matizada con la austeridad pampeana. Sobre el hogar estaban expuestos los escudos de ambas familias. El del gobernador mostraba un león rampante bajo una estrella de cinco puntas en el paño izquierdo; el derecho estaba divido en dos: en la parte superior había tres hoces y, en la inferior, cuatro flores de lis. El escudo estaba coronado por un yelmo emplumado. La heráldica de la familia de la generala estaba

representada por un águila bicéfala exployada en oro sobre el azur y era el símbolo perfecto, si no de la tradición ancestral, de la manera en que se había conformado el poder durante los últimos años: dos cabezas en un sólo cuerpo.

En este sector de la casa reinaba un silencio monacal. No se escuchaban voces, sino, apenas, susurros. La matriarca tenía un tono estridente y agudo que podía alcanzar las octavas más altas del registro humano; sin embargo, en el ala familiar llevaba siempre la cabeza cubierta y jamás alzaba la voz. El barón hablaba como los militares; tenía un vozarrón metálico entrenado, además, en las distancias pampeanas para ser escuchado a la legua. Pero en ese sector de la casa, apenas si pronunciaba palabra. Los padres de la generala eran un enigma; nadie sabía a ciencia cierta si estaban vivos o muertos; nadie, salvo su hija, hablaba con ellos. A veces se escuchaban susurros provenientes del cuarto o del escritorio. Las bandejas con el almuerzo y la cena eran dejadas por una criada en la antesala y más tarde aparecían otra vez con los restos de la comida. Las criadas hacían el cuarto una vez que los señores se levantaban y se retiraban a la sala donde se encerraban él a leer y ella a bordar. Aparecían libros abiertos, mantelitos bordados, restos de rapé y un monóculo sobre el tapete. Los padres de la generala eran una imagen fugaz, una sombra o una silueta tras un vidrio opaco. Nadie los había visto de cuerpo presente desde hacía muchos años.

Al caserón familiar se había anexado la casa contigua, que era del mismo estilo, en la que funcionaba la parte administrativa y que coincidía con la gobernación. En ese ala se decidían el debe y el haber doméstico y el destino económico, político y militar de la

patria. En contraste con el sector privado de la casa, en el que reinaba un sosiego conventual, del otro lado del muro que marcaba el límite del ámbito familiar con el de la gobernación, había un movimiento febril. Iban y venían ministros presurosos, secretarios frenéticos y legisladores que no legislaban, sino que obedecían órdenes cual soldados. Si la matriarca hablaba en un murmullo en los ámbitos privados, en la gobernación daba arengas con el índice elevado y amenazaba a los ministros con castigarlos en el cepo, con ponerlos en el potro, introducirles elementos aterradores en las partes, meterlos presos, desterrarlos y decapitarlos. No lo presentaba como un menú de opciones, sino como las estaciones de un Vía Crucis que, decían, ya había transitado más de un funcionario. Para quien albergara alguna duda, en uno de los patios estaba expuesto un antiguo cepo español y en la celda correctiva, así le decía, la generala, la celda correctiva, había un potro inquisitorial en perfectas condiciones de uso.

La gobernación era el sitio donde menos tiempo pasaba el matrimonio gubernamental. Ella despreciaba a sus ministros y secretarios. A los ministros les decía putos, putos con librea o putos de salón. A los secretarios los llamaba putos correveidiles, putos alcauciles y también putos a secas o culo con polea floja. Ella gobernaba desde el secretaire del dormitorio marital. Anotaba sobre el tapete verde de cuero gastado y hacía llegar las notas a través de una criada o, según el caso, se apersonaba en el despacho, hacía reunir a los ministros y secretarios y les leía las órdenes sin siquiera mirarlos. El barón intentaba permanecer en la casa el menor tiempo posible. Prefería participar de las campañas contra los indios, cazar ñandúes con boleadoras, tehuelches con escopeta o viajar a los

campos familiares con cualquier excusa. Estas ausencias del gobernador y la generala dejaban a los ministros y secretarios en estado de pánico y desesperación. Si, por la razón que fuese, algo no salía bien y las órdenes no podían ejecutarse tal como ella lo había determinado, caían sobre ellos las maldiciones, las plagas y la furia de Dios. Las cosas debían hacerse como Dios mandaba, decía la matriarca:

–Las cosas se hacen como Dios manda –sentenciaba. Era Dios quien mandaba a través de ella, e incumplir su palabra significaba traicionar la palabra de Dios. Varias octavas más arriba de lo humanamente pronunciable, la generala descargaba sobre los oídos de secretarios y ministros un rosario de imprecaciones que se iniciaban con un yo dije. Yo dije, puto abotonado, yo dije que debía mandar la nota por Cancillería. Yo dije, culo con fleje vencido, yo dije que las importaciones no debían entrar por el puerto de Santa María. Yo dije, mesié putó, yo dije que la reunión con el embajador debía pasar para el martes. La gobernación anexa a la casa era una prueba para los nervios de cualquiera.

El sector sur, el que daba la espalda a la residencia familiar y a la gobernación, miraba hacia los barrizales anegadizos del riachuelo. Era, por así decirlo, la parte rural, la que generaba el sustento de la casa. En torno de las caballerizas y de los corrales, fue creciendo un ranchería en el que vivían peones traídos de los campos del gobernador, gauchos que nunca antes habían pisado la ciudad y varios indios tomados prisioneros en las campañas que eran usados como esclavos. Para no distraer tropa del frente de batalla, el barón había sacados cuatreros de las cárceles de los pueblos para formar una suerte de policía interna que cuidara el orden, mantuviera a raya

a los indios y sofocara cualquier intento de revuelta de los cautivos tehuelches. En un Estado irregular era más fácil mantener obedientes a las formaciones irregulares que a las fuerzas que se ajustaban a las leyes y las reglas.

Por debajo del nivel del resto de la casa, sumergido en el lodazal, mezcla del barro que arrastraba el río, los efluvios albañales y los desechos que bajaban por las zanjas estercoleras, al pie de la barranca que se precipitaba al confín de la ciudad, ahí, en lo más bajo de lo bajo, estaba el infierno. En el infierno vivían los condenados, que así les decían no ya porque tuvieran una condena de la ley, sino por decisión del destino, o del gobernador. El infierno estaba completamente enrejado, amurallado y separado físicamente de la casa, aunque era una parte esencial. En esa porción se mezclaban asesinos, enfermos mentales, hombres, mujeres y niños que habían nacido con deformaciones físicas o anímicas. Funcionaba virtualmente como cárcel, manicomio, leprosario y aunque estaba cerrado y aislado, mantenía una relación intensa con el resto de la casa. El gobernador visitaba ese lugar provisto de un látigo enrollado bajo el brazo y disfrutaba de esos paseos como de ninguna otra cosa. La matriarca, en cambio, jamás había bajado a la inmundicia, así llamaba ella el infierno, la inmundicia, porque había palabras que no se atrevía a pronunciar, por ejemplo, diablo, mandinga e infierno entre otro centenar de vocablos, incluidos todos los de origen africano. Quienes representaban un peligro incluso para el resto de los habitantes del infierno, estaban encerrados en jaulas y eran alimentados a través de los barrotes como animales. El barón había traído la idea de Inglaterra, su amada y odiada Inglaterra, donde había visto el Human Zoo de Londres y le pareció una idea magnífica

reproducirlo en su propia casa. Era el lugar en el que el gobernador se sentía más a gusto y seguro. Como un César en el Coliseo.

6
La niña

La niña recordaba su vida anterior como si se tratara de otra vida; no porque fuera anterior, sino porque era otra y, esta, no era vida. Desde el día que llegó a la casa supo que estaba muerta. Acaso no sospechaba que esa existencia nueva iba a ser peor que la muerte. Era una muerte cotidiana, repetida como una pesadilla que volvía una y otra vez. No se trataba de una agonía, sino de una muerte que no terminaba de consumarse. La fámula sólo se daba cuenta de la profundidad de su desdicha cuando creía sentir algo semejante a la felicidad. En esos momentos notaba cuánto se había acostumbrado a esa tristeza perpetua; tanto, que hasta se permitía algunos momentos de alegría: un rayo de sol en la cara, los ojos bellos y agradecidos de la vaca que le ofrecía sus ubres para que le quitara el peso de la leche, las velas de los barcos perdiéndose en el horizonte, la risa de los hijos del herrero, del carpintero del cura y del barón, a quienes, aún sin saber quién era hijo de quién, amamantaba como si fueran propios. Una niña que amantaba a otros niños. Pero en general, desde que había llegado a la casa, sentía unas ganas irrefrenables de llorar. De llorar hasta morir. Sin embargo, el gobernador se lo tenía prohibido. La primera vez que el barón le dijo «no llore, m' hijita, no llore», pensó que era un

consuelo y no una advertencia. La última, el gobernador le torció un fierro en la espalda.

Desde su llegada a la casa, la niña nunca más había salido de aquella fortaleza en medio de la ciudad. De su vida anterior recordaba fulgores involuntarios que se imponían sobre su pensamiento. Diálogos fragmentados e imágenes sueltas.

–¿No se va morir, tatita, no?

–No, mi amor.

–¿No me va dejar sola, tatita, no?

–No, nunca, mi amor.

La fámula, antes de ser la fámula, era la reina de ese rey gigante que era el teniente Rendo, Juan Gregorio Rendo, ese hombre que la alzaba entre sus brazos, la subía a horcajadas sobre sus hombros como montañas y la hacía ver el mundo desde la altura de los colosos que sostenían la Tierra. Así veía el mundo la niña antes de convertirse en la fámula.

–¿No se me va a ir tatita, cierto?

–No, mi reinita, no.

La niña, aterrada ante la posibilidad de quedarse sola, de quedar para siempre condenada a mirar el mundo desde la altura de los mortales sin nadie que la cuidara, le apretaba la mano al padre convencida de que mientras más fuerte la apretara, más lo iba a retener en este mundo.

El teniente Rendo estaba roto. Desde que lo habían desenterrado del barro del campo de la batalla de Cepeda, no se había vuelto a levantar. Lo sacaron medio muerto de abajo de la grupa del caballo muerto que lo mantenía ahogado en medio metro de barro.

–¡Rendo! ¿Dónde está Rendo? –sintió Rendo que gritaban a través de la grupa del animal que le aplastaba el oído y por cuya carne le llegaban los sonidos de la superficie. El teniente tenía la cabeza y medio cuerpo atrapado debajo del caballo muerto. Quiso gritar, pero lo único que consiguió fue tragar más barro y ya no pudo volver a respirar. Se moría. Pensó en la cara de su hija María Emilia, que era lo único que le había quedado, y entonces, con las últimas fuerzas, consiguió mover la mano que apretaba la empuñadura del fusil y logró que asomara la bayoneta. La hoja se abrió paso entre el barro, refulgió con un rayo de sol, se mantuvo unos segundos en la superficie y sin que nadie llegara a verla volvió a hundirse en el barro. Pero un soldado escuchó el ruido en el charco y gritó:

–¡Por acá, por acá!

La partida, que ya había rescatado cuatro hombres, dos cadáveres y dos soldados medio muertos, corrió hacia el caballo y, entre resbalones, metieron los brazos debajo del animal y sintieron el cuerpo del teniente.

Rendo, aunque ya no respiraba, sentía todo. Sintió cuando lo tironearon de las patas y cuando lo único que consiguieron fue quitarle una bota. Por ahí no lo iban a poder sacar, pensó. Percibió cuando intentaron mover al caballo muerto y lo que lograron fue hundirlo más y sintió cuando, finalmente, lo tomaron por debajo de las axilas y ahí sí, pudieron sacarlo. Sintió el viento en la cara. Quiso atrapar dentro de él todo el aire del mundo, pero los pulmones no se movían. Se ahogaba. Le dolía el alma del frío, pero ni temblar podía. Entonces, entró en un sopor confortable, en un sueño placentero y supo que estaba en los brazos de la muerte, que no era ni huesuda ni fría, sino, al contrario, tibia, piadosa y regordeta como una puta

buena. Estaba entregado, plácidamente entregado, cuando se le apareció la cara de la niña. Entonces sintió las manos que le oprimían el pecho, una y otra vez, hasta que los pulmones se conmovieron y expulsó un chorro de barro que salió de los fuelles con la fuerza del petróleo crudo. A ese movimiento involuntario, lo siguió un acceso de tos imparable y en cada estertor sacaba más y más barro. Lo dieron vuelta y entonces vomitó litros de barro espeso y le volvió el frío, el dolor y la angustia. Gustoso se habría dejado llevar por la parca que no era ni mala ni esquelética ni aterradora, de no haber sido por el recuerdo de su reinita, que así le decía, mi reinita. Sólo cuando supo que ya podía respirar, se pudo desmayar tranquilo para evitar el dolor.

Rendo estaba roto. Se despertó tres días después. Antes de que el médico se lo confirmara, supo que estaba roto. Le dolía la pierna derecha, sentía un ardor insoportable en el garrón, como si tuviera prendido un lobo que no lo soltaba y tiraba de la carne para desgarrar el bocado. Le dolían los fuelles a causa del barro que había tragado; pero eso no era nada en comparación con el dolor de la pierna. Se incorporó un poco en el catre para sobarse el gemelo, pero se encontró con el colchón, como si la pierna lo hubiese esquivado con una voluntad propia. Buscó de nuevo debajo de la sábana como si quisiera ahuyentar al lobo que lo mordía, pero la mano iba y venía entre las cobijas sin encontrar lo que buscaba. El dolor de la pierna era insoportable. Entonces enderezó el torso, se quitó las frazadas e intentó comprender aquella visión inverosímil. La pierna derecha, la que le dolía como si tuviese prendido un lobo, sencillamente no estaba ahí donde debía estar. Tenía un vendaje que le cubría el muslo y más abajo no había nada. Ni pie, ni garrón, ni

rodilla. Le dolía la pierna ausente, como si los nervios truncados quisieran aferrarse a la pierna amputada.

Se sentía débil y al mirarse, él, que era gordo, sano y fuerte como un coloso, se vio flaco como un quijote. Comprendió todo perfectamente.

–¿Me voy a morir? –le preguntó al médico que escribía algo junto a su catre con un grafito con cuerpo de cristal ofídico.

–Todos nos vamos morir, amigo… –dijo el doctor con una sonrisa benévola, no exenta de un tono de superioridad.

El teniente Rendo, que medía cerca de dos metros y aun en ese estado tenía los brazos gruesos y duros como cañones, agarró al médico del cogote, se lo acercó a la cara y le dijo:

–No se haga el idiota y contésteme porque tengo asuntos urgentes que resolver.

–Está jodido, amigo, está jodido.

El médico no le podía asegurar que la gangrena de la pierna se había detenido con la amputación. Le explicó, además, que tenía una bala alojada cerca del espinazo y era más peligroso intentar extraerla que dejarla donde estaba. La bayoneta enemiga le había abierto un tajo en el costado y tenía un riñón comprometido. Y no le podían bajar la fiebre.

–Está jodido, amigo.

El teniente Rendo soltó al médico, le planchó el cuello de la chaqueta con la palma de la mano, asintió serenamente y le pidió que por favor tomara nota, que necesitaba mandar una carta urgente. Había visto morir a muchos soldados que no estaban tan jodidos como él. Sabía que, en el mejor de los casos, podía ser un

proceso rápido y prefería no ofrecer a su hija un espectáculo patético.

El barón no tenía amigos ni hombres de confianza. Pero el teniente Rendo sabía que él había sido de los oficiales que el barón más respetaba. Lo había acompañado en los tiempos duros y en los buenos jamás le había pedido nada, como tantos otros. Más aún, cuando el barón se hizo del poder, le ofreció al teniente un despacho junto al suyo para que se ocupara de la guerra que adivinaba inminente. No aceptó. En primer lugar porque aborrecía la vida detrás de un escritorio. Era un solado y la única forma de hacer la guerra era en el campo de batalla. Los soldados, le dijo el teniente al gobernador, no estaban hechos para los asuntos de gobierno. Y, sobre todas las cosas, no iba derramar la sangre de sus camaradas ni la de sus compatriotas, fueran o no soldados. Acaso el teniente Rendo jamás comprendió que el silencio con el que el barón le respondió a la negativa no fue una aceptación de las excusas, sino la manifestación del más hondo despecho. A su rencor con Inglaterra, se sumó el recelo hacia el militar a quien consideraba su hombre de confianza.

El teniente Rendo puso en el lugar vacante de la pierna un cojín cilíndrico y se cubrió con las cobijas para que María Emilia no notara que estaba tullido. Le había pedido a la criada que vistiera a su hija con el mejor vestido, que la peinara, que le pusiera el peinetón en el rodete y que la trajera al hospital. Antes de hacerla entrar en la sala, el teniente le preguntó a la criada:

–¿Cómo me veo?

–¿Quiere que le mienta o le digo la verdad?

–Quiero que me pongas guapo.

Si se veía como se sentía, debía ofrecer un aspecto lastimoso. Apenas podía mantenerse un poco incorporado en la cabecera de la cama. La hinchazón del muslo se rebelaba contra el cautiverio del vendaje y latía como si quisiera reventar. La bala de la espalda le quemaba la carne como si fuese una brasa y cuando le tocaba el espinazo lo hacía retorcerse de dolor. La herida en el costado estaba cubierta por un vendaje que le ceñía el centro del cuerpo como una faja y le dolían los pulmones al inhalar.

La criada del teniente tomó un peine del cajoncito de la mesa de noche, le alisó los remolinos que le había dejado la almohada y llevó el pelo hacia adelante para ocultar las arrugas de dolor que le habían quedado talladas en la frente. Después le desenredó la barba que hasta hace poco semejaba el pelaje de una pantera y ahora se veía como un vellón hirsuto. Cuando terminó con la tarea, la criada puso un espejo de mano delante de la cara del teniente quien, al verse, lo supo todo. La muerte era una compañera de armas fiel, la camarada que, si hacía falta, podía llegar a tiempo para evitar el sufrimiento, el dolor o el oprobio. El problema, se dijo el teniente, no era la muerte sino la oportunidad en la que se presentaba. Debía darle tiempo para arreglar los asuntos pendientes y luego no demorarse demasiado para ahorrarle el suplicio a él y los demás.

Cuando María Emilia entró en la sala se hizo un silencio eclesiástico. Los tísicos dejaron de toser, los moribundos de quejarse, las futuras viudas detuvieron los sollozos y el cura interrumpió el pregón con el que ofrecía la extremaunción como un vendedor ambulante que ofreciera agua fresca en el desierto. Fue como si un ángel se hubiera descolgado del cielo raso descascarado y ennegrecido por el hollín de la velas. En la primavera de la edad, la

hija del teniente tenía una estatura imponente. Era la representación exacta de las niñas princesas. La cara infantil, inocente, las mejillas encendidas, los ojos negros y enormes de quien comienza a descubrir el mundo, contrastaban con el cuerpo espigado que, sin embargo, ya presentaba las curvas del florecimiento de la fertilidad. El vestido rojo hasta el piso le confería una ligereza angelical, como si se deslizara en el aire a ras del suelo.

Los ojos del teniente se anegaron en un arroyo de lágrimas disimulado con un acceso de tos que le hizo doler el alma. La niña se sentó en el borde de la cama y le apretó la mano.

–¿Cuándo volvemos a casa, tatita?

El teniente se había prometido hablarle con la verdad. Pero no pudo. La niña había ya perdido a su madre y nunca le había perdonado que la abandonara a ella y al padre.

–Pronto, m' hijita, pronto.

–¿Se va a poner bueno, tata, verdad?

La niña le hablaba como si la vida, la muerte y el destino del universo dependieran de él. Ese hombre inconmensurable que la alzaba sobre las charreteras del uniforme de teniente y le hacía ver el mundo desde la altura de los colosos que sostienen la Tierra, no podía derrumbarse por un par de heridas.

–No me va dejar sola, ¿no, tatita? –le imploraba como cuando le preguntaba a dónde iba cada vez que iba a la guerra. «A la guerra» le contestaba el padre y ella creía que la guerra era un lugar.

La muerte, pensaba el teniente, era la aliada del soldado para evitar perder la dignidad. La vida, la muerte, la victoria, la derrota, la belleza y la dignidad. Para el teniente Rendo el combate era un arte. Una batalla, incluso una guerra, se podía perder. También se podía

perder la vida. Lo que jamás podía perder un soldado era la belleza en la lucha y la dignidad en la derrota. Pero menos aún en la victoria. A juicio del teniente Rendo, no existía peor ignominia que perder la belleza y la dignidad en la victoria.

El teniente era un esgrimista, aun cuando empuñara un fusil. Su escuadra debía moverse como una sola voluntad, avanzar y retroceder conforme lo hiciera el enemigo. Batallar no era pelear. La pelea suponía la furia; la batalla, en cambio, implicaba el juicio. La batalla era la coordinación perfecta entre la razón y la suspensión del pensamiento, entre el movimiento y la quietud, entre la aceptación y la imposición, entre el acatamiento y la orden, entre la resolución y la piedad. La pelea, en cambio, era la entrega al instinto, la ira sin control, el esfuerzo desperdiciado, el impulso salvaje, la sed de sangre, la pasión, el deseo de matar o de entregar la vida por nada.

Si el teniente Rendo hubiese sobrevivido a la gangrena, se habría vuelto a morir al ver en qué se habría de convertir el ejército: un mero accesorio de las fuerzas salvajes que salían a la caza de opositores políticos para decapitarlos y clavar las cabezas en picotas, colgarlos en las plazas públicas y después humillarlos metiéndoles mazorcas que les destrozaban las tripas. El viejo uniforme azul del ejército libertador habría de ser sustituido por el punzó, tan parecido al colorado de los realistas. Los oficiales honorables serían reemplazados por comisarios analfabetos, alcahuetes de barriada, criminales comunes, cuatreros y bandidos de toda laya.

El teniente Rendo, por fortuna, no llegó a verlo. Pero su reinita, reducida a servidumbre y convertida en la sierva, habría de ser

testigo de cómo la propia generala fundaba en el salón de la casa ese ejército miserable y salvaje con su índice implacable.

7
El aire

El aire de la sala del hospital se cortó por segunda vez cuando entró el gobernador. Si cuando llegó María Emilia se había hecho un silencio que purificó el aire fétido que flotaba sobre las camas de los enfermos, cuando el barón hizo tronar las botas con su paso cesáreo, se alzó un murmullo vacilante. Luego de un golpe de palmas entre bambalinas, estalló un aplauso creciente hecho de reverencia y miedo. Las enfermeras batían las palmas de los moribundos como si fuesen marionetas, a instancias del cura, quien lanzaba vivas a Dios, a la generala y al gobernador, igualados los tres en el mismo podio.

El barón, de uniforme impecable, se cuadró ante el teniente Rendo y luego se prosternó ante el catre de su subordinado de manera teatral. Dos enfermeras corrieron a buscar un par de biombos para ocultarlos de la curiosidad de los demás.

–Dios y la patria… –empezó a decir el gobernador.

–No tengo mucho tiempo. Ya habrá tiempo para palabras y homenajes –lo interrumpió el teniente con un hilo de voz, una exhalación cavernosa, áspera y doliente–, ahora necesito pedirle solamente dos cosas…

–Lo que usted mande, teniente.

El teniente Rendo le pidió con un gesto al barón que se acercara. El gobernador pegó el oído a la boca del soldado para que no se esforzara demasiado ni lo escucharan oídos indiscretos.

–Cuide a mi hija hasta que se haga mayor. Yo sé que su corazón es generoso con los huérfanos de la patria. Ella es un ángel, es buenita, no lo va a hacer renegar; al contrario, puede ser una ayuda para su señora. Es un angelito de buena –un acceso de tos le llenó la boca con espuma rojiza de sangre, mientras tosía, le señaló hacia un rincón de la sala, en el que María Emilia permanecía sentada en silencio.

Cuando el gobernador descubrió a la niña, se le iluminaron los ojos. El rodete alto, negro de pelo espeso y pesado, los ojos enormes, oscuros, el vestido rojo que envolvía las formas primaverales de la fecundidad eran la imagen épica de la Confederación. Si un escultor debía representar el símbolo de la nueva y joven nación no tenía que agregarle ni quitarle nada. Era la Marianne de los criollos, más joven, más bella e inmaculada. Si la representación de la República francesa era la imagen de la Madre Patria protectora, ella era la hija a proteger. Era la estampa opuesta de la pérfida Albión de los ingleses con su cabellera dorada, el yelmo y el tridente amenazador. La hija del teniente se veía como una promesa eterna, la imagen del futuro, la pujanza y la tierra virgen y fértil. Si Inglaterra y el teniente Rendo representaban para el barón las dos grandes heridas a su amor propio, la niña era la redención de ambas en una sola persona.

–Cuídela como a una flor. Se la ve fuerte, pero es frágil. Ha perdido a su madre muy pequeña.

–La cuidaré como a mi propia hija.

Los ojos del teniente se humedecieron con un acceso de gratitud.

–Otra cosa: ahora o después –después quería decir después de que muriera–, asciéndame a coronel. Entiérreme como teniente, no me importa, pero que la niña cuente con una pensión digna como hija de un coronel. No será mucha la diferencia, pero quién sabe…

–Así será, soldado.

Entonces el teniente Rendo cerró los ojos e invocó a su vieja compañera de armas para que le preservara intacta la dignidad y pudiera morir con belleza en compañía de su hija.

8
La mano

La mano del gobernador era pequeña en comparación con la de su padre, el teniente Rendo. Mientras el barón acariciaba la palma tensa y fría de la niña, ella deseaba cerrar la mano y convertirla en un puño apretado. Le pareció un consuelo extraño, aunque, tal vez, se dijo, lo extraño fuera el contacto con esa mano desconocida y no el inusual gesto de condolencia.

La mano del gobernador era rosada, acicalada y suave. Perturbadora. Las uñas perfectas y las lúnulas blancas, que parecían pintadas a pincel, le conferían un amaneramiento femenino. La mano de su padre era enorme, sarmentosa, surcada por venas, huesos y cicatrices. Tenía una línea de callos en la palma, justo debajo de los dedos, que coincidía con las ondulaciones de la empuñadura de la espada.

La mano de su padre apretaba fuerte, la protegía y a la vez se confiaba a la mano de la niña para que ella lo condujera durante los paseos; la niña iba un paso adelante y él se dejaba llevar como una bestia mansa, semejante a un toro que se sometiera a los pasos breves de una pequeña pastora.

Las manos del barón no apretaban ni protegían; la niña sentía que con esas caricias que la incomodaban, quería llevarla a un lugar oscuro, peligroso y desconocido. Ella no tenía forma no ya de

guiarlo, sino que no encontraba la manera de detener esos roces desagradables que le provocaban un escozor desde la palma de la mano hasta la nuca.

Sentados frente a frente en la soledad de la parroquia de la casa, el barón sostenía la mano de la pequeña entre sus muslos. Mientras con la mano derecha le tocaba el pelo, con la otra, la siniestra, acariciaba muy suavemente, de manera casi imperceptible, las líneas de la palma. Con el índice, dibujaba un siete que seguía el camino de los surcos de la mano, como lo hacían las gitanas, pero en lugar de adivinarle la suerte, la niña sentía que le estaba escribiendo el destino, un destino sombrío, triste, que ella no podía torcer.

La mano de la niña permanecía sobre las piernas del gobernador, muy cerca del lugar donde la malla metálica le protegía los genitales y formaba en las calzas una protuberancia obscena, cuya visión ella quería evitar aunque le resultara casi imposible. Luego el barón la atrajo hacia él y la sentó sobre sus rodillas; la talla de la niña era desproporcionada para esa situación evidentemente inadecuada. El barón le acarició el cuello y apretó el pecho de ella contra el suyo, hasta sentir las prominencias florecientes de la pubertad. La niña lloró con angustia, ya no por la ausencia irremediable de su padre, sino por la aparición de ese hombre que pretendía sustituirlo de un modo perturbador.

–No llore m' hijita –le dijo, mientras la abrazaba contra él, creído de que lloraba por su padre.

Ante esas palabras, la niña se deshizo en un llanto desconsolado, como si le hubiese ofrecido un desahogo.

–No llore –repitió el barón con un tono imperativo, a la vez que la apretaba impidiendo que su cuerpo se convulsionara. Entonces

comprendió que no era un consuelo, sino una orden. Pero el llanto ya se había desatado y su frágil voluntad no podía refrenarlo.

–Basta, ya basta –dijo el gobernador apretándola al punto de impedirle la mecánica de la respiración.

La niña tuvo que tragarse el llanto como si se tratara de un erizo que le lastimaba la garganta y la asfixiaba. En ese instante entró el párroco con la cabeza gacha y las manos enlazadas sobre el vientre como si llevara consigo un atril. La niña temía que los consuelos del gobernador fueran entendidos por Dios como una ofensa. Se sentía avergonzada ante la figura del Cristo que presidía el pequeño retablo. Tal vez fuera ella, pensó, la culpable de las caricias del barón. ¿Cómo la consideraría Dios al verla sentada en el regazo de un extraño que la envolvía con sus brazos? ¿Cómo explicarle a Dios que ella no había propiciado esa situación?

Siempre le habían hablado del temor de Dios, aunque jamás lo había experimentado. De hecho, le producía más temor ese hombre bajo, de color lechoso y ojos desteñidos, que la idea que se había formado de Dios. Nunca le había temido a Dios hasta ese momento. Mientras el barón la acariciaba, al tiempo que le respiraba en el cuello, por primera vez tuvo terror de que Dios se enfureciera con ella. ¿Cómo hacerle entender a Él que ella no quería estar ahí, que lo único que quería era llorar y no se lo permitían?

Como si el Cielo hubiese escuchado sus pensamientos, el cura se acercó y, parado frente a ellos con sus manos cruzadas delante del pecho y una biblia en el sobaco, le dijo a la niña:

–Deberías sentir vergüenza.

Era exactamente lo que sentía. Una vergüenza más grande que la que podía albergar su cuerpo y se manifestaba a través de las

mejillas como si esa vergüenza roja, encarnada, quisiera salir por los poros. La pequeña se quiso incorporar, pero el gobernador no la liberaba del acoso de sus manos. Así, sentada como estaba sobre su regazo, la apretó con más fuerza rodeándola por la cintura.

–De pie, jovencita –le dijo el cura mirándola fijo a los ojos.

María Emilia volvió a intentarlo, pero el barón la retuvo apretándole las muñecas tan fuerte que le hizo dar un gemido de dolor. Pero no le importaba el dolor, sino la mirada de Dios a través de los pequeños quevedos del párroco.

–No puedo, padre… –murmuró en un suspiro casi inaudible.

–¿Cómo? No oí…

Se vio forzada a optar entre el temor a Dios y el terror al gobernador. Claramente, pensó, Dios no comprendía que ese hombre la estaba reteniendo en contra de su voluntad, porque, de otro modo, le haría ver al cura que ella permanecía sentada sobre las piernas del barón en contra de sus deseos. Si ella le explicaba al párroco que estaba siendo forzada por el hombre, Dios iba a entender todo. Pero el gobernador podría enfurecerse, supuso, si lo delataba.

–No puedo, padre… –repitió la niña más fuerte, dejando que flotara la duda. El barón podría interpretar que no podía porque se sentía tan a gusto, que no pensaba abandonar ese lugar confortable.

–Mmm… –musitó el cura, examinando la situación.

El cura suspiró profundo, como si estuviese macerando un veredicto, se quitó los lentes, los limpió con un borde de la estola y prosiguió con su pequeña inquisición:

–¿No puedo o no quiero? –le preguntó a la pequeña, anticipando la conjugación en primera persona para facilitarle una respuesta.

Entonces sí, pudo más el miedo a ese hombre que la sujetaba por las muñecas que el temor de Dios y sin levantar la mirada, dijo:

–No quiero…

Entonces el cura tomó la Biblia que sostenía en el sobaco, la dejó sobre un reclinatorio, se arremangó un poco y, como si la mano de Dios hubiera bajado del Cielo, le cruzó a la niña una bofetada brutal que la despeinó y la dejó aturdida.

La mano. La mano del cura quedó impresa en la mejilla de la chiquita. Perfectamente estampada como un estampado rojo sobre una tela blanca. La mano se copió tal cual era, con las arrugas que separan las falanges de los dedos, la marca del anillo y hasta el sello de la cifra de los quilates quedó grabado en la piel de la niña. Nunca, jamás, nadie le había levantado la mano. El padre, el teniente Rendo, no lo hubiese permitido. Así se lo había hecho saber a su hija: si alguien, un cura, un maestro o el mismísimo Rey de Roma le levantaba la mano, bajo cualquier circunstancia, se lo tenía que decir. Pero todos sabían que era la hija de Rendo y nadie se habría atrevido a levantarle la mano a la hija del teniente Rendo. Nadie.

Para él era muy difícil hablar con su hija sobre determinadas cuestiones relativas al pudor de las niñas, esos asuntos de los que sólo sabían hablar las madres o, en última instancia, las criadas de la familia. Como pudo, torpemente, con vergüenza y medias palabras, el teniente había intentado darle a entender que no debía dejar que nadie la tocara. Que se cuidara especialmente de los curas, de los pintores que hacían retratos, de los gitanos, de los que decían el futuro, de los viajantes, de los indios, de los boticarios, de los actores, de los artistas de la legua y de los soldados jóvenes, de

cada uno de ellos por distintos motivos. A pesar de que el gobernador no entraba en ninguna de las categorías, María Emilia comprendió a qué se refería su padre no bien la sentó frente a ella en la parroquia de la casa.

Todavía mareada por el golpe, la niña quiso incorporarse pero temía perder el equilibrio. El gobernador no la soltaba. No podría haber precisado cuánto tiempo pasó hasta que llegó la segunda bofetada, esta vez con el revés de mano, en el sentido inverso y en la otra mejilla. El último golpe fue más fuerte que el anterior, pero la niña lo sintió menos; aturdida, anestesiada, percibió como nunca antes la ausencia de su padre.

–¿Por qué, tatita? –musitó pidiéndole alguna explicación a Dios o a su padre, a quienes intuía semejantes. De hecho, ella había concebido a Dios a imagen y semejanza de su tata. Imaginaba a Dios como un coloso con la complexión y las facciones del teniente Rendo, pero más viejo, más cano y acaso no tan cariñoso. Como si el gobernador hubiese escuchado los rezos de la niña, la abrazó más fuerte y con voz imperativa, histriónica, le dijo al cura:

–No vuelva a ponerle la mano encima. Es la hija de un camarada, de un héroe que dio la vida por la patria. Es como una hija para mí.

La niña se sintió infinitamente injusta y avergonzada. ¿Cómo podía haber albergado esos malos pensamientos para con ese hombre, a cuya protección su propio padre la había confiado? Poca gente era capaz de enfrentar a un párroco en su propia parroquia. Temió que el cura pudiera mandarlos al infierno a ambos en ese mismo momento. Temió por el alma de su padre, por el hombre que la protegía sobre sus piernas y por su propio destino. Imaginó la furia del cura semejante a la ira de Dios y pensó que si el párroco

levantaba el índice hacia el Cielo habrían de caer todas las maldiciones bíblicas sobre ellos. La niña vio con terror cómo el religioso tomaba la biblia, se alzaba la sotana y se arrodillaba a los pies del barón. Con el libro sagrado sobre el corazón, de rodillas ante ella, el cura dijo:

–Le ruego me perdone. Juro que no volverá a suceder.

La niña jamás había presenciado semejante espectáculo. Miró al hombre que la protegía entre sus brazos y esperaba la respuesta con una mezcla de incertidumbre e incredulidad.

–Le pregunta a usted, m' hijita, ¿lo disculpa o quiere que lo castigue?

María Emilia ignoraba que alguien que no fuera un obispo podía impartir castigos a un cura. ¿Cuánto poder podía tener un sólo hombre para interpelar a un sacerdote ante los ojos de Cristo?

El cura esperaba el veredicto de rodillas y no se atrevía a mirar a los ojos a ninguno de los dos. Temblaba. La niña se compadeció de ese religioso obeso, que mostraba su calva a Dios y le ofrecía su cabeza a ella, una niñita, para someterse a su voluntad. Con las mejillas rojas todavía doloridas, le dijo con voz suave:

–Sí, padre, lo perdono.

No podía creer que acabara de pronunciar esas palabras de absolución a un religioso. El cura, que apretaba la biblia como un náufrago a una tabla, volvió a respirar, se puso de pie y sin mirarla a los ojos, se alejó de espaldas haciendo reverencias.

–Estoy para protegerla, m' hijita. Confíe en mí –le dijo el barón, besándole la mejilla muy cerca de la comisura de los labios.

El antiguo número que montaron el gobernador y el cura había vuelto a funcionar como tantas otras veces con otras tantas fámulas.

9
Hija, mi hija, m’ hijita

Hija, mi hija, m’ hijita. Así solía decirle el gobernador a

María Emilia, según fuera la circunstancia. La llamaba hija cuando, por ejemplo, quería instruirla en alguna materia:

–Vea, hija –por lo general «hija» iba precedido de «vea» –Vea, hija, al gobernador no se lo mira a los ojos –así solía referirse el barón a sí mismo –Vea, hija, al gobernador no se le da la espalda; usted se retira de la sala caminando para atrás hasta pasar la puerta.

En ocasiones y sin que respondiera a una lógica predecible, el barón la presentaba ante los demás como «mi hija».

–Mi hija, María Emilia –la presentaba a los invitados, y ella hacía una pequeña reverencia con los brazos extendidos, las piernas flexionadas y las mejillas rojas de vergüenza.

En los papeles, suponiendo que alguna vez los hubiera habido, la niña debía ser su hija adoptiva, de acuerdo con las dos promesas que le había hecho el gobernador al teniente Rendo; la primera: que iba a recibirla en su casa como a una hija y, la segunda, que habría de ascenderlo a coronel. Tal era el poder del barón que jamás se rindió ante la burocracia. Con sólo decir «es mi hija», con sólo declarar «lo asciendo a coronel» era suficiente. Así gobernaba. De facto. Las leyes se promulgaban en el momento, se escribían en el

aire con palabras grandilocuentes y se borraban con la lluvia. Las leyes se escribían en la arena, al derecho; luego se reescribían al revés y podían aplicarse en un sentido o en el contrario, según la voluntad de gobernador o el dictamen sumario de la matriarca. En cualquier caso, las leyes se desvanecían en el viento y el olvido.

Cuando estaba a solas con la niña, el barón le decía m' hijita. Mi' hijita podía ser un apelativo cariñoso, protector, pero también una orden inapelable:

–No llore, m' hijita –y era la última frontera antes de la bofetada o el insulto.

–Mi' hijita no sea puta, no se ande fijando en el bulto de los hombres.

El gobernador tenía una monomanía con el bulto de los hombres, una preocupación extraña y una percepción enfermiza. Creía que todas las mujeres se fijaban en el bulto de los hombres. Si les miraban la entrepierna, eran putas porque se andaban fijando en el bulto de los hombres y si no lo hacían, eran putas porque les daba pudor que los demás pudieran darse cuenta de cuánto se desesperaban ante el bulto de los hombres. Así decía él: «el bulto de los hombres».

El barón se ponía una malla metálica para protegerse los genitales que le servía, además, para no sentirse disminuido ante los otros hombres. Con ese artificio podía calar en lo más hondo del espíritu humano. De acuerdo con las reacciones que suscitara ese bulto eminente, adulterado, sabía cuándo estaba frente a una puta, a una mujer infiel, a una señora de su casa, a un hombre confiable, un traidor, un puto, un puto irredento, una persona inteligente o un perfecto idiota. Tenía un método según el cual a cada forma de

mirar el bulto de los hombres, le correspondían determinadas características espirituales. Armado con esa convicción, se ponía de pie frente a su interlocutor, quien permanecía sentado, y dejaba expuesta la protuberancia que le abultaba el breech a la altura de los ojos del visitante. De pie, con los brazos cruzados frente a su invitado, consideraba de qué modo miraban, soslayaban o dejaban de mirarle las calzas para proceder con su examen espiritual.

Solía mantener largas conversaciones con los párrocos que pasaban por la casa sobre este particular y los instruía en este delicado asunto. Hablaba con ellos del lenguaje de los bultos. Sostenía que según cargara hacia un lado u otro, hacia arriba o hacia abajo, podía conocerse si un hombre era pesimista, hipocondríaco, valiente, irresoluto, amistoso, retraído o taimado para el juego de naipes.

Cierta vez había intentado establecer una conversación con su esposa sobre estas cuestiones, pero antes de que pudiera terminar la primera frase, la generala le cruzó una bofetada. Dios jamás habría tolerado semejante inmundicia. No le dijo una sola palabra. El barón tuvo suerte de que le encajara un sopapo y guardara silencio. De un golpe cualquiera se podía recuperar. El gobernador no volvió a insistir con ese tema, pero nunca renunció a observar científicamente el bulto de los hombres.

Como no podía ser de otro modo, el barón sometió a esta prueba a la pequeña María Emilia el día siguiente al episodio con el cura.

Llevó a la niña a la bodega, un sótano húmedo que solía encharcarse cuando subían las napas subterráneas, la hizo sentar sobre un escalón, dejó el candil en el suelo y puso en práctica el método. Él permanecía de pie con los brazos cruzados y ella,

sentada en la escalera, tenía frente a sus ojos la bragueta inflamada del breech, que resaltaba la malla metálica oculta bajo la calza blanca, obscena. Entonces, como si se tratara de una situación completamente natural, le barón se puso a hablar nimiedades, a interrogarla sobre asuntos sin importancia alguna. La niña se había formado una impresión desagradable del gobernador desde la primera vez que lo había visto. Pero luego de que la defendiera del párroco hizo un esfuerzo para cambiar aquella percepción. Mucho tiempo después habría de saber que aquella escena había sido una actuación. Pero ahora, mientras asumía esa posición extraña frente a ella, no comprendía qué tipo de lazo quería establecer. Una vez más se sintió injusta: no podía evitar un sentimiento de rechazo semejante a una náusea. Sabía que debía estar agradecida con ese hombre todopoderoso que había cumplido con la voluntad de su padre, que la había recibido en su casa, que le daba techo y comida y que la había protegido de los golpes del cura. Pero había algo que le impedía sentir un afecto natural. Ocupada en estos pensamientos, su mirada infantil ni siquiera había reparado en los atributos del gobernador. Sus ojos iban y venían impávidos de aquí para allá, con la misma indiferencia que le provocaba la charla del barón.

–¿Me está escuchando, m' hija? –le preguntó el hombre quien, en realidad, le estaba reclamando que lo mirara de la cintura para abajo.

La niña lo miró a los ojos como si hubiese tendido un puente por encima del bulto blanco que proyectaba una sombra en el muslo como la de un monte sobre un valle. Un rapto de furia contenida e impaciencia hinchó la vena que le surcaba la frente al gobernador.

–Al gobernador no se lo mira a los ojos –le dijo por primera vez y esa frase se habría de repetir una y otra vez.

Con esa orden, el barón, que se refería a sí mismo como «el gobernador», redujo el campo visual de la pequeña, como si la conminara a dirigir la mirada a donde él quería, atribuyéndole a la niña sus propios pensamientos. La blancura del breech resaltaba en la penumbra. Sin siquiera tocarla, la estaba forzando a ir por un camino que ella ni siquiera había considerado. Su padre le había enseñado todo lo contrario: a mirar a la gente a los ojos, a mostrarse franca y entender qué encerraba el alma de las personas a través de los ojos.

El gobernador, que tenía la mirada entrenada en este menester, percibió que la pequeña todavía no presentaba interés en el bulto de los hombres, tal como él se refería a este asunto que lo obsesionaba. Sintió una mezcla de impaciencia y excitación, como si acabara de descubrir un territorio virgen para colonizar y construir a su antojo.

Se acercó un paso más a la niña. Los ojos de María Emilia quedaron a pocos centímetros de la prominencia que inflamaba la calza. Era el único paisaje que podía ver, no tenía opción. De modo que posó sus ojos, no su mirada, sus ojos, no su pensamiento, sus ojos, no su interés, sus ojos, en el bulto del gobernador. Así se empieza, pensó el barón, así se empieza.

Tan encantado estaba el gobernador con la nueva integrante de la casa que no advirtió que arriba, en la oscuridad del rellano de la escalera, estaba la matriarca observando la escena. Lo que se veía desde la perspectiva de la mujer era el retrato de la desmesura: el

hombre más poderoso del país de pie junto a una huérfana inclinada ante la virilidad barroca, artificiosa y priapística del barón.

Desde las sombras, la matriarca carraspeó y sólo entonces el hombre se percató de su presencia. No sin preocupación, el gobernador levantó el candil y la generala se hizo visible. La niña giró la cabeza por sobre su hombro y por primera vez vio a la verdadera dueña de casa. No hizo falta que se presentara; la pequeña adivinó quién era la mujer y el lugar que ocupaba en ese universo que se iniciaba en la casa y se extendía hasta los confines de la patria. Con una voz suave y amable le pidió a la niña que saliera del sótano y la esperara afuera. Así lo hizo. Como un cervatillo que acabara de ser liberado del acoso de un cazador, subió la escalera corriendo mientras se levantaba las faldas para no pisarlas y se quedó en el pasillo. La generala bajó hasta donde estaba la niña y de pie en ese mismo escalón, sin decirle una sola palabra, le cruzó una bofetada a su esposo. Luego lo señaló al centro de los ojos con el índice, se dio media vuelta, subió la escalera, tomó de la mano a María Emilia y la condujo hasta la habitación. El gobernador se sentó sobre una barrica y agradeció a Dios que la matriarca se hubiera apiadado con su silencio y sólo le cruzara una bofetada.

10
La otra mejilla

La otra mejilla de María Emilia, la que le ofreció al cura luego de la primera bofetada, la que había recibido el revés de la mano, conservó la marca de los dedos del párroco durante varios días. La niña solía trenzarse el pelo. Pero por entonces se lo dejó suelto para taparse el estigma y la vergüenza ante los desconocidos con los que se cruzaba todo el tiempo. La casa estaba habitada por una cantidad de gente que a María Emilia le costaba precisar. No sabía exactamente quiénes eran los que vivían en la casa, cuáles eran los miembros de la familia, quiénes los que trabajaban y cuáles eran simples visitantes. A pesar de que todo el tiempo veía distintas personas, en la casa reinaba un silencio monacal sólo interrumpido por los gritos de los niños y los ruidos de los animales provenientes del establo.

La gente caminaba con la cabeza gacha, pasaban sin saludar con las manos cruzadas por delante del pecho: esa era la instrucción para que nadie pudiera llevar un arma o un objeto robado. Las manos siempre debían estar a la vista. Se adivinaba que las personas tenían distintas jerarquías, aunque la niña no hubiese podido precisar en qué consistía exactamente esa diferencia.

Desde el principio, había comprendido que los castigos corporales eran una regla que establecía los niveles de mando y el rango de

cada quien. La bofetada era la reprimenda más suave aunque no la menos severa, una reconvención espontánea de orden moral. El azote, en cambio, era un castigo ante una falta de conducta o una desobediencia y requería un veredicto en el que se estipulaba la cantidad, el objeto y la intensidad. Podía ser una varilla, una fusta o un látigo. También se disponían encierros, ayunos sólidos y líquidos y, llegado el caso, la ejecución sumaria para los traidores y los conspiradores. La casa tenía su propia legislación no escrita que, en ocasiones y cada vez con más frecuencia, se extendía extramuros a los confines del país. Las penas más severas solían ser siempre dictadas por la matriarca.

Aunque la niña desconocía la jurisprudencia familiar y la legislación tácita que regía la vida de la casa, desde el comienzo entendió la lógica. Las jerarquías se establecían de un modo rústico y brutal: en la cima, la generala abofeteaba al gobernador; un peldaño más abajo, el gobernador abofeteaba al cura y, en el llano, el cura abofeteaba a la niña. Ese era su lugar. Ella, que era la reinita de su padre, el capullo a punto de abrirse en flor para los ojos de su padre, se acababa de marchitar antes de extender sus pétalos al cielo. Aunque conservara el aroma de la flor, aunque desplegara los colores de la flor, aunque irradiara toda la belleza de la flor, María Emilia Rendo supo que acababa de marchitarse antes de florecer.

11
La celda

La celda, así percibió la niña a su nuevo cuarto. La celda era un cubo con cuatro camastros. La celda. Eso es lo que vio María Emilia la primera vez que entró en esa habitación sin ventanas: una celda. Nadie haría dormir a su hija en una celda, pensó la niña al detenerse en las paredes descascaradas de color indescifrable, mezcla de hongos de la humedad, pintura vieja y mugre. Se respiraba un aire viciado con olor a encierro y efluvios humanos, no sólo de las tres personas que dormían en las literas, sino, incluso, de algunos habitantes anteriores. Era un olor de otra época.

La casa del teniente Rendo era pequeña pero luminosa. Estaba cerca de las barrancas que se precipitaban hacia la boca del riachuelo. El cuarto de María Emilia estaba en el ático. El techo formaba un prisma con base en el piso. Tenía una ventana oval desde la que se veía el río por encima del lánguido follaje de los sauces que enjugaban sus pesares en la orilla. El cuarto era diminuto; apenas cabía la cama, cuya cabecera estaba en la pared contraria a la de la ventana, un ropero angosto de una sola puerta con un espejo y una silla. La niña había elegido ese cuarto en el altillo, el más pequeño, porque era el único lugar desde donde podía verse la línea brumosa que separaba el agua del cielo. El río la hacía olvidar. Sus pensamientos, los recuerdos tristes que con frecuencia

se le imponían a su pesar, se iban con la brisa y se perdían como los barcos más allá del horizonte. Al caer el sol entraba el perfume de la dama de noche que trepaba por las tejas. Las pequeñas flores blancas se abrían como en un extenso bostezo hasta la medianoche, cuando volvían a cerrarse mientras María Emilia dormía.

La niña nunca le había perdonado a su madre el hecho de que se hubiese muerto. No sólo porque apenas le había dejado el recuerdo de sus manos en la piel, ni siquiera en la memoria, sino porque la abandonó siendo tan pequeña, que no podía recordar cómo era la cara de su madre. El retrato del cuarto matrimonial no coincidía con la imagen sensorial que conservaba la niña. Había en el cuadro una expresión artificiosa, posada, que no se ajustaba tampoco a la mujer de las historias que le contaba su padre. Y cuanto más miraba el retrato, menos podía imaginar a su madre. El cuarto había quedado tal cual estaba el día que ella murió. El teniente se mudó al otro dormitorio, el que daba al contrafrente, y decidió dejarlo como un pequeño santuario, una ermita en la que solía encerrarse en silencio durante algunos minutos. En ciertas fechas especiales, podía pasarse varias horas.

La vida de María Emilia con su padre era una eterna espera. La niña tuvo que forjarse en la paciencia y la resignación. Lo adoraba y cuando se iba a la guerra, así le decía él después de estrecharla en un abrazo interminable, «me voy a la guerra», debía abdicar a su trono de princesa. Para ella, la guerra era un lugar. Un lugar lejano y horrible del cual, lo sabía, acaso su padre no fuera a regresar. Durante esos días se quedaba con su tía, la hermana de su padre, que era la única que había sobrevivido a la primera peste. Sus cuatro abuelos habían muerto y, aunque no lo recordaba, tenía un

hermano mayor, Antonio Rendo, Antonito, que había muerto cuando ella todavía no había cumplido un año.

María Emilia era feliz cuando, antes de dormirse, se dejaba embriagar por la brisa primaveral proveniente del río que traía el perfume de la dama de noche, y sabía que su padre estaba abajo, leyendo en el escritorio, mientras velaba su sueño.

El contraste de su altillo luminoso con ese cuarto al que bautizó como la celda, era brutal. María Emilia entró por primera vez en la casa del gobernador de madrugada, luego del funeral de su padre. Estaba confundida, andaba como una sonámbula, entre dormida y despierta, casi soñando. Tenía que hacer grandes esfuerzos para comprender qué había sucedido, como los sobrevivientes de un cataclismo que caminaban sin rumbo, sin saber adónde ni por qué. La vida de María Emilia era una catástrofe lenta que se desarrollaba ante sus ojos sin que ella pudiera hacer nada. Los desastres naturales solían ser súbitos, imprevisibles, caóticos. Sabía que en esa llanura infinita no había terremotos, ni huracanes, ni tornados, ni crecidas devastadoras, ni aludes, ni montañas que pudieran precipitarse sobre la ciudad. Lo más temible, su padre se lo había dicho, era la gente, la peste negra y la fiebre amarilla que, junto con la política, eran males que transmitían las personas. Las tragedias de María Emilia eran una lenta sucesión de acontecimientos que se encadenaban y sumaban un nuevo eslabón que la iba atando al infortunio. La muerte de la mayoría de la familia en los tiempos de la peste, la muerte súbita de su hermano mayor; la enfermedad y la cruel agonía de su madre, las partidas de su padre a la guerra; la herida fatal y, finalmente, la muerte del teniente. ¿Había algo peor

que quedar sola en el mundo? Suponía que no. Pero se equivocaba. La casa. No había peor maldición en el mundo que la casa.

12
Tres mujeres

Tres mujeres. Cuatro camas. Una celda. Una niña. Tres mujeres dormían sobre sendas camas. La niña miraba las cobijas que cubrían los tres cuerpos femeninos de pies a cabeza. Tardó en comprender que el cuarto catre, el que estaba vacío, le correspondía a ella. Ese camastro raquítico con un colchón vencido y una manta de lana raída fue para María Emilia un augurio sombrío. Pero aquella madrugada, al llegar de los funerales de su padre, estaba tan cansada, tan abatida, que le pareció el sitio más adecuado para ahogarse en un llanto silencioso hasta desfallecer y hundirse en un sueño que la sacara del mundo. El sentimiento de tristeza que la invadió aquella primera vez que entró en la casa quedó para siempre asociado a su nueva existencia. Entró en el cuarto precedida por la misma criada que la acompañó en el coche que la trajo de la capilla ardiente en la que velaron al teniente Rendo. Nadie pronunció una sola palabra en el breve trayecto desde el cuartel donde yacía el militar hasta la casa; ni el cochero, ni la criada, ni ella. El carruaje entró en la casa por la entrada de la caballeriza. Cuando se apearon, la criada encendió un candil y le hizo un gesto con la cabeza a la niña para que la siguiera. Caminaron abriéndose paso en la penumbra bajo la tenue luz de la llama. María Emilia podía escuchar el relincho sordo de los caballos y el resuello de los cerdos, aunque

sin llegar a distinguir de dónde provenían. Sintió miedo de que la pudiera atropellar un animal; no terminaba de comprender dónde estaba ni a qué lugar la conducía la criada. Quería darse media vuelta y salir corriendo. Pero ese mundo al que quería regresar ya no existía.

La casa dormía. La niña supuso que ese almohadón escuálido que estaba sobre el camastro le serviría para apagar el llanto que llevaba atragantado sin que nadie la escuchara. Sin embargo, de pie como estaba junto a la puerta, vio cómo la criada se puso el camisón por encima del vestido y se quitó el vestido por debajo del camisón en un movimiento rápido, circense. Luego se metió en el camastro y apagó el candil sin siquiera mirarla. María Emilia se quedó parada en la oscuridad. Ni siquiera ese catre miserable era para ella, tal como, en su candidez y fatiga, había imaginado. En la penumbra escuchaba el ronquido apagado de las tres mujeres que dormían y el chirrido del catre cuando se acomodó la criada antes de entregarse al sueño. Exhausta como estaba, la niña se acostó en el piso calcáreo, helado y duro. Ovillada sobre sí misma, tiritando, quería convertirse en un animal y dormir con la misma parsimonia con la que dormían los cerdos en el chiquero por el que acababa de pasar.

La niña no se durmió: se extinguió como la llama del candil. Se ausentó del mundo en una vigilia inconsciente, como quien padece los delirios de la fiebre. Con los ojos abiertos, se sumergió en un mundo doliente y tenebroso. El frío que la hacía tiritar hasta la convulsión estaba hecho de miedo, desamparo, incomprensión, dolor y, ciertamente, de ese aire gélido que reptaba por las baldosas como si estuviera en medio de un nido de serpientes que le frotaban la piel helada. No tenía siquiera una manta con la que cubrirse ni un

trapo que la separara del suelo. Así durmió, que es un decir, durante largo tiempo hasta que María Emilia conoció el infierno.

13
La niña amaba a los perros

La niña amaba a los perros. Pero les tenía terror. María

Emilia se había acostado en el piso helado del cuarto ovillada sobre sí misma como un perro. Sentía un miedo cerril cada vez que se cruzaba con uno. Tirada en el piso al pie de un camastro, la niña ocupaba el lugar que le tocaría a un perro. Los amaba hasta el terror. Amaba verlos de lejos o cuando estaban del otro lado de una reja. Se apiadaba ante los ojos tristes de los animales encadenados, la conmovían los aullidos de sufrimiento e imaginaba la textura del pelaje. Pero jamás se había atrevido a tocar a un perro.

María Emilia jamás se había acostumbrado a dormir en el piso. Cuanto mucho, había conseguido resignarse. Pero la resignación no le evitaba los dolores de espalda ni el entumecimiento de las piernas. Una madrugada entre tantas, después de haber logrado conciliar un sueño mórbido entre imágenes de pesadilla y convulsiones, sucedió algo inesperado. Arrollada en el piso, abrazada a sus propias piernas con las manos enlazadas por delante de las rodillas, sintió un aire caliente que la envolvió. Tenía los músculos rígidos y los huesos dolientes. Esa brisa cálida la devolvió a la vida. Entonces pudo percibir que alguien, un alma caritativa que se había compadecido de ella, la abrigó con una manta. Era un edredón de lana suave que le cubrió la espalda. María Emilia se entregó

entonces a un sueño plácido. Esa misma voluntad piadosa le levantó la cabeza amorosamente y le colocó una almohada mullida y tersa debajo de la mejilla helada. La niña se abrazó a la almohada. La manta se le apretó al cuerpo como si hubiera cobrado vida. Pensó que estaba soñando, cuando sintió que la corriente de aire caliente respondía a un ritmo. Abrió los ojos, confundida, y quiso que aquella visión fuese una pesadilla; estaba abrazada a un lobo. Un lobo negro que la miraba con los ojos fijos en los de ella. Pudo distinguir los colmillos amarfilados y curvos como puñales. Jamás se había atrevido a tocar siquiera al pequeño pudle de la despensa a la que solía ir con la tía para hacer las compras. Y ahora sentía el aliento caliente de un lobo salido del mundo de los relatos más aterradores. Mil veces le había dicho su padre que nunca debía correr si la amenazaba un perro, que desviara la vista y permaneciera quieta. Cara contra cara como estaban, no sólo no tenía posibilidad de esquivar la mirada, sino que, aunque quisiera, no había modo de escapar. El animal abrió la boca y exhibió la dentadura completa, semejante a una trampa para osos. La niña cerró los ojos y se encomendó. El animal tensó los músculos y cuando la sierva se vio devorada de un bocado como en los cuentos, así con la boca abierta de par en par, el lobo se entregó a un bostezo interminable, placentero y despreocupado. Cuando la bestia terminó de desperezarse, la niña sintió la lengua húmeda y caliente que le lamía la cara entera de un sólo lengüetazo. Acaso guiado por el instinto, tal vez porque sintió que la niña estaba helada, el lobo se había echado junto a ella como lo hacen con sus semejantes en la manada. María Emilia comprendió que el lobo no tenía intenciones de atacarla, pero ni siquiera esa certeza podía disuadirla del pánico.

Recorrió la habitación con la mirada y comprobó que los camastros estaban vacíos. Estaba sola en el cuarto con un lobo. El animal metió el hocico debajo del cuello de la niña de modo de separarla de las baldosas frías y movió la cola para mostrarle confianza. En ese momento, ambos, la niña y el animal, escucharon la voz del barón proveniente desde el corredor.

–¡Lobo! –canturreó, y luego emitió un chasquido con la boca.

El lobo se alegró al oír la voz, giró despacio para no lastimar a la niña, pero se quedó junto a ella como si quisiera acudir al llamado sin abandonar a la sierva que todavía tenía el cuerpo frío.

–¡Lobo! –repitió el barón que ahora se escuchaba más cerca.

La niña comprendió por qué amaba a los perros y no se explicaba cuál era el motivo del terror. No era, sin embargo, un asunto que pudiera remediar por medio de la razón. Amó a ese lobo que se había echado junto a ella para darle calor, pero no podía dejar de temerle, aun cuando sabía que la había protegido como no lo había hecho ninguna de las personas que cohabitaron esa noche con ella. El miedo arrasaba cualquier razonamiento y la hacía temblar como una hoja.

–Lobo…

El gobernador asomó la cabeza dorada tras el marco de la puerta y se encontró con el animal echado junto a la niña. El barón estaba de visible buen humor. Había traído a su perro predilecto de su reciente viaje al campo.

–Veo un par de haraganes –dijo, y el lobo movió la cola.

El teniente Rendo siempre le decía a su hija que nunca había que mostrar el talón de Aquiles ni poner en evidencia los temores. Lo había intentado con el animal, pero por entonces ya sabía que debía

cuidarse más del hombre que del lobo. El barón, dirigiéndose a la niña, le preguntó no sin malicia si había dormido bien.

–¿Durmió bien, m'hija?

Aterrada, dolorida, congelada y todavía hecha un ovillo sobre las baldosas, asintió con la cabeza.

–Vamos, arriba –le dijo el gobernador a la niña con los brazos en jarra y el volumen del protector genital que le abultaba la bragueta en primer plano.

El barón señaló hacia el jarrón junto a la jofaina con agua y salió con el perro para que la niña se aseara. Antes de retirarse con Lobo, le dejó una manzana sobre la mesa de noche. Estaba tan sedienta que la sierva se bebió la manzana; después de masticar cada bocado, lo apretaba contra el paladar para extraer el jugo. Luego se lavó la cara, se mojó la nuca, se peinó con los dedos y se hizo una trenza tirante y apretada. Afuera la esperaba el gobernador con Lobo, que permanecía sentado junto a él.

Lobo no era exactamente un lobo, sino un lubicán, hijo de una perra malamute de Alaska y un lobo gris del Cáucaso, obsequio del Zar de todas las Rusias. Era más grande que un lobo y más manso que un perro manso. Tal vez en la estepa hubiese sido un gran cazador, un pastor avezado o un perro de guarda de temer. Criado entre algodones en el casco de una de las estancias, alimentado desde pequeño con un tetero y leche tibia recién ordeñada, libre como el príncipe de las pampas, malcriado por las chinas, la mujer y los hijos del capataz, consentido por el barón cada vez que iba a la finca, pese a su aspecto aterrador, Lobo era un lubicán gigante e inofensivo, acostumbrado a jugar con las ovejas.

Después de asearse, la niña salió de la habitación. Afuera la esperaba el gobernador con Lobo. El perro la recibió con un festejo. Buscaba las manos temblorosas de la niña en procura de caricias. El barón caminaba adelante, el perro un paso más atrás y en el último lugar, María Emilia. Caminaron bajo las recovas que circundaban los patios sucesivos del ala residencial. Pasaron debajo de la arcada que separaba el área de la residencia e ingresaron en los jardines de la gobernación. Luego de una larga caminata, entraron en el establo y atravesaron el camino a cuyos lados estaban los chiqueros, los corrales con las vacas y los terneros y hacia el fondo, los caballos que descansaban en la cuadra.

Era domingo y reinaba el silencio. Sin embargo, a medida que se iban alejando del casco de aquella ciudadela hacia los arrabales de la casa, empezó a crecer un bullicio conforme avanzaban. Eran voces excitadas, interjecciones, aullidos, gritos y ruidos como de golpes y corridas. Se acercaban a la zona del margen. Las construcciones de ladrillo y los patios de baldosas andaluzas fueron dejando lugar a un piso de tierra que, a medida que descendían un barranco leve, se iba haciendo de barro. Las galerías de tejas sostenidas por columnas dóricas se convirtieron en una sucesión de postes astillados que servían de soporte a unos toldos agujereados. El gobernador caminaba con entusiasmo, como si estuviese por llegar tarde a algún acontecimiento. Lobo lo seguía con paso equino. La niña, al ver una reja desde el otro lado de la cual se escuchaban ahora gritos furiosos, insultos y gruñidos bestiales se quedó congelada sin atreverse a dar un paso más. El barón extrajo una llave de acero con dientes enormes, la metió en una cerradura de tamaño medieval y la giró con ambas manos hasta que el pasador se desplazó y los

goznes de la puerta enrejada rechinaron. María Emilia sintió ese chirrido en los dientes, como si una lima invisible le acabara de esmerilar los incisivos. El gobernador entró en la zona prohibida; Lobo se quedó esperando a la niña. La idea de quedarse sola en ese lugar la estremeció. Apuró el paso detrás del perro. Una vez que traspuso la puerta tuvo la certeza de que acababa de descender al infierno. Y no se equivocaba.

14
El infierno

El infierno era caliente, humeante y colosal. Sobre las barrancas que se precipitaban al riachuelo oscuro estaban las gradas desde donde se veían diversas arenas. Como en un circo romano miserable hecho de tribunas improvisadas con tablones podridos, toldos apolillados, escenarios de lodo separados por alambres herrumbrados, el público asistía a los distintos espectáculos. Aquel coliseo menesteroso, repleto de desarrapados, atestado por una concurrencia desdentada, vibraba debajo de los pies de la niña como si un movimiento telúrico fuera a precipitar los barrancos hacia ese Aquerón de lecho turbio en el que desaguaban las letrinas de la casa. Cuando el gentío advirtió la presencia del gobernador, se hizo un silencio sepulcral hasta que una voz oficiosa prorrumpió en un sonoro «¡Que viva el gobernador!»

–¡Que viva el gobernador! –gritó con un tono estridente, castrense.

Entonces un rugido unánime de voces rotas por el aguardiente y la mala vida, contestó:

–¡Que viva!

–¡Que viva la Confederación! –arengó la voz solitaria.

–¡Que viva! –bramó la caterva eufórica.

–¡Que viva el barón! –prorrumpió el virtual locutor.

–¡Que viva! –confirmó la multitud.

–¡Qué viva la generala! –vociferó el presentador improvisado.

–¡Que viva! –saludó la muchedumbre, y luego estalló en una ovación con aplausos, brazos en alto, puños que apretaban garrotes y gritos de veneración.

Entonces el barón se abrió paso entre aquella marea sudorosa y hedionda que le extendía las manos y le rendía una violenta pleitesía. Como un emperador entre la plebe, el gobernador ascendió las gradas seguido por Lobo y la niña hasta llegar a su trono, una silla desconchada de pana púrpura raída. Le indicó a la niña que se acomodara a su diestra sobre un taburete enclenque. No existía lugar más seguro para el barón. Podían traicionarlo sus ministros, podía mandar matarlo el embajador de una potencia extranjera, podía envenenarle la comida una cocinera o un sirviente, podía desenvainar el puñal un oficial, pero esa marea embrutecida, demencial, fanatizada, era su más preciado capital. Era la turba incondicional que mataría o moriría por el gobernador. Ningún lugar de la casa le ofrecía la seguridad que le otorgaba esa silla remendada, ningún ejército de custodios le daba más protección que esa guardia pretoriana salvaje y sumisa.

Era la imagen del poder: el gobernador de impecable uniforme, el pelo rubio ondulado, los ojos claros y malignos con un lobo rendido a sus pies, la espada desenvainada a guisa de cetro y una niña esbelta a su diestra, como un ángel arrebatado al Cielo y arrastrado a las profundidades de ese infierno para deleite de la cáfila luciferina, era una imagen digna de un grupo escultórico. A pesar de que era un hemiciclo abierto, la sucesión de toldos desvencijados y el aire viciado daban una sensación de encierro. El gobernador se

puso de pie, giró sobre su eje para regalarle una mirada a la multitud y finalmente alzó la espada para dar comienzo a la gala más imponente que tuviera lugar en la patria. El gentío rugió y se abrieron las rejas que daban a la arena. Centenares de gallos de riña, perros enloquecidos con espuma en la boca a los que se les había inoculado la rabia para hacerlos feroces, indios desnudos que exhibían cuerpos tallados y gestos salvajes, jinetes sobre caballos indómitos que daban coces y saltaban para sacárselos de encima, ñandúes perseguidos por gauchos que revolean las boleadoras sobre las cabezas, luchadores de todas las edades y todas las condiciones, todos, a un mismo tiempo, salieron de las grutas bajo el barranco hacia las infinitas jaulas que constituían aquél circo incomparable.

El público dirigía la mirada a los múltiples escenarios o se agrupaba alrededor de cada jaula, formando virtuales anfiteatros y pistas como si fuese un conjunto de circos. Desde la perspectiva del gobernador, se veía una única y gigantesca arena que ofrecía espectáculos diversos. La niña, como si se tratara de una alucinación, se resistía a mirar y no levantaba la vista del suelo; tenía los ojos fijos en Lobo, que dormitaba a sus pies. Al ver la actitud de María Emilia, el gobernador la tomó suavemente de la trenza y le levantó la cabeza como a una marioneta, obligándola a dirigir la mirada hacia la lucha de perros. Atacados por la rabia, los animales tenían las pupilas dilatadas por una furia que no era de este mundo. Los belfos alzados exhibían los dientes envueltos en una espuma mórbida. Mordían a los otros perros, lanzaban dentelladas a bestias imaginarias que habitaban en sus ojos rojos y se mordían a sí mismos. Con los genitales a medio arrancar, arrastrando los testículos en carne viva por el barro y las tripas

afuera, no terminaban de morir, lo cual extendía la rabia a sus propietarios que los instaban a seguir en pie hasta que cayeran los demás. Apostaban miserias: botellas de aguardiente, monedas, chucherías que se robaban entre ellos, favores, sexo, amantes, sirvientes carnales de cualquier género y edad. Los ojos de la niña se anegaron en lágrimas. Lágrimas que formaban un dique de defensa y le impedían ver semejante aberración. El barón le ofreció su pañuelo; no era un gesto de cortesía, sino de la más pura crueldad. Una nevada de plumas volaba de aquí para allá y se pegaba en el pelo sudoroso y engrasado del público. Los gallos, pelados por los picotazos y los espolones, ya muertos, se seguían sacudiendo como poseídos.

A medida que iban muriendo los animales, todos se llenaban de impaciencia porque sabían que se aproximaba el momento más esperado. La arena principal, la más grande, justo en el centro de ese anfiteatro caótico, quedó completamente libre. Todos dirigieron la mirada hacia una jaula hexagonal de rejas con púas distribuidas al azar en los barrotes. El suelo era un fangal salpicado de grava y piedras afiladas. Cuando se hizo un silencio expectante, mezcla de ansiedad y excitación, se escucharon unos alaridos atroces, agudos, unos aullidos furiosos que provenían de los túneles al pie de la barranca. Entonces la turba imitó esos gritos que destrozaban los tímpanos hasta que aparecieron desde la tripa del barranco unos seres pequeños cubiertos por arpilleras de pies a cabeza, como fantasmas misérrimos y furibundos. Lanzaban alaridos de guerra, corrían y agitaban los brazos debajo de esas mantas apolilladas. Corrían en fila desde las gateras hacia la jaula hexagonal. Cuando entraron todos, eran diez, un hombre corpulento cerró la puerta

enrejada. Entonces, en medio de un baile frenético se quitaron los harapos. María Emilia tardó en comprender que eran niñas. Niñas como ella, acaso mayores, acaso menores, pero niñas. Robustas, de miembros gruesos, pero niñas. Fieras, aterradoras, pero niñas. Salvajes, furiosas, desgreñadas y medio desnudas, pero niñas. En ese momento, cuando se descubrieron, la turba gritó al unísono:

–¡Ri-ña de-niñas! ¡Ri-ña de-niñas! ¡Ri-ña de-niñas!

Diez niñas. Todas contra todas. Eran macizas, corpulentas. Tenían una musculatura infrecuente para su edad y su género. Estaban surcadas por cicatrices que coincidían con el ritmo y la forma de las púas de las rejas. A una de ellas, la más grande, le faltaba un ojo. La cuenca vacía la volvía más temible; se hubiera dicho que a través de ese hueco negro podía escudriñar más profundamente a las otras. El gobernador volvió a incorporarse, la ovación se apagó y las niñas se formaron en línea dentro de la jaula, sobre el barro, para saludarlo con una reverencia. Entonces el barón alzó la espada una vez más, las contendientes rompieron fila y, sin que mediara un saludo entre ellas, se trenzaron en una lucha feroz que parecía no responder a estrategia ni lógica alguna. Sin embargo, la turba, que tenía el ojo avezado en estas lides, comprendía el juego. Las más pequeñas, como un cardumen de pirañas, se formaron en dos grupos de tres y cada grupo aisló a las dos más grandes. Así, las tres menos corpulentas rodeaban a las otras dos y, evitando ir sobre ellas cuerpo a cuerpo, les lanzaban patadas a la cabeza y las piernas para tumbarlas. Pero era como pretender derribar un castillo a pedradas. A la más fornida, la que le faltaba el ojo izquierdo, la atacaban desde ese flanco, por fuera de su ángulo de visión, para obligarla a girar la cabeza; entonces aprovechaban para pegarle en

los riñones cada vez que rotaba el cuerpo. Sin embargo, no acusaba recibo e intentaba atrapar a una de ellas con los brazos extendidos. En el otro grupo, una de las más altas, se había resbalado y se fue de espaldas al suelo. Entonces, dos pequeñas le saltaron encima. Una le trabó los brazos con las rodillas, mientras la otra la agarró del pelo y le daba la cabeza contra una piedra enterrada una y otra vez. El sonido de los golpes de la nuca llegaba hasta las gradas sobre las barrancas y hacía rugir al público.

–¡Mátenla, que no se levante!

Un hilo de sangre tiñó la piedra y se mezcló con el barro. Entonces, cebada como un animal, la más pequeña desenterró la piedra y la golpeó con la arista más filosa en la frente, hasta dejarla exánime. Al comprobar que estaba fuera de combate, las dos niñas, excitadas, mostraron los dientes, tensaron los músculos de lo brazos y, en auxilio de las otras dos pequeñas, se abalanzaron contra la grande. Eran tres contra una. No tardaron en tirarla al barro. Se resistió cuanto pudo, pero una de ellas ya la tenía trabada con brazos y piernas, mientras las otras le pegaban, una en la cara y la otra en las costillas, hasta que comprobaron que le habían cortado la respiración. Al ver que ya no mostraba reacción, esas mismas tres rompieron la alianza y se trenzaron entre ellas. La más pequeña, que era mucho más ágil, saltó con las piernas hacia adelante sobre otra que fue a dar contra las rejas. Las púas se le metieron en la carne. Cuando quiso alejarse de los barrotes, comprobó que estaba enganchada por las puntas oxidada. De modo que la pequeñita aprovechó y le pateó la cabeza hasta que quedó desmayada vertical, colgada de las púas de la reja. Cuando se dio media vuelta, vio que la niña tuerta se abalanzaba sobre ella, luego de haber eliminado a

las otras cuatro. Sólo quedaban ellas dos: la más grande y la más chica. La primera tenía a su favor la fuerza, la resistencia al dolor, la masa y el peso; la otra era escurridiza como una liebre, elástica, saltaba como si tuviese resortes en los pies y tenía un cuerpecito nervudo y duro como la madera dura. Corría, por el barro pisando los cuerpos exangües de las otras niñas con un gesto diabólico, burlón que conseguía enfurecer a la niña del ojo impar.

El público estaba dividido entre las dos contendientes que habían quedado en pie. En algún caso se trataba de una antigua lealtad o simpatía, y, en otros, en premio por los méritos que habían mostrado en esa lucha aún en curso. Mientras ambas niñas se medían antes de trenzarse, la mitad del público gritaba a voz en cuello «¡Tuerta! ¡Tuerta! ¡Tuerta!», mientras la otra mitad intentaba tapar el aliento con el suyo, al grito de «¡Zorra! ¡Zorra! ¡Zorra!»

La Tuerta y la Zorra. Habían llegado al final las dos favoritas, las que habían cosechado mayor número de apuestas. El público estaba poseído. Tenían todas sus baratijas, que eran sus únicos valores, depositadas en los puños de esas niñas.

Cuando las ovaciones llegaron al punto más alto, la Tuerta y la Zorra fueron al encuentro. Las estrategias eran evidentes. La Zorra daba golpes, patadas y puñetazos como latigazos lejanos sin dejarse atrapar. La Tuerta, en cambio, intentaba agarrar a la Zorra por cualquier medio y de cualquier manera. Era una lucha que buscaba la venganza, de un lado, y la eliminación definitiva, del otro. Fue la Zorra quien dejó tuerta a la Tuerta y ahora quería cobrarse con el ojo de la Zorra en una ley del Talión sumaria. La Zorra, por su parte, era la campeona, suponiendo que esa lucha fuera una disciplina con

categorías de alguna naturaleza, y no sólo quería conservar ese podio, sino retirar para siempre a la Tuerta. Tenía que matarla.

La Zorra bailoteaba en la jaula dedicando contorsiones obscenas al público. Abría las piernas y se levantaba el taparrabos exhibiendo una vulva todavía lampiña. La canalla aullaba. Algunos, los que no habían apostado y no tenían nada que ganar ni perder, se frotaban la bragueta inflamada o intentaban guardar esa imagen en la memoria para rendir futuras pleitesías en soledad. Al percibir la respuesta de la turba, la Tuerta miró con su ojo polifémico hacia las gradas y se quitó el harapo que le cubría el pecho, desnudando unas tetas redondas, duras y erectas como si la cercanía de la venganza le hubiese despertado el celo. La Zorra tomó impulso, saltó horizontal y pateó con ambas piernas el torso de la Tuerta. El golpe la hizo retroceder; la pequeña quería empujar a la niña corpulenta contra las púas de los barrotes, tal como había hecho con la otra que aún colgaba exánime en las rejas. La grande estuvo cerca de ir a parar a los espolones, pero pudo girar y cambiar de dirección. La Zorra había caído al barro de manera calculada y permanecía tendida con una actitud provocativa; elevó la pelvis y en un gesto repugnante, abrió las piernas e invitó a la Tuerta, llamándola con la lengua. La Tuerta se abalanzó con todo su peso sobre la Zorra como quien se zambulle de panza al agua, pero la Zorra, zorra como era, giró en el suelo haciendo que la grande cayera sobre el barro. Antes de que pudiera levantarse, la Zorra fue sobre la Tuerta, le trabó los brazos abiertos con las rodillas, desenterró una piedra y le descargó una sucesión de golpes en la nuca, mientras hacía el gesto de un jinete sobre el caballo para conseguir el aliento de su público. Cuando, por fin, consiguió abrir una herida grande en el cuero

cabelludo, metió el dedo dentro del corte y lo levantó para exhibir la sangre. La Zorra levantó la piedra con ambas manos para darle el golpe final. Muchos pensaron que la pelea estaba liquidada. Pero antes de que la roca llegara a la cabeza, la Tuerta se incorporó con la Zorra montada a horcajadas sobre su espalda y retrocedió de modo tal que estrelló a la niña contra las rejas. Las púas entraron en la carne de la Zorra. Entonces, la Tuerta flexionó las piernas de arriba abajo varias veces haciendo que el cuerpo de la más pequeña se rayara como un queso contra las puntas. Luego se adelantó unos pasos cargando a la Zorra sobre el lomo y corrió otra vez hacia atrás para clavarla en los barrotes. Cuando comprobó que había quedado colgada de las púas, se alejó, elevó los brazos para hacer rugir a la multitud y, finalmente, la Tuerta señaló con el índice hacia el ojo derecho de la Zorra.

–¡O-jo por ojo! –¡O-jo por ojo! –¡O-jo por ojo! –bramó la turba enardecida.

Entonces la Tuerta avanzó con el índice extendido y lo metió por debajo de los párpados de la Zorra que pendía de la reja, completamente indefensa. Para matar o arrancar un miembro del oponente, era necesaria la bendición del gobernador. En rigor, era una formalidad, porque jamás se había negado a una ofrenda. Con el dedo dentro del borde de la cuenca, por encima de la parte superior del globo ocular, la Tuerta giró la cabeza hacia el barón para que le otorgara el permiso. Tal como hacía el César, el gobernador puso el pulgar horizontal. Entonces la muchedumbre redobló los gritos:

–¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo!

Después de un momento de suspenso en el que se hizo un silencio sepulcral, el barón, en un movimiento moroso inició el descenso del pulgar.

En ese momento, la voz de una niña rompió el silencio. Un «¡No!» estridente estalló, rebotó en las barrancas y reverberó en el río. No fue la Zorra, que apenas podía respirar, ni la Tuerta ni ninguna de las niñas que intentaban recuperarse tendidas en el barro. Todas las cabezas giraron hacia el sitial del barón y se detuvieron en la figura de María Emilia, quien aún permanecía de pie y extendía la *o* del no hasta desgañitarse.

El gobernador, que todavía mantenía el dedo oblicuo delante de la nariz, no se inmutó. Sencillamente cambió la dirección del pulgar y lo elevó hacia el toldo agujereado, salvando el ojo de la Zorra. Era la primera vez que el barón renunciaba a una ofrenda. El gobernador no tenía un particular interés en recibir una bola ocular como obsequio; sabía que era, en realidad, una oblación para el populacho. De hecho, la gente devolvió el acto piadoso con un abucheo. Pero quien había recibido la clemencia del gobernador con una expresión de odio fue la Tuerta. Quería cobrarse la deuda y no atinaba a quitarle el dedo del ojo a la Zorra, no se resignaba; permanecía con el índice entre el hueso y la esfera. Entonces, el barón se puso de pie, envainó la espada, tomó a su hija adoptiva de la mano y la condujo gradas abajo ante la mirada curiosa y el silencio del público. Lobo caminaba tras ellos. María Emilia se sentía infinitamente agradecida, como si ese acto de misericordia hubiese vindicado al gobernador de las bestialidades que acababa de presidir. La niña se dejó conducir, convencida de que aquel era el fin del espectáculo y ahora, de regreso del infierno, volvería a su cuarto.

Pero cuando enfiló para la puerta por la que habían entrado, el barón la recondujo suavemente de la mano en la dirección contraria. Descendieron por el barranco y caminaron en torno de la jaula hexagonal. Entonces, el gobernador abrió la puerta de la arena, hizo ingresar a María Emilia al polígono y cerró la puerta de rejas con púas a sus espaldas.

–Si no es ojo por ojo, ha de ser la otra mejilla. Es su decisión, m' hija –le dijo el barón a la niña, barrotes de por medio.

La tuerta señaló hacia el ojo derecho de su nueva rival, entre el tendal de niñas tiradas en el barro.

–¡Ri-ña de ni-ñas! ¡Ri-ña de ni-ñas! ¡Ri-ña de ni-ñas! –atronó la multitud.

15
La lucha final

La lucha final, inesperada, fue recibida por la turba con una ovación. Nadie sabía qué vínculo unía al gobernador con esa niña a la que nunca habían visto y a la que sentó a su diestra. El orgullo que exhibió al entrar acompañado por ella, el modo paternal con el que la había conducido tomada de la mano hasta el hexágono, las palabras que le susurró al oído en secreto, ponían en evidencia un interés que raramente mostraba el barón hacia alguien.

Paradas frente a frente, ambas niñas tenían la misma estatura, aunque se hubieran dicho de diferentes especies. La Tuerta parecía un demonio salido del inframundo. Las vetas de sangre que se esparcían entre el barro que la cubría de pies a cabeza le conferían un aspecto atigrado, satánico. El blanco del ojo único y el de los dientes resaltaba el contraste con el lodo negro del lecho del río oscuro. Un hombre entró al hexágono con una carretilla de madera y como quien recoge la basura levantó a las niñas que estaban tendidas en el suelo o permanecían colgadas de las púas de la rejas. Las depositó sin ningún cuidado dentro de la caja, luego salió con la misma pasmosa indiferencia con la que había hecho su trabajo y le echó llave a la puerta. Ninguna de ambas niñas había reparado en el hombre. La Tuerta mostraba los dientes y daba gruñidos como un animal en posición de ataque. María Emilia la miraba intentando

disimular una compasión infinita que no estaba hecha de superioridad, sino de un espíritu de hermandad como el que unía a las monjas de clausura. Su padre le había contado la historia de una monja del convento de Santa Catalina de Siena que había sido poseída por el diablo. Ninguno de los curas que lo habían intentado pudieron exorcizarla; incluso había llegado a herir de gravedad al padre Dámaso Gutiérrez y Candia. Según le había contado su padre, habían sido las propias hermanas quienes, con unciones y oraciones, pudieron quitarle el demonio del cuerpo. Durante la pelea anterior, María Emilia se había convencido de que esa niña que estaba a punto de saltarle encima como una fiera estaba poseída, pero no por el diablo, sino por aquél demonio unánime que formaban esos hombres horrendos que poblaban las tribunas de ese bestiario. Experimentaba una piedad tan grande hacia esa niña que le impedía sentir miedo, repulsión o enojo. María Emilia veía el salvajismo, la maldad, la furia y la perversidad en los hombres que las rodeaban y las instaban a matarse. No podía ver en esa niña furiosa como un animal acorralado ninguna otra cosa diferente de una niña. María Emilia le tenía terror a los perros pero no a las niñas. Era la otra, la Tuerta, esa niña a la que le habían arrancado la candidez antes que el ojo, la que estaba aterrada. Esa hostilidad, las ansias de matar, la ira que le inflamaba las venas del cuello y le tensaba los músculos no era otra cosa que miedo. Esa entidad monstruosa que había entrado con una arpillera que le cubría las vergüenzas, no las del cuerpo, sino las otras; esa masa de músculos hombrunos que emitía gruñidos e interjecciones; el fenómeno asimétrico que se ocultaba de la mitad de aquel mundo miserable detrás de la cuenca vacía de un ojo; la alimaña que debía soportar la visión de la otra mitad del

inframundo con el ojo que hubiese preferido no tener; la bestia que había desparramado en el barro del hexágono infernal a nueve bestias como ella, era sólo una niña asustada.

María Emilia no estaba dispuesta a hacerle daño. No, no iba a hacerle más daño del que ya le habían hecho esos hombres. Ella, por su parte, tampoco iba a renunciar a su condición de niña, de mujer; no iba a ceder ante ese demonio vociferante que reclamaba niñas muertas.

En todo esto pensaba María Emilia, cuando la Tuerta se abalanzó sobre ella.

16
No viviré para siempre

–No viviré para siempre, mi ángel –le había había dicho el teniente Rendo a su hija antes de partir a la guerra. Le prometió volver. Sin embargo, la niña tenía motivos para desconfiar: su madre no había vivido para enseñarle a leer ni a escribir. El hombre se había prometido no morir antes de instruir a su hija en algunos otros menesteres. El teniente Rendo no se consideraba un hombre especialmente cultivado, aunque tampoco un ignorante. Como todos los mortales, era mucho más lo que ignoraba que lo que sabía. Pero a diferencia de tantos, estaba perfectamente consciente de este hecho irremediable. En aquellas materias en las que debía ser instruido, lo era y con menos títulos que los que merecía. Era teniente y acaso debió haber sido coronel, no a causa de la caridad póstuma del gobernador, sino como consecuencia de sus legítimos méritos en vida. Lo que mejor sabía hacer era defender y atacar. En ese orden. Concebía la guerra como la ciencia de la economía de los recursos y, según había podido comprobar, nada exigía más esfuerzo que un ataque. La defensa, en cambio, multiplicaba las fortalezas: a la fuerza propia se sumaba la del atacante. La mejor estrategia que había encontrado el hombre para enfrentar el viento eran las velas de los barcos y las aspas de los molinos. El teniente Rendo era, en esencia, un esgrimista.

En aquella oportunidad el teniente cumplió ambas promesas, la que le había hecho a su hija y la que se hizo a sí mismo: lo primero que hizo cuando volvió de la guerra fue enseñarle a su hija a defenderse. Tal vez el militar presintiera que su final no estaba lejano y que su hija debía saber cuidarse. La pequeña María Emilia tenía la complexión física de una amazona. Alta, de miembros extensos y fuertes, el carácter templado y el pulso firme. La vistió con ropa de esgrima, que era de varón, le confió su propio florete y le enseñó cómo tomar la empuñadura. Le explicó que la principal arma de un esgrimista no era la espada, sino la calma.

–Mi ángel –así solía decirle el teniente a su hija, «mi ángel»– la principal arma de un esgrimista no es la espada sino la calma.

Entonces tomó la mano de la niña que apretaba la empuñadura y le mostró lo que sucedía cuando temblaba la muñeca. La más mínima vacilación del pulso se multiplicaba de manera proporcional a la longitud del arma y se hacía visible al contrincante en la punta de la espada. Si percibía el miedo, el oponente tenía la mitad del lance ganado. La manifestación de la calma era la quietud, le dijo. El primer paso era, entonces, poder mantenerse quieta en diferentes posiciones durante largo tiempo como si fuese una estatua. La calma, le dijo su padre, no es algo que ocurre, está en la naturaleza de las cosas. Todo tiende a la quietud, al equilibrio y la calma. Lo que acontece es el desequilibrio, lo inesperado, el movimiento que interrumpe la quietud por un instante hasta que vuelve el equilibrio. Lo mismo sucede con la ira que interrumpe la calma.

–La calma es el estado natural. La furia, en cambio, es ajena a nuestra naturaleza. Las cosas tienden a equilibrarse por sí solas. El río siempre vuelve al cauce.

–El río siempre se sale del cauce –le dijo la niña, quien solía detenerse a mirar el río desde el ventanuco del ático.

–Sí, en eso consiste precisamente la ciencia de la lucha: en conocer y predecir el momento del desequilibrio desde lo alto, no desde la orilla. Eso es la razón. Somos dueños de nuestra calma y esclavos de nuestra ira. La furia hay que dejarla del lado del oponente –le dijo el teniente a su hija, mientras ella permanecía quieta sin dejar que se viera siquiera el movimiento de la respiración.

Luego le enseñó los pasos elementales de la defensa. Le explicó que el ataque era un instinto animal, igual que la huida. La defensa, en cambio, le dijo, era una respuesta de la inteligencia. Debía comprender la naturaleza de la amenaza, calcular la fuerza del atacante, anticipar el movimiento, la intención y ensayar una reacción adecuada, proporcional. Podía ser menor o igual, pero nunca mayor a la fuerza del ataque.

Antes de enfrentarla, cosa que hizo el séptimo día de iniciadas las lecciones, el teniente, espada en mano, le dijo lo más importante. El enfrentamiento físico, con armas o sin ellas, era la última instancia y sólo cuando se agotaban las palabras. La mejor estrategia en cualquier confrontación era evitar la lucha. Y si la lucha era inevitable no debía significar un regreso a la condición animal, sino, al contrario, debía estar por encima de las palabras. Debía convertirse en una disciplina como cualquiera de las otras artes. El teniente pronunció dos palabras: belleza y dignidad.

–Pelear –le dijo–, pelear con belleza y dignidad.

El octavo día, luego de enseñarle esgrima durante una semana, el teniente aceptó el desafío de su hija:

–¿Quiere peliar conmigo, tatita? –así le dijo «peliar», que era cómo se desafiaban los hombres.

–Si quiere que peliemos –así le contestó, «que peliemos»– no me diga tatita.

La empujó, la tiró al piso, la insultó con palabras que el teniente no habría querido que nadie repitiera y la ofendió como un buen padre nunca ofendería a su propia hija. Entonces la niña se levantó y con una calma desconocida, le devolvió a su padre el insulto más hiriente que un padre podría recibir de su hija.

Por primera vez, al teniente Rendo le tembló el pulso al empuñar la espada. Padre e hija pelearon de igual a igual.

17
Ojo por ojo

O jo por ojo. A la Tuerta no le interesaban los dientes ni ninguna otra cosa de esa niña que estaba parada frente a ella. No quería su belleza ni su calma ni su ropa limpia ni su pelo largo, tupido y trenzado ni la protección del gobernador ni la simpatía del público. Un ojo, eso era lo único que habría de reparar la pérdida y cerrar la herida, ya no la de la concavidad de la esfera ocular ausente, largamente cicatrizada, sino la otra, la que arrastraba desde el día en que le habían arrebatado la candidez, la dignidad y la vergüenza. Todos sabían, en el fondo de sus almas, que más allá de las expectativas, los pronósticos y las apuestas, la niña que se aprestaba a pelear en el barro del hexágono habría de pagar con su ojo. Eso era un hecho del que nadie dudaba.

María Emilia permanecía quieta, con las piernas un poco separadas, los brazos colgando a los costados del cuerpo y la mirada fija en el centro de la pupila única de su oponente. María Emilia comprendía que, a su pesar, ella era la retadora. Ese era el lugar que ocupaba en el ánimo y en la garganta de aquel público roto que se apiñaba en las barrancas sobre el río fétido.

–¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! –gritaban hasta desgañitarse.

La Tuerta, cebada por la sangre regada en el barro y en las rejas, dio unos pasos hacia atrás para tomar impulso y saltó sobre María Emilia. Quiso agarrarla de la cintura para derribarla, pero la protegida del barón –todos pensaban que eso era– dio un breve paso al costado, suficiente para evitar que se le aferrara al cuerpo. La Tuerta, sin embargo, alcanzó a manotearle el vestido. La tela se rasgó de largo a largo y parte de la ropa quedó colgando desde el puño apretado. La Tuerta lo blandió hacia la tribuna como un blasón arrebatado al enemigo.

–¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! –exigió la multitud.

María Emilia quedó sólo con las enaguas y la faja que le ceñía la cintura. Sintió una vergüenza que la atravesaba de lado a lado como una lanza debajo de las costillas. Tuvo la certeza de que el pudor era un órgano que habitaba entre los pulmones y el vientre. Le dolía. La Tuerta tenía la mirada fija en el ojo derecho de la retadora, medía la distancia que la separaba de su objetivo y calculaba el zarpazo siempre en esa dirección. Corrió varias veces para atraparla, pero María Emilia tenía buenos reflejos y se movía rápido. Dos veces había tenido la posibilidad de golpear a la Tuerta. Pero nada estaba más lejos de su ánimo. De no haber sido por el espectáculo de su cuerpo bien formado, la multitud se hubiese reído de esa niña que no atinaba a pegar y corría en ropa interior escapando de un rincón a otro alrededor del hexágono. Todos aventuraban que el final estaba cerca. Querían ver el ojo que, como haría un torero con la oreja mutilada del animal, habría de ser entregado al gobernador en honor de la matriarca.

–¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! –se estremecía el gentío encarnizado.

El momento estaba por llegar. La Tuerta tiró un zarpazo certero y con la uña acertó el blanco. María Emilia pudo percibir un hilo de sangre que le brotaba desde el párpado. Quiso saber dónde estaba la Tuerta, pero cuando levantó la cabeza, comprobó que no veía de un lado. La multitud rugió.

–¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo!

Con la cara, las manos y la ropa interior regadas de sangre, María Emilia se enjugaba el ojo con el antebrazo, pero era tal la hemorragia que no alcanzaba a limpiarlo. La Tuerta tenía el puño cerrado y lo agitaba en alto como si guardara algo dentro.

–¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo!

María Emilia, con un solo ojo, con el izquierdo, pudo ver las manos levantadas de la Tuerta: en una apretaba el vestido que le había arrancado y lo hacía flamear como una bandera al ritmo del coro; en la otra ocultaba algo que la multitud quería descubrir. La niña que había bajado de la mano del barón no podía ver con el ojo derecho y tampoco se atrevía a comprobar lo que temía.

-¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo!

Sin abrir el puño, la Tuerta tomó a María Emilia del cuello, le aprisionó la cabeza dentro del candado que formaban la axila, el antebrazo y la cintura, y así la arrastró hasta las rejas. Se enrolló la trenza, larga y negra, alrededor de la muñeca y frotó el mechón una y otra vez contra el filo de una de las púas, hasta que le cortó la trenza entera. Desde el suelo, la niña vio con el ojo izquierdo que la Tuerta lentamente abría el puño y mostraba algo redondo. El público rugió nuevamente:

¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo!

Entonces la niña se rió a carcajadas y le tiró esa pequeña esfera a María Emilia. Antes de tomarla, se llevó la mano al ojo derecho y pudo comprobar que estaba en su lugar. Lo que le acababa de arrojar era un guijarro que había levantado del suelo. Había sido un anticipo. El momento más esperado estaba por llegar.

La Tuerta revoleó la trenza a una de las gradas y decenas de manos en alto se la disputaron. Caminó hacia la tribuna contraria, arrojó el vestido con fuerza y se perdió, igual que el mechón, entre un mar de brazos.

–¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo! ¡O-jo por ojo!

Entonces sí, ahora con las manos libres, la Tuerta tomó carrera y saltó con todo su peso sobre la niña que yacía en el barro en ropa interior, lastimada y pelada como un gallo desplumado. La hija del teniente calculó la parábola que describiría la niña en el aire y giró su eje. Eso fue todo lo que hizo. Bastó para que su contrincante diera con el vientre contra el barro. No quería atacarla. María Emilia se levantó. El lodo sobre la herida había conseguido detener la hemorragia y, poco a poco, recuperó la visión. Vio cómo la Tuerta, furiosa, se ponía de pie y recobraba la posición de ataque. Pudo percibir que los dedos crispados de la otra niña temblaban. Ella permaneció quieta como una estatua, tal como le había enseñado su padre. La Tuerta permanecía con la mirada fija en el ojo derecho de su rival. El destino ya estaba escrito. María Emilia se acercó de espaldas a la reja hasta que sintió las puntas de las púas. La Tuerta hizo un cálculo sumario. Era fácil; bastaba con empujarla un poco para que la protegida del gobernador quedara enganchada en los espolones de metal. Dio unos pasos atrás para impulsarse y se abalanzó sobre María Emilia con todo su peso. La calma, recordó,

era el estado natural de las cosas. Mientras la veía volar hacia ella, la hija del teniente dio un paso, sólo uno, hacia la izquierda. La Tuerta, ella sola, con todas sus fuerzas, todo su volumen y todo ese impulso, fue a dar contra las púas de la reja. Las puntas se le clavaron en todo el cuerpo, desde la frente hasta los empeines de los pies. Por primera vez, se hizo silencio en el infierno. La Tuerta, fuerte y resistente como era, se tomó de los barrotes y consiguió separarse de las púas. Fue un movimiento cruel. Se arrancó partes de piel e incluso de carne al desenclavarse de las puntas curvadas. La furia le impedía sentir dolor. Una vez, más saltó sobre María Emilia y, una vez más, se fue de boca al barro. La hija del teniente se movía como una esgrimista sin espada. La Tuerta era un animal herido, salvaje, rabioso. La niña, la recién llegada, la retadora, la protegida, supo que el destino de aquella niña a la que le faltaba un ojo estaba en sus manos. La Tuerta, en cambio, no pensaba; sólo quería apoderarse de su trofeo y terminar de una vez aquella pelea. Decidida a ponerle fin, corrió hacia María Emilia, que volvió a esquivarla y, aprovechando el impulso, la obligó a girar de modo tal que la Tuerta terminó otra vez contra la reja, esta vez de espaldas. Estaba incrustada y ahora no tenía forma de desengancharse. Supo que estaba perdida. Contra los barrotes, extendió el índice, señaló el ojo de María Emilia que estaba parada en el centro del hexágono, levantó la mano y volvió el dedo hacia su propia cara. Entonces, para evitar verse derrotada, se metió el dedo en el ojo, por debajo del párpado, entre el hueso y la bola ocular, y se lo arrancó limpiamente. Antes de desvanecerse vertical, llegó a lanzar el ojo en dirección del gobernador. Pero casi sin fuerzas, rodó un par de veces

y quedó flotando en el barro, mirando hacia el cielo gris que cubría el infierno.

18
En el infierno no hay héroes

«En el infierno no hay héroes». Esa frase terminó de quitarle el sueño al gobernador. No hubiese podido afirmar si la pensó o la soñó. Había pasado la noche en la cenagosa frontera entre entre el sueño y la vigilia, una duermevela en la que se mezclaban los pensamientos con los sueños. El barón abrió los ojos en la oscuridad de la habitación a causa de esas misteriosas palabras que le resonaban en la cabeza. Todavía le reverberaba en los tímpanos el griterío de la multitud y guardaba en las retinas la escena de la lucha final, como si las imágenes se le hubiesen adherido al interior de los párpados.

Era la primera vez que no podía conciliar el sueño la noche de un domingo. Nada le producía al gobernador más placer que los números de aquel coliseo en su propio infierno. Y cuanto más cruento era el espectáculo, más se regocijaba. Volvía contagiado de la euforia popular, con los sentidos gratamente excitados y una satisfacción elemental que lo reconciliaba con lo más primitivo, con el lado agreste que le había quitado la civilización, la ingrata vida de la ciudad y los asuntos públicos.

Debía sentirse más satisfecho que nunca: su nueva protegida era una verdadera guerrera, la atracción más impactante que podía ofrecer a ese pueblo sumergido en el barro; sin embargo, no podía

evitar la sensación de que algo no estaba bien. El barón, que tanto aprecio le había tenido al teniente Rendo, jamás se había olvidado de la negativa de su hombre de confianza. Nunca había podido descifrar el alma de su subordinado, acaso porque era incapaz de mirar a través de un cristal límpido y transparente. El gobernador veía el universo por la lente oscura y deformante del prejuicio. Había algo en el teniente que el barón nunca había terminado de descifrar. Era un hombre incondicional –tenía que admitirlo–, cumplía las órdenes sin vacilar, jamás habría participado de una conspiración; sin embargo, percibía en él algo inasible. No alcanzaba a entender por qué había declinado convertirse no ya en coronel, sino en el militar más poderoso de la patria. Todos los oficiales con los que tenía un vínculo cercano competían para ganar la consideración del gobernador, conseguir un cargo militar o político o hacerle notar su admiración reverencial, real o fingida. Si bien el barón no guardaba un especial afecto por los lamebotas, la genuflexión era para él una muestra de debilidad y, en consecuencia, una garantía de sumisión. El sometimiento, lo sabía, no significaba necesariamente lealtad; al contrario, los que lo habían traicionado fueron quienes más bajo se habían arrastrado a sus pies. Pero esta característica los volvía previsibles. Era mucho más fácil manejar a los miserables que a los hombres de convicciones firmes. Los principios, cuando eran genuinos, no necesitaban encarnarse en un caudillo; a la inversa, el culto a las personas de carne y hueso, por encumbradas que fueran, mostraba la debilidad de sus acólitos y la falta absoluta de convicciones propias. El gobernador necesitaba rodearse de gente de espíritu blando y voluble para manejarla a su antojo. A diferencia de su cohorte de siervos, el teniente Rendo nunca se había dejado

encandilar por el barón. Cumplía las órdenes como un militar y no como un lacayo. Sentía más apego por los códigos, las normas y la letra impresa de la ley que por la figura magnética del gobernador. No veía en él una escultura ecuestre, sino un superior al que debía subordinación. Los héroes verdaderos no tenían, por lo general, la apariencia de los emperadores; eran personas sin un brillo especial, no tenían el fulgor del oro o el diamante, sino la rusticidad de la buena madera, la dureza del hierro, pero también la herrumbre. Pero el verdadero y único motivo que había llevado al teniente a declinar el ofrecimiento del barón era el que había esgrimido con la espada de la franqueza: no quería confinar su existencia detrás de un escritorio.

«En el infierno no hay héroes». Sentado en el borde de la cama, mientras la matriarca dormía con el sueño de los justos, el gobernador intentaba encontrarle un sentido a esa frase que lo había arrancado definitivamente del sueño. El teniente Rendo había muerto como un héroe: jamás se entregó al enemigo, pero tampoco había renunciado a sus convicciones en la hoguera del fuego amigo. Aún con los reparos que guardaba hacia el soldado muerto, debía admitir que merecía estar a la diestra de Dios. Había abandonado este mundo sin inclinarse a sus pies, sin haberle rendido pleitesía. Era un misterio para él comprender por qué le había confiado su hija. Pero no necesitaba conocer esa respuesta. Acosado por el martirio del insomnio, el barón entendió que si el teniente había rechazado convertirse en su mano derecha, en su lugarteniente, si se había negado a ponerse al servicio de sus planes políticos, sería María Emilia, sangre de su sangre, quien habría de arrodillarse en el nombre del padre. Sin embargo, pese a los íntimos deseos del

gobernador, la hija del teniente había ganado la primera de las batallas sin tener que inclinarse ante nadie. El barón, igual que la multitud que colmaba el infierno, no esperaba ese desenlace. No pensaba dejar morir a la niña ni tampoco permitiría que perdiera un ojo en la pelea. Iba a dejarla llegar hasta el final para salvarla de la Tuerta. En el último minuto, el gobernador ingresaría al hexágono y la liberaría de la furia de esa niña que quería cobrarse el ojo. Así, suponía el barón, María Emilia con el ánimo doblegado, hundida en el barro y la vergüenza, se sentiría agradecida con él hasta el día de su muerte. Pero la niña, igual que su padre, había conseguido mantenerse de pie sin doblarse ante nadie.

«En el infierno no hay héroes». María Emilia se había ganado por mérito propio el trofeo de los héroes al negarse a atacar a la niña tuerta. Había sobrevivido en ella la negativa de su padre. En la duermevela del gobernador, el insomnio se convirtió en el José de los ensueños del Faraón adormecido y le reveló el sentido de la frase: la hija del teniente se había resistido como una heroína a vivir en el infierno, tal como su padre se había negado a escuchar la voz del diablo. En el infierno no hay héroes.

–Duérmase y deje de pensar estupideces –le dijo la generala en medio de la oscuridad, de espaldas al barón sin darse vuelta.

El hombre obedeció. Se acostó y se tapó con las cobijas hasta la nariz. El gobernador sabía que le contaba las costillas del sueño. Se durmió con el temor de que le hubiera leído los pensamientos y pudiera ver sus sueños.

19
El espejo roto

El espejo roto le devolvía a la niña una imagen extraña.

Tardó en comprender que ese tajo profundo que le surcaba la cara y se la desencajaba, era una rotura del vidrio y no del pómulo. Así se sentía: rota. Se observó largamente y no se reconoció en esa persona rapada e inexpresiva. El mundo, su mundo, había cambiado tanto y tan drásticamente que no se hallaba en esa ciudadela infinita, laberíntica e inextricable. A fuerza de desconocer ese nuevo universo, terminó por desconocerse a sí misma.

Así como se le había borrado por completo la cara de su madre, a medida que pasaban los días se le iba esfumando el recuerdo de la cara del padre. Era una sensación desesperante. Podía recordar cómo eran sus ojos negros, la nariz prominente, la boca discreta, el contorno anguloso de la quijada y el pelo ondulado y oscuro como el de ella, antes de que se lo cortara la Tuerta con una púa. Pero le resultaba imposible reunir las facciones en una sola cara. Su padre se alejaba de la memoria como si se perdiera en la distancia, en la bruma, y ya casi no pudiera verlo. Ese olvido lento la mortificaba, como si fuese una deshonra a la memoria de su padre. Retrocedió frente al espejo quebrado, que apenas se sostenía en el marco desvencijado, y salió del cuarto.

Por primera vez desde que llegó, había dormido en una cama. Luego del combate en el infierno, la niña no pasó inadvertida en la casa. Alguien, no sabía quién, le había hecho llegar una cama con un colchón y cobijas nuevas al cuarto que compartía con otras tres mujeres, de las cuales no sabía nada. Tanto se había acostumbrado a la indiferencia, que no se dio cuenta que el saludo de buenas noches al dormirse y los buenos días al despertar habían sido para ella. De pronto, el personal de la casa la saludaba cuando se cruzaba con ella en los pasillos y algunos hasta le dirigían la palabra. A pesar de que eran mundos independientes que no se mezclaban ni entraban en contacto, las noticias corrían entre los distintos sectores de la casa. Tal vez, el hecho de que nadie en el ala privada de la residencia hubiese presenciado la pelea, hiciera que los acontecimientos sonaran más épicos de lo que realmente fueron. Así eran los rumores en la casa.

La niña, que solía lucir su trenza larga y negra, ahora llevaba la cabeza rapada y cubierta por una mantilla. No porque se avergonzara, sino para evitar miradas, conjeturas y, sobre todo, tener que dar explicaciones. La fámula creyó percibir que las mujeres de la casa la miraban de manera diferente. Las más, con simpatía; las menos, con un dejo de envidia; algunas, con distante respeto y las mujeres mayores, con ojos piadosos. No sabía qué estaba pasando, pero de pronto sintió que era protagonista de una trama que ignoraba, como si todos supieran algo, menos ella.

Aquella mañana tuvo lugar un suceso inesperado. Bordeaba la recova cuando escuchó una voz grave y delicada:

–No le han hecho ni un rajuño –así le dijo la voz, rajuño.

Era la primera vez que alguien distinto del gobernador, la matriarca o el cura, le dirigía la palabra. Por reflejo, se cubrió la cara con el antebrazo para defenderse de una bofetada, lo único que había recibido por sorpresa desde el momento en que pisó la casa.

–No se asuste, no sea cosa que me pegue a mí –dijo la voz invisible–. Dicen que la moza es brava y tiene la mano pesada.

No tenía ganas de explicar que ella jamás le había puesto la mano encima a nadie. La niña siguió su camino sin siquiera darse vuelta. Así le había enseñado su padre, a no hablar con extraños. En ese momento cayó en la cuenta de que su nuevo mundo era un universo en el que todos eran extraños. Cuando pasó entre dos pilares, vio por el rabillo del ojo izquierdo una sombra zumbona que se ocultaba detrás de una columna. Al pasar junto a ella, escuchó:

–¿No me va dedicar siquiera una mirada?

Era la primera vez que se dirigían a ella con natural espontaneidad desde que había llegado a la casa. En silencio, María Emilia agradeció esa voz que le hablaba con simpatía y jugaba con ella a ocultarse como lo hacen los niños. De hecho, habría jurado que se trataba de un niño, de no haber sido por el timbre grave. La niña iba al aljibe a buscar agua. Sin desviar la vista del frente ni pronunciar palabra, aceptó ese juego de escondidas. Al llegar al patio principal dejó de advertir la compañía. Miró de reojo, pero ya no vio aquella sombra que se ocultaba de columna en columna. Redujo la velocidad del paso para darle tiempo a que encontrara un nuevo escondite, pero ya no sintió ninguna presencia. Tenía que ir al centro del patio por la diagonal calcárea que conducía a la cisterna, pero no quería abandonar la línea de columnas que ya eran parte del juego. Recorrió dos lados del cuadrado que circundaba el aljibe para darle

tiempo a su incógnito y juguetón espía. Pero ya no había nadie. Sintió que el corazón se le oprimía. Era una niña y necesitaba jugar. Desde que había llegado a la casa no había vuelto a jugar. Le faltaba poco tiempo para ser una mujer. Pero no lo era. En su casa tenía muñecas de porcelana y de trapo. En su vieja cuadra vivían otras niñas de su edad con las que jugaba a las muñecas, aunque prefería jugar con los niños varones. Improvisaba espadas, fusiles y bayonetas con las maderas de los cajones rotos que le regalaban los puesteros del mercado de la plaza. Decepcionada, supuso que la voz que había escuchado y la sombra que había creído ver habían salido de su imaginación. Acaso en otras circunstancias se hubiese preocupado de sufrir alucinaciones, pero a la sazón, le sobraban motivos para haber perdido el juicio. Finalmente, entró en el sendero que iba al centro del patio y se detuvo frente al aljibe. Soltó el balde del gancho y lo bajó con la soga hasta el fondo del pozo. Dejó que se hundiera por completo y luego tiró de la cuerda para sacarlo. Repleto como estaba, jaló con fuerza hasta hacer girar la roldana. El balde, pesado y lleno, subía sin dificultades. Los brazos de la niña se tensaban; los músculos compactos, rígidos, albergaban en cada fibra una fortaleza infrecuente en una niña.

Cuando terminó de izar el balde y estaba por tomarlo, una silueta a contraluz, recortada por los rayos del sol, saltó como un resorte desde el otro lado del aljibe. La niña sofocó un grito, retrocedió un paso y soltó el balde, que fue a dar otra vez al fondo del pozo. Entonces, esa misma voz que la había seguido a su paso por la recova, le dijo:

–No, no se asuste. Por favor, no grite. Estoy para ayudarla. Soy su primer admirador.

María Emilia se puso las manos en visera y pudo ver el pelo enrulado, salvaje y jaspeado como las vetas del enebro claro, que formaba un halo alrededor de la cabeza. Se acercó, tomó la cuerda y entonces la niña, por primera vez, vio la cara del perseguidor. La voz, pensó, no se condecía con las facciones, pero sí con el cuello, largo y accidentado por una nuez prominente, masculina, que contrastaba con esa cara aniñada.

María Emilia le calculó diez y seis o diez y siete años. Vestía una camisa de mangas holgadas y un chaleco oscuro que le acentuaba la flacura.

–Pertenadón Maciel –se presentó el muchacho.

La niña lo miró torciendo la cabeza, como si no hubiera comprendido.

–Pertenadón –repitió.

Nunca había escuchado ese nombre con resonancias grecorromanas. Si se lo consideraba de perfil, el joven tenía, en efecto, un parecido con los personajes de los antiguos bajorrelieves de los frontispicios antiguos. Sin embargo, mirado de frente con algún detenimiento, mostraba una nariz ancha y generosa con alguna reminiscencia negra. Según se lo observara, podía parecer rubio como negro, un César o un Baltazar de Alejandría. Sin embargo, en el nombre estaba la explicación. Pertenadón Maciel: así lo habían anotado por desidia del notario. El niño era hijo de una esclava angoleña y de su propietario, Don Eusebio Díaz Maciel. El único papel que tenía la madre era la nota que acreditaba la propiedad de ella y la del niño: «Perten. a Don Maciel», abreviatura de «Perteneciente a Don Maciel». El notario leyó y anotó tal como sonaba, Pertenadón Maciel.

Como fuere, el muchacho pronunciaba orgulloso su nombre cada vez que tenía oportunidad.

–Pertenadón Maciel –dijo una vez más, mientras intentaba ayudar a la niña.

El muchacho puso un pie en el mármol del aljibe para afirmarse, pero le costaba subir el balde. Se sentía avergonzado. La niña se cruzó de brazos, se apoyó contra el herraje y observó con sobreactuada sorpresa el modo torpe y enclenque con el que el chico peleaba contra el balde. Los cachetes, chupados, se le pusieron colorados por la vergüenza y el esfuerzo. No podía. La cuerda se le resbalaba de las manos y le quemaba las palmas a medida que el balde perdía altura. Antes de que volviera a hundirse en el fondo del pozo, la niña empujó al muchacho con el costado de la cadera, tomó la soga y tiró hasta sacar el recipiente repleto.

–Ni maña ni fuerza –refunfuñó la niña, mientras trasvasaba el agua y la repartía entre dos baldes más pequeños. Pero no obtuvo respuesta.

Giró la cabeza hacia el lugar donde hacía unos segundos estaba el muchacho, pero no había nadie. Dio la vuelta completa al aljibe. Tampoco. La niña se mordió la lengua con rabia y se recriminó haber hablado de más. No había sido necesario humillarlo. Temió no volver a verlo o, peor, que todo aquello no hubiese sido más que una vívida fantasía. Tomó ambos baldes, uno en cada mano, y atravesó el patio central en diagonal hacia la cocina. Cuando volvió a entrar en la recova, detrás de una columna volvió a aparecer Pertenadón, como si hubiera venido desde la dirección opuesta.

–¿Puedo ayudarla?

–Claramente, no… –dijo la niña y se arrepintió tan pronto como terminó de pronunciar la frase. No quería que volviera a desaparecer.

–Claramente, no… puedo yo sola con tanto peso –dijo fingiendo un calambre en el brazo izquierdo.

–Permítame, señorita María Emilia –le dijo Pertenadón Maciel al tiempo que tomaba el balde.

La niña se asombró de que supiera su nombre; jamás se lo había dicho. Pero, evidentemente, el muchacho, que tenía el don de aparecer y desaparecer, tal vez también fuera adivino.

–¿Y cómo sabés mi nombre? –le preguntó sin devolverle el respetuoso e histriónico trato de usted que le dispensaba Pertenadón.

El chico se rió como si ella supiera por qué tenía que conocer su nombre. La sierva caminaba con total naturalidad. El muchacho, en cambio, iba volcando agua y avanzaba torcido hacia el lado contrario a la mano en la que llevaba el balde para contrarrestar el peso.

–Por acá ya todos la conocen –dijo mientras se tapaba un ojo con la mano, haciendo alusión a la Tuerta.

María Emilia sintió una angustia que le oprimió la garganta, como si la hubiese atrapado una boa enorme e invisible.

–Yo no le hice daño a nadie –exhaló en un hilo de voz.

De pronto, tuvo la convicción de que todos los que vivían en ese sitio eran seres monstruosos. Ahora comprendía el porqué de los saludos, las miradas y el súbito reconocimiento. Todos pensaban que ella le había sacado el único ojo que le quedaba a la Tuerta. Sintió rechazo de sí misma al imaginar qué clase de persona veían en ella. ¿Cómo podían sentir respeto o, peor aún, admiración por alguien a quien le atribuían tan repugnante hazaña? Volvió a mirar al

muchacho y, para confirmar su certeza, comprobó que todavía mantenía un ojo tapado con la mano para darle a entender que conocía el secreto.

María Emilia se detuvo, dejó el balde en el suelo y con un tono calmo, para no condicionar la respuesta de Pertenadón, le preguntó

–¿Vos de verdad creés que yo le hice daño a alguien?

El chico se rió nervioso.

–No es que yo lo diga, yo no digo nada, pero…

–Vos pensás que yo le arranqué un ojo a … –se interrumpió al darse cuenta de que desconocía el nombre de la otra niña.

–La Tuerta –completó Pertenadón.

La sierva respiró profundamente y para despejar toda duda, le preguntó:

–¿Vos creés que yo le saqué un ojo a la Tuerta?

–No, no creo nada, es lo que dicen.

–¿Quién lo dice?

–Bueno, nadie… Todos.

Así funcionaban las cosas en la casa. Todos decían lo que nadie se atrevería a rubricar bajo juramento. Y así, nadie se convertía en todos y todos, en nadie. El rumor, la mentira, el escarnio dicho a media voz y la calumnia eran el veneno que los mantenía en un estado de miseria. En la lógica del dizque, del bisbiseo y la murmuración la palabra dejaba de tener valor y se convertía en un asunto trivial. Todos quedaban bajo la sombra de la sospecha o arrastraban un cargo del que no se podían defender, porque nadie era el dueño de sus palabras ni, en consecuencia, de sus actos. Menos la maternidad, todo se ponía en duda. «El negro Juan es el dizque padre de Pedro que salió blanquito como José». El don del

habla había sido reemplazado por la habladuría, y la palabra exacta, por las medias palabras y el sentido solapado. La única forma de expiar la sospecha era extenderla sobre todos. Si no resultaba posible limpiar el barro de la difamación, entonces había que embarrar a los demás para emparejar la mugre. Ya no importaba la verdad, sino la habilidad para esparcir la mentira y volverla verosímil.

–Yo no la toqué.

–No hace falta que diga nada…

Esa afirmación era la rúbrica de la infamia. No importaba lo que ella dijera, sino lo que decían todos. Nadie era el autor de las versiones, pero cada uno se ocupaba de esparcir el polen de la mentira en el viento del anonimato. La condena era la duda, esa duda que acababa de expresar Pertenadón. Con las manos libres y los músculos calientes, la niña tomó al muchacho de las solapas del chaleco raído y lo empujó contra la pared de la recova.

–Yo no la toqué –repitió la niña hasta levantar al chico en vilo con balde y todo.

–Está bien, está bien… –dijo el chico, cubriéndose los ojos con el antebrazo.

–Me vas a mirar y me vas a escuchar –le exigió, mientras con una mano lo tenía agarrado de la ropa y con la otra le bajaba el brazo para que se descubriera los ojos y la mirara.

Las palabras e incluso el tono calmo con el que le hablaba la niña contrastaban con ese forcejeo, tan parecido a un apremio.

–¡No me va quitar, un ojo! ¡Por favor, le suplico! ¡No me saque el ojo!

Quiso el azar que la niña se encontrara con su propia imagen reflejada en los vidrios de la puerta al final de la recova. Por segunda

vez en esa mañana interminable, tampoco se reconoció. Era, pensó, el retrato de un monstruo. La niña había dejado de ser una niña y la habían convertido en una infantil monstruosidad. Nunca, jamás, ni siquiera cuando jugaba con los otros niños a batirse a duelo con espadas de madera, le había levantado la mano a nadie. Nunca antes se hubiera imaginado a sí misma intentando arrancar una confesión a nadie. Con la mirada fija en el reflejo del vidrio, la niña consideró que la distancia entre la belleza y el horror era tan pequeña como un gesto. Mientras sostenía al muchacho con los pies colgando contra la pared, la niña sintió que por primera vez había traicionado la memoria de su padre. Celebró con íntima congoja que aún pudiera conservar una idea sobre el bien y el mal. Lo que vio en el reflejo del vidrio, se dijo, estaba mal. Belleza y dignidad, eso le había enseñado su padre, pelear con belleza y dignidad, le decía, cuando se pierden la belleza y la dignidad se pierde la lucha.

El chico lloraba aterrado y no dejaba de suplicarle por su ojo. María Emilia no se había reconocido en el espejo roto de su cuarto ni ahora, en el reflejo de la puerta al final de la galería. Pero se reconoció, al fin, en los ojos de ese chico escuálido que lloraba con una angustia que lo superaba en volumen. Se reconoció en la tristeza desesperada que anidaba silenciosa y esperaba estallar. Se reconoció en ese espíritu juguetón que había quedado inundado debajo de un mar de lágrimas. Ella, la niña, se reconoció en el niño.

Entonces, sin soltarlo, lo bajó suavemente deslizándolo por la pared pintada a la cal. Ese chico flaco y largo, hecho de piel sobre hueso, se deshizo en un llanto ahogado, silencioso, convulso. La sierva, lejos de soltarlo, lo aferró más fuerte para consolarlo, para consolarse. Lo acercó contra su cuerpo y lo apretó contra ella. Pecho

contra pecho, lo abrazó como una madre y se dejó abrazar por él como una niña, como una hija. Sintió el movimiento tectónico del costillar que se sacudía en un llanto subterráneo. Entonces, ambos, huérfanos del universo, lloraron como cachorros. Huérfanos de padres y de nombres, lloraron a la intemperie de ese abismo en el fin del mundo. Guachos de una yegua muerta a palos, lloraron el desconsuelo de los vencidos para siempre. Tanta y tan macerada estaba la tristeza que lloraron a pesar de que llorar estaba prohibido. La angustia era una condena perpetua que debía cumplirse en la celda del pecho. El llanto, igual que cualquier otra manifestación, era considerado una protesta y castigado en consecuencia. Se entregaron, sin embargo, a ese crimen en mutua complicidad como cuatreros de la desdicha. Robaban las penas que flotaban en el aire de la casa como fantasmas y las derrochaban en ese llanto dispendioso. Llorar en solitario era un atentado contra la ley, pero llorar en banda o en poblado era un desmán o, peor, podía ser considerado una insurrección. Se entregaron al llanto como quien se entrega al vicio o a la ley. Suponían que ese acto clandestino había pasado inadvertido. Se equivocaban. Nada escapaba del ojo omnividente de la casa. Detrás del vidrio alguien observaba.

En ese llanto sin medida, la niña comprendió todo. La admiración con la que la saludaban a causa de su hazaña en el infierno, no significaba que admiraran la crueldad ni la saña ni la inclemencia. Admiraban su voluntad de lucha, el hecho infrecuente de que no se dejara derrotar. En la casa todos vivían en un estado de sumisión y mansedumbre tal, que de pronto vieron en ella el espejo invertido de sus propias miserias. Ignoraban, claro, que la verdadera proeza no era la de haber vencido, sino la de haberse resistido a pelear y,

aún así, haber triunfado. Hecho este que, desde luego, había notado, sí, el gobernador. Detrás del delirio de la turba allá abajo en el infierno, se escondía un acto de imperdonable resistencia a la autoridad. Era necesario que la niña peleara. Esa era la victoria personal que necesitaba el gobernador: no podía dejar en evidencia que había sido derrotado por una niña, una huérfana que se negó a luchar frente a sus propias narices.

Alguien del otro lado del vidrio observaba.

20
En el infierno no hay rebeldes

En el infierno no hay rebeldes, pensó para sí el gobernador mientras, como todos los domingos, se peinaba las patillas frondosas para bajar a su coliseo indigente. Desde la primera pelea de la hija del teniente, el barón ya no experimentaba el sentimiento que le producía el rugido de la turba, la euforia contenida cada vez que coreaba su nombre, mientras la marea humana, por así decir, se agitaba al compás de la respiración del gobernador.

Desde aquél primer domingo en el que la Tuerta dejó de ser la Tuerta para ser la Ciega, cambió la lógica de la riña de niñas. La multitud desesperaba por ver a la fámula. Así la había bautizado el gobernador: la fámula. Todas tenían un nombre: la Ciega, la Zorra, la Meca, la Cócora, la Vieja, la Mantecosa, la Musaraña, la Sinhueso, la Pimentona, la Bola de Sebo y ahora, la fámula.

Si el barón era incapaz de imponer su voluntad en el infierno, en ese subsuelo de vagos andrajosos, mal podría gobernar con mano firme una nación. Si un grupo de niñas analfabetas desconocían su autoridad en los estrechos límites de un polígono embarrado y miserable, cómo habría de dominar una patria infinitamente más extensa e igualmente embarrada y miserable. Estos pensamientos asaltaban al gobernador durante la noche y le quitaban el sueño. La fámula. Así la bautizó para arrebatarle el nombre, la filiación y, sobre

todo, para arrancarla por siempre de los brazos de su padre muerto. Ese apodo, la fámula, era apenas la forma de nombrar el deseo del barón, las ansias de doblegar a la niña y reducirla a servidumbre; no sólo a la servidumbre que debían cumplir todas las mujeres de la casa: limpiar, lavar, coser, remendar, tejer, cocinar, abrir las piernas para recibir al hombre, cerrarlas para guardar la honra del hombre, y volver a abrirlas para darle al hombre el hijo del hombre. El gobernador no podía tolerar que una de las niñas elegida se negara a pelear. El barón tenía para sí que luchar cuerpo a cuerpo no estaba en la naturaleza femenina, que eso era cosa de machos para disputarse las hembras. Cada vez que conseguía que una pequeña se entregara a la riña, sentía que había domado no sólo a una mujer, sino a la naturaleza. Las mujeres no guerreaban salvo para defender a sus crías, se decía el gobernador. Conseguir que dos mujeres que aún no tenían cría y apenas si dejaban de serlo ellas, era una tarea que lo ponía en el lugar del demiurgo.

Desde el primer domingo en el que la fámula, que aún no era la fámula, había derrotado a la Tuerta, la nueva integrante de la compañía de la riña de niñas venció a todas las demás sin siquiera tocarlas. Era un fenómeno nunca visto antes. Habría sido fácil comparar a la niña con un cervatillo, una liebre, un insecto, un ave en vuelo o cualquier otro animal habilidoso para la fuga, pero no hubiese sido cierto. El método de la fámula, si es que realmente tenía uno, no se ajustaba a las leyes de los seres animados, sino a las de la física y la química. El gobernador tenía en su escritorio dos piedras de magnetita traídas de Mauritania. Eran dos pequeñas rocas negruzcas con la forma aproximada de un cilindro que solía utilizar la generala para recoger las agujas que se caían en los

intersticios de los listones del piso. En ocasiones, el barón se distraía con las propiedades de la piedras: improvisaba brújulas acercando a ellas la punta de un cortaplumas, se las frotaba en las partes íntimas convencido de que su poder magnético podía levantar la virilidad y mantenerla erguida durante horas y, luego, con los pantalones a medio bajar, jugaba a perseguir una piedra con la otra. Le resultaba particularmente notable el modo en que ambas piedras se repelían. Era imposible tocar una roca con la otra. Como si estuviesen animadas por el odio, bastaba con acercarlas apenas, para que se iniciara la danza de la repulsa. El gobernador cerraba la puerta con llave, tomaba una piedra y dejaba la otra en el suelo en posición de rodillo. Así, en cuatro patas, con la bragueta abierta, arrastrando el sable, el barón hacía que la piedra rodara en el piso expulsada por la que sostenía en la mano. El cilindro pétreo rodaba, viraba sobre su eje perpendicular, giraba loco como un molinete y siempre se las componía para evitar el contacto con la otra roca como si realmente estuviese animado por una voluntad de fuga. Exactamente así se comportaba la fámula en el hexágono. No había forma de entrar en contacto con ella. Evadía con igual precisión que la magnetita, no sólo el cuerpo de sus oponentes, sino, también, las rejas perimetrales cubiertas con púas oxidadas. Cada vez que una de las niñas se lanzaba sobre ella, la fámula salía expulsada por la sola proximidad física como si estuviese cargada con el magnetismo opuesto. Pero, además, lo hacía con gracia, con belleza, con dignidad. No era la fuga de quien teme, sino la de quien evita hacer daño. No se trataba de un acto de escape, sino de abstinencia. No se percibía un ánimo de burla, sino, al contrario, de protección y hermandad.

La fámula derrotó a todas las niñas sin siquiera ponerles una mano encima, sin rozarlas ni insultarlas ni odiarlas. Cuanto más fuertes eran las ovaciones para la niña, tanto más hondo y ahogado era el rencor del barón que apenas si podía disimular con un aplauso mudo y una sonrisa forzada. Hasta ese momento, sólo él y ella percibían la rebelión. La lucha verdadera, la lucha sanguinaria, no era entre la fámula y las niñas, sino la del gobernador contra la hija de teniente. En esa sola y única dirección. No habría piedad.

Así, cada domingo, la niña bajaba al infierno, salía a la arena y, sin esfuerzo, igual que la magnetita de Mauritania, esquivaba con arte los embates de las rivales, hasta que quedaban extenuadas, rendidas en el barro o ensartadas verticales en las púas de las rejas. El público bramaba de euforia y el barón maceraba odio entre dientes detrás de una sonrisa helada.

En tanto, durante la semana, María Emilia, la niña, la pequeñita, la que antes jugaba a las muñecas con las otras niñas y al duelo de espadas de madera con los varones de la cuadra de su casa anterior, la princesa de su papá, dejaba correr las últimas horas de su niñez en compañía de Pertenadón, su único amigo. Cada vez que iba a buscar agua al aljibe, se entregaba a la ilusión del juego. Jugaban a esconderse, a mojarse con agua, improvisaban pasos de murga y cantaban muy despacio para que nadie los escuchara. Y se despedían con un abrazo que no era exactamente una despedida, sino una excusa para consolarse. Ambos esperaban la hora, el alboroto de los gallos y cuando se levantaban, contaban los minutos para la excursión cotidiana al aljibe que tanto se parecía a la felicidad. Si cada domingo era una condena amarga, cada mañana era la esperanza del reencuentro con esos niños que querían ser.

Luego, él volvía al trabajo, a la dura faena en la herrería y ella, a concentrarse en la lucha de cada domingo en el infierno, en amantar al crío que la nodriza mayor le colgara de la teta, además de todas las tareas que le correspondían a una sierva. Cuando se entregaban a la ilusión de que eran libres y niños, ignoraban que alguien tras el vidrio de la puerta al final de la recova los observaba.

La niña rezaba para que no llegara el domingo, le pedía al Cielo que el tiempo se detuviera en un sábado eterno. Pero el domingo llegó, a pesar de los ruegos, del modo más cruel. La fámula nunca imaginó que el destino habría de castigarla con semejante saña.

21
Animales de costumbre

A nimales de costumbre, como los bueyes, día tras días, cada quien asistía a su tarea de siempre: el herrero a sus herrajes y las niñas a las riñas. En la casa se trabajaba por el techo y la comida y eso, decía la generala, era algo que había que agradecer. Sólo cobraban quienes habitaban el ala administrativa: ministros, secretarios, notarios, escribientes, intérpretes, asesores, leguleyos y personal de librea. En cada caso, la matriarca era quien decidía los montos de cada salario y podía subirlo o bajarlo según ella lo creyera conveniente y así lo asentaba en sus cuadernos.

Trabajar en la casa debía ser un honor, un privilegio. La matriarca recorría cada rincón de la casa supervisando con ojo severo todos los quehaceres.

–La camisa se jabona del revés, no del derecho y no se friega contra la tabla –decía mientras se arremangaba la blusa, tomaba la ropa, se doblaba sobre la palangana y fregaba con ánimo pedagógico.

–Usté la teta me la trabaja con los dedos, ¿qué tiene, muñones? Me va a malograr la vaca –decía al tiempo que se ponía en cuclillas, miraba a su interlocutor a través de las ubres del animal y le explicaba con el ejemplo cómo se ordeñaba correctamente.

–El fierro se calienta con brasa, no con fuego –decía, mientras tomaba la herradura de la forja ardiente y le pegaba con la masa para darle forma.

Luego, con el delantal salpicado con agua enjabonada, leche y carbón de la forja, cruzaba el pórtico que conducía al ala administrativa y entraba en los despachos de los ministros sin anunciarse. Se acordaba de memoria las infinitas anotaciones que hacía sobre el tapete verde del secretaire y sin el auxilio de apuntes, enmendaba el presupuesto oficial. Con gruesas carbonillas que llevaba en el bolsillo del delantal tachaba los gastos superfluos como las partidas para educación: «Eso se hace en las casas, qué tiene que meterse usté con lo que se les enseña a los hijos. Para eso está la casa y el cura. Yo no le voy a pagar eso». La generala se oponía a la educación fuera de las casas. «Una se ha pasado la vida diciéndole a los niños que no hablen con desconocidos, que no se escapen de la casa, que no anden con vagos charlatanes y se los va entregar a un extraño, fuera de la casa, para que le llenen la cabeza con cosas del extranjero». Las cosas del extranjero eran el alfabeto griego, los números romanos, los números arábigos, las reglas de la gramática de Castilla, la geometría euclidiana y un centenar de cosas sin sentido que ofendían a Dios, decía. La generala se envanecía diciendo que en tres años había cerrado más escuelas que ninguna otra administración. Sus funcionarios, decía, no habían necesitado escuela para hablar lenguas, leer, escribir y obedecer.

–Eso se aprende en la casa –decía.

Y las niñas menos que menos. Todo lo que tenían que saber las niñas se lo debían enseñar las madres. Las mujeres, decía la generala, saben cosas. Así era la sentencia:

–Las mujeres saben cosas.

Las mujeres sabían cosas que un hombre jamás sospecharía siquiera. Ella, estaba claro, era el ejemplo. Sabía cosas. No eran asuntos secretos, sino, más bien, impronunciables, indecibles, intransferibles. Eran cosas que las mujeres sabían desde siempre y se transmitían de mujer a mujer. Sabían cosas. Sabían cosas del universo, de los hombres, de las hembras; interpretaban la borra del café, las caras de la luna, los dolores del cuerpo. Las niñas no debían ir a la escuela, regla que, en general, se cumplía antes del ascenso del gobernado al poder, pero bajo su gobierno era norma. La matriarca ponía especial atención en instruir a las niñas en las cosas de niñas. A las niñas se las educaba, a los hombres se los corregía.

La generala recorría la casa y controlaba hasta el último rincón. Todo, salvo el infierno. Esa era una locura de su esposo y no era cosa de mujeres ese antro de perdiciones. El hombre, solía decir la generala, tiene que tener sus cosas. Así era la sentencia y podía interpretarse de manera amplia, según cada caso.

–El hombre tiene que tener sus cosas –así decía, sin aclarar exactamente cuáles eran esas cosas.

–Mejor no saber –decía.

La matriarca examinaba, corregía, indagaba y no había nada en la casa que escapara a su mirada. Salvo, claro, lo que sucedía en ese infierno delimitado por la barranca y el río.

Era domingo. El undécimo domingo desde que la fámula había llegado a la casa. Una garúa finísima como una lengua lasciva lo lamía todo, incluso lo que estaba bajo techo, con un aliento pregnante. La casa estaba envuelta en un tul de gotas que no terminaban de precipitarse y flotaban en el aire quieto, espeso.

Abajo, el infierno era una boca abierta, fétida, caliente e infecta. Llovía al revés, de abajo hacia arriba. Desde el río salía una nube pictórica que se arrastraba entre los yuyos de la ribera, ascendía por el barranco y se condensaba en gotas que atravesaban la ropa, la piel y empapaban hasta el hueso. El gentío asistía indiferente a los números de malabares, a la doma y a los gauchos payasescos que animaban lo que ya todos consideraban las variedades previas al gran espectáculo: la riña de niñas con el corolario de la fámula.

El gobernador se veía radiante. Un cuero de vaca que podía ser bayo acerado o simplemente amarilleado por la mugre cubría el palco central, improvisado con maderas cirujeadas de la casa. Había un efecto buscado en ese ornato rústico, semejante al que rodeaba a los reyes vikingos. La lluvia se metía por debajo del toldo y le confería un brillo de porcelana a la piel rosada del Gobernador que contrastaba con el tono cobrizo del resto del público. Finalmente, el momento llegó. El gentío rugió cuando, desde la tripa de la barranca, salieron las niñas corriendo en fila hacia el hexágono que, bajo la lluvia, se veía más agreste que nunca. Las púas, agudas, desafiantes, brillaban como dientes de yacarés que surgían del pantano negro del suelo, un abismo sin fondo, voraz. Las niñas, cubiertas con pieles, saltaban como fieras, mientras pegaban alaridos y gesticulaban hacia el público. Cuando finalmente se quitaron las capas menesterosas, la gente descubrió con indignación que no estaba la fámula. Los alaridos mesopotámicos, los sapucais a voz en cuello, los gritos gauchos, los aullidos ranqueles fueron reemplazados por un abucheo grave y una rechifla ensordecedora. Todos en las gradas saltaban enfurecidos, mostraban los dientes amarillos o las vacancias de las encías podridas y se golpeaban el

pecho. Se habían acostumbrado a no tener pan, pero no se resignaban a que les faltara el circo.

La ira se fue acallando a medida que corría la voz:

–A los postres, llega a los postres.

–A la final, llega a la final.

Tal así. La función, se murmuraba, llegaba con sorpresa. Acaso, se decían, debutaba una desafiante nueva que pudiera hacerle pelea a la fámula. El murmullo se fue diluyendo cuando las niñas salieron a pelear todas contra todas. A medida que iban quedando niñas tendidas en el barro, los ojos de la multitud se fijaban en el estrecho túnel por el que salían las luchadoras. En comparación con la fámula, las demás niñas se veían torpes, elementales y previsibles como dos imanes de distinta carga. Iban al encuentro, al cuerpo a cuerpo, se trenzaban con furia pero sin gracia y se confundían con el barro.

Finalmente, quedó sólo una en pie. No tenía la belleza de los victoriosos, sino la enclenque verticalidad de un palo de alambrado después de una tormenta. Podía ser la Zorra, la Sinhueso o la Mantecosa: cubierta por el barro y la vergüenza, no importaba quién era. Cualquiera de ellas, ya había sido derrotada de todos modos por la fámula. El público descubrió de pronto que la riña de niñas no sólo había perdido emoción, sino que las apuestas por la fámula ya casi no cotizaban en la bolsa misérrima del infierno porque nadie se aventuraba por las rivales.

Sin embargo, contrariando al tedio, hicieron salir del hexágono a la niña que había quedado tambaleante pero en pie. Luego, recogieron en la carretilla a las que yacían en el barro y pasaron un rastrillo para emparejar el lodo y tensar el suspenso. Había un cierto

revuelo en las puertas de los túneles al pie del barranco. Gentes que entraban y salían presurosas como sucede en las vísperas después de Nona y antes de Completas. El locutor fue, vino, abrió y cerró varias veces la puerta del hexágono y, cuando estuvo a punto de hablar, le hicieron señas para que abandonara la arena. Confundido, el hombre giraba sobre sus pies intentando discernir algo y, finalmente, salió sin decir una sola palabra.

El gobernador fingía sorpresa como si ignorara realmente lo que habría de suceder, como si no fuese el verdadero artífice y el cerebro de ese circo tan semejante a sus anhelos políticos. En medio de la confusión, salieron a la arena un par de payadores con sendas vigüelas. Antes de que pudieran templar las bordonas, el público arreció con una rechifla feroz, al tiempo que recogía piedras del barranco y se las lanzaba con furia. Los improvisadores se cubrían con la caja de las guitarras y corrían con dificultad envueltos en el chiripá, hasta que se perdieron en el interior de la barranca, por el mismo agujero del que habían salido.

Después de ese momento de tensión deliberada para enardecer a los presentes y disponerlos a que apostaran, salió, por fin, la fámula. Con la expresión resignada de siempre y sin despegar la vista del suelo, la niña apareció desde la boca cavernosa del barranco y caminó presurosa hacia el hexágono para que el griterío se acallara lo antes posible. Entró en la jaula oxidada y se quitó el harapo que la cubría, dejando que esa lluvia invertida la mojara de abajo arriba. De pie en el centro de la arena, revolvía el barro con los talones mientras esperaba conocer a su contrincante. Nadie sabía quién habría de ser. Ni ella, ni el público, ni los asistentes que abrían y cerraban las puertas, cargaban a las heridas y alisaban el barro,

nadie conocía la identidad de quien habría de desafiarla. El tiempo se había detenido y la impaciencia se convirtió en un silencio cerrado que permitía oír el repique de la garúa vaporosa sobre el río infinito que se perdía en la bruma. La fámula, igual que el resto, ignoraba a quién estaba esperando y, en verdad, le resultaba por completo indiferente. Quería terminar de una vez con el espectáculo de su cuerpo casi desnudo, masacrado por las miradas obscenas, hirientes como flechas de obsidiana. Aquél undécimo domingo desde que había llegado a la casa, la fámula se había propuesto que fuese el último día que tuviera que salir a pelear. Si hasta entonces, se dijo, había evitado ponerle la mano encima a cualquiera de las niñas, tal vez debía considerar cambiar la estrategia. Acaso, un golpe furioso contra la nariz de su oponente rompiera el hechizo que ejercía sobre el público y finalmente la consideraran una más, hasta pasar inadvertida y ser prescindible como las otras. Todo esto pensaba, cuando un griterío la sacó de sus cavilaciones. Desde el hueco contrario del barranco que formaba una concavidad hemicíclica, surgió la figura larga, altísima de su rival envuelta en una túnica fantasmal que la cubría desde las rodillas hasta la cabeza. Quienquiera que fuera, dejaba ver unas piernas delgadas, oscuras, que caminaban vacilantes, lentas, como las de un cordero que avanzara al matadero. Tenía unos pies proporcionados con la altura y, aunque las piernas se veían frágiles, tenían un basamento que podía complicar las cosas, pensó la fámula. Aquella silueta fantasmal fue recibida con una airada rechifla del público que expresaba no sólo la preferencia por la fámula, sino, además, la aversión hacia los extranjeros de la casa. Ese afecto de la tribuna, lejos de provocarle un sentimiento recíproco, le generaba un desprecio infinito por esa

turba que habitaba los márgenes de la casa, del río y de la humanidad.

A pesar de la altura inverosímil que le sacaba a la fámula cerca de una cabeza, María Emilia, así se aferraba ella a su nombre y así se llamaba a sí misma cuando hablaba sola, María Emilia, se dijo, que iba ser un trabajo fácil. Observó a ese espectro sin cara de arriba abajo y mientras se hacía sonar las vértebras del cuello bamboleando la cabeza, entendió que sería un trámite rápido. Podía percibir el temblor a través de la arpillera que apenas si le cubría el terror.

Lentamente, como contra su voluntad, aquella aparición espectral se quitó el harapo. Dejó ver primero el torso y, luego de una vacilación, la cara. Cuando la fámula descubrió la identidad de su oponente casi se desvanece contra la púas de las rejas. El público rugió de euforia. No era una niña; por primera vez, el oponente era un varón. Y tenía un nombre: Pertenadón. Era su amigo Pertenadón.

22
La vergüenza

La vergüenza era el último refugio de Pertenadón Maciel.

Primero se ocultó del oprobio debajo de la barranca, en las gateras, donde esperaba que el mundo se acabara con tal de no salir de ahí. Luego escondió la deshonra bajo la arpillera del disfraz fantasmal. Quiso que el cáñamo se le soldara a la piel para no tener que mostrar la cara después del desfile delante de la multitud. La capucha que lo separaba del oprobio era el único jirón de dignidad que le quedaba. Y cuando por fin se descubrió, no pudo mirar a los ojos a su amiga. Quería que lo matara, que le diera un golpe letal que lo borrara de la faz de la Tierra y que el barro lo sepultara para siempre. Era una humillación irreparable, un ultraje del que no había camino de vuelta. No pensaba defenderse. Deseaba que fuera aquél un trámite expeditivo para María Emilia; si alguna vez había sido su amiga, si todavía le guardaba un ápice de afecto, lo mejor que podía hacer era quebrarle el cuello de un golpe y terminar de una vez con ese calvario. Pero ni siquiera la idea de la muerte lo consolaba de la deshonra perpetua a la que acababan de condenarlo. Pertenadón Maciel nunca había esperado para sí una posteridad memorable. Si moría a manos de una niña, su lápida estaría hecha con la piedra pómez de la humillación. Si en cambio presentaba batalla y por ventura vencía, lo recordarían para siempre como un cobarde.

La multitud bramaba. No había cosa que la excitara más que la injusticia, la arbitrariedad y el exceso. A falta de leones que devoraran cristianos crudos, era aquello lo más parecido a una carnicería. La niña miró a su amigo con una lástima que se hubiera dicho sólida como un puente entre ambos. Quería abrazarlo hasta que murieran de viejos, pero sabía que cualquier muestra de piedad sería entendida por aquella cáfila presidida por el gobernador como una humillación. Si se negaban a pelear ambos serían ejecutados, tal como indicaban las reglas jamás escritas de la riña de niñas. Si peleaba y lo vencía, en ese mismo acto lo condenaría para siempre al deshonor. Si se dejaba vencer, lo matarían por cobarde. No había salida. Los dos estaban derrotados antes de que comenzara la lucha. El gobernador, desde su palco piojoso, paladeaba el momento y deseaba que durara para siempre. Estaba a punto de cobrarse con creces la rebeldía del teniente Rendo a costa de la honra de su hija. Como un César miserable, el barón miraba la arena de su coliseo rasposo como si fuese el artífice de una jugada maestra, el autor de un jaque mate perfecto en el que los contendientes habían sido derrotados por una inteligencia superior: la suya.

Pero en el mismo momento en que estaban por dar la voz de aura, el destino se hizo presente ante el gobernador del modo más infausto. Todas las cabezas a un tiempo giraron hacia el portón que separaba al infierno del resto de la casa. Si el mismísimo diablo se hubiese hecho presente no habría conseguido imponer el silencio que acababa de hacerse. Silencio y quietud. Todos, desde el más miserable juntamierda hasta el propio barón, quedaron petrificados como la mujer de Lot. De pronto, aquella turba enardecida, palpitante, se convirtió en un grupo escultórico semejante a los

acantilados de piedra con formas humanas que miraban los abismos del monte de Sodoma.

Por primera vez se hizo presente en el infierno la generala. Si hubiese entrado un ejército invasor armado hasta los dientes, la multitud se habría lanzado sobre él para defender esa pequeña patria que, aunque hecha de vicio y perdición, era su pequeña patria. Habrían saltado inermes para salvar la vida del gobernador e incluso el barón habría desenfundado el sable para atacar a un general enemigo. Pero la pequeña y regordeta figura de la matriarca caminando con su paso corto, decidido, imparable, metía un terror proverbial. Los ojos negros, encendidos, furiosos relampagueaban como una tempestad que avanzara desde el horizonte. Lo único que se movía eran las órbitas de los ojos del público que seguían el camino de la mujer del gobernador desde que había ingresado al infierno. Se abría paso a los codazos entre la multitud sudorosa, mugrienta y hedionda, mientras formaba una pasarela detrás de sí. Se levantó la pollera con la punta de los dedos, se metió en el barro y atravesó el escenario cenagoso del circo pampeano. Ante la mirada aterrada de todos, bordeó cuatro lados del hexágono, metió la mano entre las rejas, abrió la jaula, entró en la arena, caminó hasta la niña que permanecía cabizbaja, la tomó de la mano y como una madre enojada, la sacó de la jaula. Sin soltarle la mano, la condujo por el sendero que había abierto entre la turba, desanduvo los mismos cuatro lados del polígono y regresó con la niña por el borde de la barranca, delante de la multitud callada. Antes de salir de ese infierno caliente en el que llovía de abajo arriba, se detuvo debajo del arco del portón, giró sobre sus talones y le dirigió al gobernador

una mirada lacerante como un arpón, mucho más lapidaria que una condena a muerte.

Cuando la generala se retiró con la niña de la mano, el peso de la vergüenza universal se desplomó sobre el barón como un balde lleno de mierda delante de los ojos de ese pueblo desgraciado.

23
El manto de cristo

El manto de Cristo cubría la urna que guardaba las cenizas de un muerto ignoto de la familia de la generala. Ya ni siquiera se leía el nombre del difunto en la placa de bronce desgastada por el tiempo y el exceso de pulido. Era un copón con incrustaciones de oro y lapislázuli que había pasado de mano en mano, de generación en generación, de continente en continente y ahora descansaba sobre la cómoda del matrimonio gubernamental. La matriarca había decidido taparlo con un manto bordado con la imagen del Cristo en la Cruz para que su marido dejara de preguntarle quién era el muerto que compartía el dormitorio con ellos. Para ella, los muertos de la familia eran más sagrados que los parientes que aún se desplazaban por sí solos.

La generala hablaba con los muertos. Muchos creían que parloteaba sola mientras deambulaba por la casa, pero en realidad hablaba con los muertos que la habitaban; no a la casa, sino a ella. Nunca se lo había dicho a nadie, era un secreto entre ella y los difuntos. Por otra parte, no habría sido fácil de explicar. Ni siquiera la propia matriarca entendía cómo se producía el fenómeno. Había días en los que estaba abierta, así le llamaba ella a ese estado particular:

–Estoy abierta –así decía en esos días, a viva voz, sentada en el borde la cama, para hacerle saber a los muertos que estaba

disponible para lo que ellos necesitaran.

Los muertos, enterados entonces por el pregón de la generala, podían, a través de sus servicios, entrar en ella y resolver algún asunto que les había quedado pendiente en este mundo. Podía tratarse de una deuda trascendental, como aquel difunto que le dictó a la generala una carta de amor para que la leyera su viuda, en la que él le explicaba un antiguo malentendido y le decía que jamás la había traicionado, que la querría por toda la eternidad. Pero por lo general, se trataba de asuntos nimios, como saldar el fiado del almacén o apostarle a una yegua en las cuadreras. La mujer del gobernador sabía a ciencia cierta que ni siquiera la muerte lograba cambiar a las personas; en el mejor de los casos, se llevaban al más allá las mismas insignificantes obsesiones que los habían desvelado en vida. La eternidad era un despropósito ante las minucias pedestres por las que se preocupaban las almas. La matriarca podía escribir con la letra de los muertos, hacer llegar mensajes a los vivos y cumplirles la última voluntad en la Tierra.

Ese día en que fue a rescatar a la fámula de las sórdidas profundidades del infierno, la generala estaba abierta y así se lo hizo saber a los muertos.

–Estoy abierta –anunció con la misma naturalidad con que los comerciantes colgaban el cartel de «Abierto» en la puerta de la tienda, después de la siesta.

E igual que quien se despierta de la siesta, los muertos tardaban en desperezarse, en quitarse la modorra mortuoria. Las almas no se agolpaban frente a la matriarca esperando turno para entrar en ella, no; era un proceso delicado. Los espíritus no bajaban del cielo atravesando las tejas, sino que le hablaban a la generala a través de

los objetos. Podían dirigirse a ella por la boca de la urna que contenía las cenizas del ancestro desconocido, por intermedio de algunos de los tantos Jesuses que habitaban el cuarto, a través de un retrato familiar o de cosas mucho menos sanctas como la palangana en la que se ablandaba los callos o, incluso, podía pronunciarse el retrete con su voz cavernosa, profunda y retumbante.

Aquella mañana el espíritu tardó en llegar desde que la generala había anunciado la apertura. Ella esperó pacientemente sentada en el borde de la cama y, de hecho, ya estaba por salir del cuarto, aburrida, cuando una voz apagada, triste, desgarrada se hizo oír, sutil, desde uno de los jazmines que empezaban a marchitarse en el florero sobre el alféizar de la ventana. Tenía la voz con la que hablaría una flor a punto de secarse. La mujer del gobernador se acercó al florero y cuando pudo identificar el exacto jazmín que la llamaba, se inclinó ante él y pegó la oreja a los pétalos que empezaban a amarillear. La matriarca asentía, negaba, resoplaba de fastidio, exclamaba con sorpresa, bufaba de indignación y se conmovía piadosa. Luego de escuchar el alegato del muerto, ella decidía si lo hacía entrar en su cuerpo para cumplir la voluntad o lo rechazaba. El examen no dependía solamente de ella. Era Dios quien, en última instancia, aceptaba o denegaba. A diferencia de otras ocasiones, Dios no se le aparecía como un ojo suspendido sobre la cabecera de la cama. Ella debía interpretar la resolución de Él en hechos en apariencia desvinculados del caso. Por ejemplo, si en ese momento pasaba un caballo y asentía con la cabeza mientras relinchaba, era la señal de la aceptación del pedido por parte de Dios. Si en lugar de eso, una nube oscurecía el sol, quería decir que

no, que el pedido no era aceptado. Eran señales imprevisibles, siempre diferentes, pero que la generala comprendía a la perfección.

Luego del alegato del jazmín en el florero, la matriarca abrió la ventana de par en par para recibir el Fallo Divino. No pasó un minuto, cuando una abeja entró en el cuarto, se posó sobre el jazmín, le dio un par de vueltas sobrevolando los pétalos, ingresó en la flor como quien pasa entre las cortinas de un escenario y al rato salió con su carga de polen para perderse en el aire. Había sido enviada por Dios y ahora volvía hacia Él. Era claramente un sí. Luego se recostó sobre la cama abrió los brazos y las piernas y se preparó para recibir el espíritu del muerto. Tendida cuan breve era, la generala pudo sentir cómo el alma salía de la flor y se metía en su cuerpo a través de todos sus orificios como el agua de la marea cuando entra en un barco encallado en la arena y consigue moverlo. Así, impulsada por ese movimiento del Más Allá, la mujer del gobernador llegó al infierno del barón para rescatar a la niña.

Cuando salió de aquel lugar pestilente al que nunca había entrado, la generala condujo a la niña hasta el cuarto marital. La niña estaba embarrada de pies a cabeza, mojada por aquella lluvia invertida y aún no comprendía qué había ocurrido. Sentía esa mano tibia que tomaba la suya, un hálito caliente que la protegía y creyó oír una canción. Una canción dulce, desconocida y a la vez entrañable que surgía de la boca de la generala pero que no coincidía con la voz de la generala. Una voz tan ajena como propia. Así, canturreando, entró en el cuarto con la niña, tomó el manto de Cristo que cubría la urna y le cubrió la cabeza y la espalda. No usó la tela bordada para secarla, sino para envolverla y darle un amparo celestial. El Divino Rostro se ajustó a la coronilla de la niña como si la besara. La

corona de espinas del Jesús coincidía con las púas oxidadas de la injuria que había sufrido en el hexágono durante semanas. Los brazos del Cristo le rodeaban la espalda y la cubrían del frío y la vergüenza. La generala presentaba un rictus ausente que contrastaba con el cariño maternal que le prodigaba a la niña, mientras le cantaba una canción de cuna que no recordaba haber escuchado y, a la vez, le resultaba familiar:

Duérmete niña mía
cierra los ojos y sueña
mientras arden en la leña
los diablillos del carbón
campanas del Niño -tilín
campanas del Padre -tolón

La matriarca cantaba con una voz dulce y lejana que no coincidía con su tono agudo, admonitorio y castrense, tan diferente de un arrullo. Y así, mientras la niña se secaba bajo el manto, la mujer del gobernador preparaba las cobijas alisándolas con la palma de la mano.

Duérmete niña mía
mientras un ángel del Cielo
teje un manto con tu pelo
y tu padre amasa el pan
campanas del Niño -tilín
y de la Virgen -talán

Y así, al tiempo que cantaba con una voz que no era de este mundo, la generala condujo a la niña a la cama marital, la arropó con el edredón de plumas, se recostó junto a ella por encima de las cobijas y mientras le acariciaba el pelo, le cantaba:

Duérmete niña mía
ya los diablillos se han ido
la pajarita en el nido
ha dormido a su pichón
campanas del Niño -tilín
campanas de Padre -tolón

Y así, ambas mujeres, la niña y la matriarca se durmieron con un cansancio de años, de siglos, como si hubiesen dormido por primera vez después de atravesar ambos mundos. La niña se durmió con el sueño de los justos. La esposa del barón se desvaneció con la fatiga de quien acabara de cargar un muerto. Y así había sido. Tendida junto a la niña, el espíritu que la habitaba se retiró del cuerpo de la mujer por los mismos orificios por los que había entrado, igual que el agua del mar cuando abandona un barco en la arena.

Al día siguiente, cuando despertaron, ambas al mismo tiempo, movidas por la comunión invisible que hermana y enemista a las mujeres, la niña descansada, reconfortada y repuesta del largo calvario que había padecido en el infierno del gobernador, le dijo a la matriarca:

–Gracias.

La mujer se levantó incómoda, se ordenó el pelo y la ropa con la palma de la mano, cubrió la urna del muerto con el manto bordado con la imagen de Cristo, tomó del cuello flaco y mustio el ramo de

jazmines marchitos del alféizar de la ventana, lo arrojó al cesto de papeles junto al secretaire de tapete verde y antes de salir del cuarto, con esa voz aguda, admonitoria y castrense, tan diferente de un arrullo, le dijo a la sierva:

–No me dé la gracias a mí.

La matriarca no creyó necesario revelarle a la niña que no había sido ella, sino el espíritu de su madre quien la había rescatado del infierno.

24
El ángel de las profundidades

El ángel de las profundidades había salvado a la fámula por segunda vez desde que había llegado a la casa. Los ángeles, se dijo la niña, acaso no fueran criaturas aladas que cuidaban el mundo desde el Cielo, sino, al contrario, tal vez fuesen seres con apariencia pedestre, despojados de alas y mucho más cercanos a la Tierra para evitar la caída de las almas en las profundidades del infierno.

Las dos veces que la matriarca había salvado a la niña, la había rescatado de algún sitio subterráneo: el sótano al que había descendido para liberarla del acoso de las abultadas calzas de su marido y el infierno del gobernador, barranca abajo de la casa. No podía afirmarse que la generala le guardara cariño a la fámula. Tampoco se trataba de un sentimiento de piedad. De hecho, si hubiese sido por apiadarse, había un centenar de mujeres antes que la niña dignas de la misma compasión. Desde que la niña llegó a la casa, algo había cambiado no ya en el ánimo, sino en la salud de la esposa del gobernador. Tal vez la niña ni siquiera pudo notarlo porque ignoraba cómo era la casa antes de su llegada, pero desde entonces nada fue igual, como si se hubiese producido un desequilibrio en el orden sempiterno de la finca. La casa era el molde de la patria, la matriz que había forjado la generala. Conforme el gobernador se afincaba en las extensiones de las pampas y en los

agrestes corazones de sus habitantes, el país iba tomando la forma de la casa. La anomalía que significó la llegada de la fámula al corazón del poder, no sólo alteró el funcionamiento de la casa, sino que, poco a poco, de manera imperceptible, habría de perturbar el destino de la patria.

A pesar del férreo silencio al que sometían al personal, a los funcionarios y a todos los habitantes de aquella ciudadela, afuera, tras los muros, empezaron a correr algunas versiones acerca de ciertas desavenencias entre el gobernador y la generala. Para la mayoría, sin embargo, tales murmuraciones eran improbables; tanto los adictos como los opositores estaban convencidos de que el matrimonio gobernante era una unidad indisoluble, una sola entidad que respondía a una única voluntad, la de la generala. Un periodista de prosa zumbona osó mencionar, ni siquiera suscribir, sólo mencionar estas habladurías en un recuadro ínfimo, diminuto, en las últimas páginas de la *Gaceta de Las Pampas*. Fue lo último que hizo. La cabeza desde la que provino semejante audacia quedó separada de la mano que la escribió a unas veinte leguas de distancia. El atrevido cronista fue desmembrado y trozado en trece partes. Sólo se le pudo dar cristiana sepultura a la cabeza, la mano derecha, el brazo izquierdo y algunos menudos que le fueron desentrañados. Ningún otro periódico volvió a hablar de aquellas presuntas diferencias en el seno de palacio. El mensaje cuidadosamente diseminado había sido comprendido por la prensa.

Sin proponérselo, la generala había socavado los fundamentos del coliseo al pie de la barranca. No sólo había rescatado a la fámula, sino también a su amigo Pertenadón; la única razón por la que lo habían descendido al infierno era la de enfrentar a la niña. Aquel

domingo fue el último lance de la riña de niñas. Semana tras semana, el circo pampeano del gobernador fue languideciendo hasta convertirse en un pálido reflejo de lo que había sido en su esplendor. Todo se redujo a un par de número de doma de animales viejos, riñas de gallos y, por último, el espectáculo lo ofrecían los propios espectadores que, borrachos y sin peleas ajenas que encauzaran la euforia, terminaban trenzándose en lucha por motivos que luego ni siquiera recordaban. Ese estado de violencia contenida hasta el estallido, se hizo extensivo a las otras áreas de la casa, atravesó los muros, se esparció por la ciudad y finalmente se extendió como una peste por todo el suelo de la patria. Aquí y allá surgían conatos de rebelión que eran prontamente sofocados por la policía o por el ejército, de acuerdo con la magnitud. Al principio se hacían juicios sumarios y ejecuciones perentorias, colgaban a los amotinados en las plazas públicas o los arrastraban a caballo por el empedrado de las calles que rodeaban la Plaza Mayor. Pronto, la matriarca notó que los ajusticiamientos ejecutados por los uniformados no hacían más que victimizar a los insurrectos, elevarlos en la consideración martirológica del público y provocar un efecto contagioso.

Si los humores contenidos en el subsuelo cenagoso de la casa se extendían como un polen venenoso hacia todo el país, entonces era necesario matar dos pájaros de un tiro. El circo romano del gobernador habría de renacer ya no en las catacumbas de la barranca junto al río, sino en todo el territorio de la patria. No sería el gobierno sino el pueblo quien hiciera tronar el escarmiento en el infinito hexágono de las pampas.

25
La zalagarda

La Zalagarda se le impuso a la matriarca durante un sueño.

Ese sería el nombre del nuevo circo del gobernador. Era un nombre lo suficientemente ambiguo como para albergar diferentes significados y, según se lo considerara, podía ser tan festivo como funesto y sombrío. Esa misma mañana posterior al sueño, la esposa del gobernador dispuso la creación de la nueva formación especial, una milicia integrada por simples vecinos, por patriotas dispuestos a hacer respetar la palabra de Dios y la del barón. No lo consultó con nadie, ni siquiera con su esposo. Sencillamente le dijo que había tenido un sueño revelador y que ese mismo día habría de crear la Zalagarda.

–La Zalagarda –pronunciaba la generala una y otra vez y paladeaba ese nombre que le resultaba tan grato a la lengua y al oído.

Le explicó al gobernador que nadie usaría uniforme, que sus miembros sólo se identificarían con una divisa sobre el corazón, un lazo negro y otro rojo: la muerte y la sangre. La Zalagarda: la muerte y la sangre. La Zalagarda: la celebración y el castigo. La Zalagarda: la fiesta de los justicieros y el escarmiento a los que se levantaran contra el orden de Dios y del gobernador. La matriarca vislumbró claramente que el poder del Estado simbolizado en los

uniformes era la vía regia que conducía a la canonización popular de los reos, quienes eran vistos como mártires. En cambio, un ejército de vecinos indignados, dispuestos al sacrificio por la restauración del Reino de Dios en la Pampas, invertía los términos: vecinos justos contra malos vecinos. La Zalagarda sería el brazo fuerte y severo de la nación contra aquellos que querían su disolución.

La generala había comprobado en su breve descenso que los habitantes del infierno eran una legión de demonios corrompidos que se devoraban entre sí. La Zalagarda no sólo les devolvería el espíritu festivo y comunitario, sino que sería el vehículo para que pudieran volcar toda esa ira largamente contenida en causas nobles. Sería, tal como había soñado la matriarca, el fuego que habría de purificarlo todo.

El primer paso era la promesa de libertad. Si esos hombres y mujeres que habitaban el infierno hubiesen vivido fuera de la casa, habrían sido moradores de las cárceles y los hospicios. Aunque ninguno de ellos tuviera una condena escrita por un juez o un certificado firmado por un médico, todos estaban confinados en ese territorio hundido entre las barrancas escarpadas y la costa fortificada del río infinito. Quienes se sumaran a las filas de la Zalagarda podrían salir a la superficie para patrullar la ciudad y arrestar a los conspiradores. Los vecinos rasos llevarían una faca y los jefes de cuadra –así se habrían de llamar, Jefes de Cuadra– portarían un fusil.

Como cada vez que la asaltaba una ocurrencia, la esposa del gobernador tomaba notas y hacía números. Con la idea todavía caliente, se sentó al secretaire de tapete verde, hundió la pluma en el tintero y calculó los costos de su milicia. No valía la pena comprar

armas modernas para un ejército desdentado ni rifles de precisión para un *rifleman* –a la generala le encantaba la palabra *rifleman*– cuya puntería no dependía de la calidad de la mira, sino de la cantidad de grapa que le corriera por las venas al momento del disparo. Hacía algún tiempo, un traficante inglés amigo de la familia le había ofrecido a la matriarca una partida de rezago de mosquetones de chispa Brown-Bess. No sólo estaban en desuso, sino que eran armas viejas y traicioneras. Los tiradores solían volarse las manos o el mentón cuando fulguraba el imprevisible chispazo en el pedernal. Ese no sería un problema –pensó la matriarca– porque en la Zalagarda debía haber victimarios, pero también víctimas. ¿Quién iba a saber si el zalagardero muerto –le gustó la palabra zalagardero y la anotó– había sido víctima de su propio mosquete o del de un traidor? Con su letra redonda y clara, la mujer escribió:

170 rifles Brown-Bess
1.700 facas
1.000 Cuchillos de monte
200 Navajas

El gobernador usaba un Bowie Knife a la cintura, del lado opuesto al que colgaba la vaina de la espada, para darse un aire matrero, tal como le gustaba a la canalla. De modo que la generala mandaría traer un centenar de cuchillos iguales al del barón como premio para los que pasaran a degüello a la mayor cantidad de traidores. Agregó a la lista:

100 Bowie Knife

Como las verdaderas milicias populares, espontáneas, no llevarían uniformes. Pero en el fugaz descenso al circo de su esposo, la generala comprobó que esos cancerberos infernales, en el mejor de los casos, vestían harapos o, en el peor, apenas se cubrían las partes con un pedazo de arpillera. De modo que añadió en el listado:

2.000 calzones de puño rodilla
Tela para chiripá de monta
2.000 pares botines caña 3/4
2.000 camisolas
2.000 abrigos felpa

Hizo números y comprobó que, en igual cantidad de tropas, su milicia personal era mucho menos onerosa que mantener un ejército con generales gordos e inútiles –bola de sebo, así los llamaba: los bola de sebo–. El presupuesto estaba por debajo, incluso, de lo que costaba sostener a la policía con sus comisarios cuatreros y sus cabos tehuelches disfrazados de cristianos –malón de vagos, así le decía a la policía–. Luego de haber comprobado la conveniencia económica de la Zalagarda, la matriarca mandó subir a toda esa caterva para clasificarla.

La generala, personalmente, se ocupó de seleccionar a los mejores hombres, suponiendo, claro, que pudiese haber mejores entre los peores. Los hizo desfilar frente a ella, uno tras otro, en el salón principal del ala residencial de la casa. Muchos de ellos jamás habían salido del infierno; algunos, incluso, habían nacido ahí abajo y nunca conocieron nada diferente de ese mundo cenagoso entre el confín de la ciudad y las aguas servidas. Sentada en el sillón imperial que presidía el salón, las piernas breves y regordetas colgando a dos

tacos del piso, la generala examinaba con aire científico la complexión física y espiritual de cada potencial miliciano.

El gobernador no soportó el espectáculo y se retiró a las caballerizas. Con mano temblorosa cepillaba su yegua alazana más vigorosa. Acaso ni él mismo se atrevía a confesar ante su conciencia el verdadero motivo que lo llevó hasta su flete más veloz, muy cerca del portón trasero. El espectáculo del populacho arrastrando los pies embarrados sobre las alfombras persas, aunque no lo quisiera admitir ante el pedestal de su propia soberbia, lo aterraba. Por primera vez tuvo la visión de una rebelión dentro de la casa. Las cosas no eran de ese modo, se dijo. Los mundos no debían tocarse. Ni su esposa debió haber bajado al infierno ni, mucho menos, podía estar sucediendo que el infierno hubiese subido a la residencia. El barón tuvo la percepción vívida, anticipada, del Apocalipsis. Mientras cepillaba a la yegua, tenía los oídos puestos en el pasillo que conducía a la casa y la mirada fija en el portón de hierro forjado que daba a la calle.

A medida que esa armada hedionda, de pelo oleaginoso, diríase ovino, desfilaba en cueros sobre los robles del salón barroco, las arrugas de las caras gauchescas, aindiadas, pasaban de la sorpresa al gesto socarrón. De pronto, la imagen del barón en su palco miserable cubierto de pieles de vaca raídas, se transformó para ese grupo malentretenido en un decorado teatral, en una farsa. El gobernador no era uno de ellos. No vivía como ellos. No carecía como ellos. No respiraba lo mismo que ellos. No pisaba el barro que pisaban ellos. No olía la mierda que olían ellos. No era uno de ellos. Y era cierto. Desde el fondo de sus ojos claros, el barón los miraba con desprecio, los alimentaba con carroña para que no lo

canibalizaran; les sobaba el lomo para que no lo faenaran; los mantenía lejos, abajo, para que no lo saquearan. Les decía lo querían escuchar, para que no le dirigieran la palabra. Compartía con ellos sus miserias para no compartirles la riqueza. Los hacía pelear entre ellos para que no lo desafiaran a él. Les ofrecía nada haciéndoles creer que era todo. Si aun sin conocerlos despreciaba a cada uno de los miserables que lo vitoreaba desde las tablas, cuando se fundían en una sola voz, en un solo cuerpo, la repulsión del barón se multiplicaba por el número de harapientos que formaban la masa. Cada vez que saludaba a la turba desde el palco, detrás de cada sonrisa, detrás de cada muestra de amor, se escondía un único sentimiento que se resumía en una sola palabra: odio. Odiaba a los suyos con la misma fuerza con la que amaba a Inglaterra y descargaba en ellos todo su despecho por la perfidia de Albión.

La horda desdentada que solía poblar las gradas desconchadas del coliseo pampeano invadía el ala residencial de la casa como un ejército bárbaro de ocupación. A medida que entraban, miraban los cortinados púrpura, la *boiserie* de madera labrada, los pedestales de mármol que sostenían jarrones de porcelana inglesa y por primera vez se sintieron miserables. Estaban sobre las alfombras, pisaban los listones del roble de los pisos de los salones, se sucedían a largo de los pasillos, en el patio acodados sobre el aljibe y, cuanto más extranjeros y pobres se sentían, más fuertes y numerosos empezaban a percibirse. La generala no parecía prestarle a atención a ese espíritu de cuerpo que se iba tornando unánime, indignado. Sentada en el sillón, los observaba como quien considera invertir en ganado. Bastó con que uno de ellos se metiera una vasija plateada entre los harapos, otro se guardara un florero y un tercero

descolgara el reloj de pared, para que la multitud, de pronto, se convirtiera en turba. Fue como una chispa en un polvorín. En un abrir y cerrar de ojos, la casa se transformó en un hormiguero al que acabaran de patear. En desbande, cargaban en las espaldas sillones, mesas de arrime, bustos de bronce, escudos de armas y cuanta cosa quedara al alcance de la mano.

El gobernador pudo escuchar el escándalo desde la caballeriza. Su aterradora profecía se convirtió de súbito en la más cruel de las certezas. Dejó caer el cepillo de la mano, le ajustó el apero a la yegua, afirmó un pie en el estribo y con el vigor que otorga el miedo se acomodó en la montura y salió disparado hacia la calle.

26
El crucifijo de alpaca

El crucifijo de alpaca fue el límite. Podían cargarse las porcelanas orientales con incrustaciones de oro, las tallas de marfil labradas en cuernos de elefante de una sola pieza, las armaduras de los lanceros cruzados de Federico Barbarroja, las alfombras de Persia, los regalos preciosos de los monarcas de reinos cuyos nombres la matriarca no recordaba, los cetros con taracea de la época sumeria provenientes de la llanura del Tigris y el Eufrates, pero el crucifijo de alpaca de su abuela Crescencia Castañeda era la frontera de la paciencia de la mujer del gobernador. El Cristo de metal grisáceo, opacado por el tiempo y la veneración, parecía poco menos que nada entre todos los tesoros palaciegos. La alpaca estaba negra no por desidia, sino porque la dueña de casa no permitía que nadie la tocara ni siquiera para limpiarla. Las únicas partes que tenían brillo eran los pies de Jesús, por donde la generala tomaba el crucifijo, y la coronilla entre las espinas, donde lo besaba. Ese acto cotidiano la mantenía en comunión con su abuela y con todas las mujeres de la familia, vivas y muertas, unidas en la pasión de Cristo. Cuando vio cómo el salvaje se lo colgaba del cuello como si se tratara de una de esas baratijas que adornaban el pecho de los idólatras, la mujer siguió con mirada aguileña la carrera del hombre que corría hacia la puerta. En medio del ir y venir de los desarrapados que ensuciaban los tapices

renacentistas con la cochambre pringosa que despedían por los poros, en medio de aquellos alaridos precolombinos, la generala se incorporó desde su sillón imperial con un saltito de sus piernas porcinas y así, al voleo, como quien pesca un mosca en un enjambre, agarró de las pelotas al hombrecito que se había colgado el crucifijo de alpaca. Le retorció las criadillas como quien arranca una naranja todavía verde del naranjo, primero hacia un lado y luego hacia el otro. El lamento agudo, soprano, destemplado, hizo vibrar los caireles de las arañas que aún no habían podido saquear. La matriarca le había metido la mano por debajo del taparrabos de arpillera y en un movimiento veterinario, retorcía, apretaba y tiraba. El berrido era tan sonoro y alto que el resto de los salteadores venidos del infierno tuvieron que soltar sus tesoros para taparse los oídos. La imagen de esa mujercita reteniendo por los testículos a aquel Asmodeo retacón fue una señal inapelable para el resto. Como si en esa lucha quieta, escultórica, se debatiera la batalla bíblica entre el bien y el mal, un terror arcaico se apoderó de cada uno de aquellos Mammones, Belfegores, Leviatanes, Amones y Baales. Miraban la escena con una expresión de dolor y pánico. El grito de la bestezuela que había osado robarse el crucifijo de alpaca era tan doliente, tan sobrenatural, que se convirtió en una invocación perentoria a todos los muertos a los que alguna vez había auxiliado la mujer del barón. Asistida por esa fuerza del Más Allá, la mano de la generala giró cuanto le permitía la articulación de la muñeca e incluso unos grados más. El hombre pasó del alarido al silencio y de pronto se desvaneció. Sin embargo, no se desplomó sobre el suelo. La mujer, breve como era, sostuvo al vago exánime en vilo, literalmente por el forro de los huevos. Los brazos y la piernas del

infeliz colgaban en el aire, mientras su cuerpo formaba un arco. Ahora, quien gritaban como si el dolor fuese contagioso, era el resto de esa gavilla salida del Averno. La matriarca, con una fortaleza de otro mundo, extendió el brazo hacia arriba y levantó el peso muerto por sobre su propia cabeza, mientras con la otra mano recuperaba el crucifijo de alpaca de su abuela Crescencia Castañeda que pendía desde el cuello doblado y exangüe del ladrón. Con un puño apretó el rosario y con el otro estrujó el par de testigos mudos, inflamados, que rebosaban la concavidad de la mano pequeña y suave de la matriarca. Así lo sostuvo al hombre, de las pelotas, hasta que, finalmente, el cuerpo se precipitó vertical al piso. Como si estuvieran sufriendo una alucinación, los salvajes pudieron ver con un espanto atávico cómo la esposa del gobernador se había quedado con los testículos del pobre desgraciado en el puño, entre cuyos dedos colgaban jirones de piel, nervios y ristras de carne todavía palpitante. Muchos no soportaron el espectáculo y cayeron desmayados; otros se prosternaron a sus pies y todos se entregaron como esclavos, en cuerpo y alma, a la adoración de ese tótem rechoncho, rollizo, breve y a la vez portentoso, que sostenía un par de cojones en un puño y un crucifijo en el otro. La Zalagarda acababa de conformarse y tenía una jefa indiscutida.

27
Antes del anochecer

Antes del anochecer, en el minuto previo a que la matriarca pusiera fin al conato de saqueo, uno de los esbirros infernales había descolgado un trabuco de la pared, que el gobernador mantenía cargado por si acaso, y había corrido hacia las caballerizas con la idea de quedarse con el trofeo mayor: la cabeza del barón. Como un soldado perdido que ignorara que la guerra había terminado súbitamente y su ejército había sido derrotado, el hombre caminaba con la fe de los victoriosos en busca del gobernador. Era un tipejo con una cara semejante a la de una talla incaica: la nariz y el mentón prominente, la frente hundida, el pelo renegrido sobre los hombros y un bigotito más parecido a un rastro de café que a un distintivo viril. Avanzaba entre las sombras en posición cazadora, las rodillas flexionadas, la espalda doblada hacia adelante y los brazos abiertos como para saltar sobre la presa. El instinto lo llevó a la cuadra. Cuando llegó a las caballerizas, el barón estaba montado sobre el caballo esperando que el guardia le destrabara el enorme pasador que clausuraba las rejas para huir a la carrera. No hizo a tiempo: el vigía recibió la lluvia de perdigones que salió de la boca abierta y alelada del trabuco naranjero con el que aún le apuntaba el rezagado rebelde. El estruendo hizo que el caballo se parara en dos patas. El gobernador intentó mantener el equilibrio en esa posición

rampante, pero se deslizó en el cuero pulido de la montura y cayó en el piso enmerdado de la cuadra. El animal huyó al galope pasando por encima del cadáver perforado del guardia. Golpeado, el barón intentaba ponerse de pie, pero se resbalaba en la mezcla de barro y estiércol, mientras el amotinado volvía a cargar pólvora por el caño de la bocarda. Metió los perdigones, apisonó el polvo negro y apuntó contra el hombre al que hasta hacía minutos veneraba y al que ahora, de pronto, le profesaba el más profundo de los odios. Mientras acariciaba el gatillo y paladeaba el disparo por adelantado, acaso no advertía que la fuerza que impulsaba el índice era exactamente la misma que lo desgañitaba cuando gritaba su nombre en las gradas del circo pampeano. Ese sentimiento podía llamarse amor en algunas ocasiones y odio en otras. Hasta tal punto aquél fusilamiento era una declaración de amor que, antes de ejecutarlo, le dio una última oportunidad:

–¿Usté se acuerda de mí?

El gobernador, en cuatro patas, lo miró fijo e hizo memoria. Pero para él, esas gentes sin nombre eran los Mamani si parecían del norte, los Caupolicán si eran del sur, los Huinca si eran blancos y los Betún si eran negros.

–Claro, ¿cómo no me voy a acordar? –mintió.

El hombrecito con ojos altiplanos torció la cabeza sin dejar de apuntar y quiso confirmar:

–¿Cómo me llamo?

El barón examinó los rasgos y aventuró, casi con tono de pregunta:

–Mamani…

–¿Mamani? –repitió el hombre del trabuco–. ¿Me llamo Mamani? –le volvió a preguntar como si le estuviese pidiendo que lo bautizara con un nombre.

–Mamani, claro, Mamani –confirmó el gobernador, casi convencido de que había acertado.

–¿El nombre? ¿Se acuerda de mi nombre? Yo una vez le di la mano y me presenté, ¿se acuerda?

–Sí, claro, hombre, cómo me voy a olvidar…

El barón hizo un silencio como esperando una ayuda, pero el posible Mamani lo volvió a interrogar levantando el mentón junto con el arma.

–Mamani…, Juan, Juan Mamani… –arriesgó el gobernador, dado que, según calculó de memoria, cinco de cada diez hombres se llamaban Juan.

–¿Juan Mamani? ¿Usté dice que me llamo Juan Mamani?

–Sí, claro, Juan, Juan Mamani.

El hombrecito cobrizo asintió con la cabeza, pero algo en el gesto no se condecía con la afirmación.

–Así que me llamo Juan Mamani… –dijo mientras bajaba el arma.

–Sí, sí, Mamani, Juan, Juan Mamani –pronunció el barón, con seguridad al ver que el hombre dejaba de apuntarle.

–Hijo ’e la gran puta –susurró el colla mientras escupía de costado y volvía levantar el trabuco naranjero. –Hijo ’e la gran puta, ni Juan ni Mamani.

El insurrecto le apuntó a la cabeza y un nuevo estruendo volvió a asustar a los animales. El gobernador se tocó el abdomen, luego el pecho y, por fin, como temiendo el veredicto, se miró la palma de la mano. No vio más que bosta y llegó a pensar que podía ser el

contenido de sus propias tripas. Volvió a mirar a quien resultó no ser Juan Mamani y creyó ver que tenía los ojos en blanco. De pronto, el hombrecito giró sobre su eje y se derrumbó como una torreta sobre sí mismo. El colla, al caer, dejó ver la figura de la fámula que se ocultaba a sus espaldas, con un grueso bastón de madera entre las manos. El palo había sonado con ese estruendo grave al golpear contra la cabeza totémica del hombre.

28
La bosta, el barro y la sangre

La bosta, el barro y la sangre habían formado un charco en cuyo centro el gobernador pugnaba por incorporarse. La fámula nunca supo por qué le había salvado la vida al barón. Su padre le había enseñado que la justicia no debía tener nombres, que había que separar las palabras de quien las pronunciara y los actos de quien los ejecutara. Lo que está mal para uno, decía, está mal para cualquier otro. Y matar a un hombre indefenso, desarmado y en el piso estaba mal lo hiciera quien lo hiciese. El barón había sido injusto con ella hasta la crueldad. La humilló, la maltrató, la quiso corromper, la hizo dormir en el suelo como un perro, la obligó a pelear con otras niñas como ella, la expuso ante la muerte como víctima y verdugo, la redujo a servidumbre y quiso que se enfrentara con su único amigo en la casa. Pero su padre le había dicho que si no se era justo con el injusto, se acababa siendo tan injusto como aquél, que la ignominia no se remediaba con más ignominia. La niña no había transitado por todas estas disquisiciones antes de golpear al colla; la moral no habita en el lugar de los pensamientos, sino en una morada oscura y desconocida. La niña no pensó en nada de todo esto cuando le salvó la vida al gobernador. Lo hizo porque matar a un hombre en el piso no era justo en ningún caso y porque no hubiera podido hacer otra cosa.

Por otra parte, el gobernador había cumplido con el pedido de su padre al darle cobijo en la casa. La fámula intentaba convencerse de que, a pesar de todo, debía sentirse agradecida con el barón; si no hubiese sido por él, habría terminado mendigando en la calle o encerrada en el claustro de un orfanato. Tal vez la niña ignorara que ni en la calle, a la buena de Dios, ni el más miserable de los cotolengos, hubiera encontrado un destino más aciago que el que le habría de deparar la casa. Los tormentos que había sufrido hasta entonces eran nada en comparación con los que le esperaban. Si la fámula hubiese tenido ante sus ojos la visión profética del porvenir, acaso no hubiera intercedido entre la boca abierta del dragón de pólvora y la cabeza del gobernador. Sin embargo, el teniente Rendo le había enseñado a su hija que el destino era más fuerte que cualquier ejército, que nada virtuoso podía provenir de un acto viciado y que no existía cosa que pueda atormentar más que el martirio de una conciencia traicionada.

Cuando, por fin, el barón pudo hacer pie luego de tomarse del puntal del alambrado miró a la niña. No había en sus ojos claros y punitivos nada semejante a la gratitud ni a la piedad. Pasó por encima del cadáver del guardia con una zancada larga y lenta, tomó el pañuelo que guardaba en el bolsillo de la chaqueta militar, se limpió las manos y las rodillas enmerdadas sin quitarle los ojos a la fámula. Se inclinó sobre el cuerpo exánime del colla, le arrancó de las manos inertes el trabuco que le cruzaba el pecho desnudo y recogió las pequeñas talegas con pólvora y municiones que quedaron junto a él. Con escrúpulo y el ánimo moroso de quien paladea la venganza, el barón cargó el arma, vació la pólvora en la boca abierta del caño, la apretó contra el fondo del caño, le apuntó a

la cabeza y así, en el piso, desarmado, inconsciente e indefenso, el colla recibió el tiro en la frente.

La niña sintió que el tiro era para ella y para la memoria de su padre muerto.

29
Las cabezas

Las cabezas se convirtieron en las unidades de medida de la casa. El prestigio, la riqueza, la jerarquía y el honor se calculaba según el número de cabezas arrebatadas al enemigo. El patrón cabeza era tan inapelable como el sistema métrico decimal o el valor del oro. La fámula miraba las carretas que entraban en la casa repletas con bolsas rebosantes de cabezas que, luego, eran puestas en picas para que todo el mundo viera qué sucedía con el envase de los sesos cuyas ideas osaran girar en dirección opuesta a la de los dictados del gobernador. Las sacas se vaciaban en el patio central y un desdentado al que llamaban el Cuentacabezas, verificaba la cantidad y la propiedad de cada una sentado a un escritorio improvisado con una puerta en desuso sobre cuatro fémures afirmados con tiento. Todas las cabezas tenían una marca en la frente con las iniciales del verdugo, si sabía escribir, o una marca distintiva, si era ágrafo. Quienes más trofeos humanos entregaran recibían un auténtico *Bowie Knife* como el que usaba el gobernador en la cintura o ascendía en la cadena de mandos.

La Zalagarda era una pirámide escalonada. En el vértice superior estaba la generala, cuyos breves piececitos se asentaban sobre las charreteras del gobernador. Debajo del barón, en el mismo nivel, estaban el cura de la parroquia de la casa y el comisario general de

la Guardia Federal. Un peldaño más abajo se acomodaba la Unión Campera Federal que agrupaba a los principales hacendados cercanos al régimen. Bajando otro escalón estaba la Federación de Comerciantes Federales Valga la Redundancia, que así la había asentado el Cuentacabezas cuando el representante compareció ante su esquelético escritorio y le hizo notar la repetición de las palabras. Más abajo, los Jefes de Cuadra y, por último, en la base, los zalagarderos sacados del infierno de la casa o gentes hechas de esa misma corrompida madera.

Todos los jueves, la matriarca recibía en el salón de la casa a los miembros de la Sociedad Zalagardeña Federal, conformada por los cinco primeros escalones de la pirámide. Ella, sentada en el sillón imperial, presidía la reunión con sus piececitos colgantes. A su derecha, en un sillón sin ornatos, la flanqueaba el gobernador. El cura y el comisario ocupaban un sofá de dos cuerpos, los hacendados alrededor de una mesa rectangular y los comerciantes, más numerosos, en sillas sin brazos y respaldo bajo o simples taburetes. En las reuniones no se hablaba de política –la generala despreciaba la política– ni se discutían asuntos administrativos ni, mucho menos, cuestiones institucionales. Nada de eso estaba en discusión. Las pequeñas asambleas de los jueves tenían un sólo propósito: desenmascarar traidores. Cada uno de los presentes debía informar sobre las actividades opositoras, desde los mínimos refunfuños de las clientas de la feria, los comentarios contrarios a la persona de la matriarca o del gobernador, hasta las confabulaciones de otros hacendados, comerciantes, religiosos, políticos, gobernadores de tierra adentro o, incluso, los planes secretos de las potencias extranjeras. Todo servía, cualquier cosa podía ofrecer

indicios: el diálogo entre las personas que entraban en las tiendas, las murmuraciones de las vecinas, los movimientos sospechosos, los giros de dinero, las visitas frecuentes al correo, la entrega de encomiendas, los que asistían con demasiada frecuencia a la iglesia, los que no asistían nunca, los que iban armados, los que abominaban de las armas, los que se interesaban por los asuntos políticos y los indiferentes. No existía categoría que irritara más a la generala que los tibios y los que no manifestaban pasión alguna. De acuerdo con la gravedad del hecho, la matriarca decidía el castigo o, llegado el caso, la absolución sumaria.

Todos los jueves a las seis de la tarde, hora que había impuesto la mujer del gobernador para desafiar el flemático *five o'clock tea* y, de paso, evitarse servirle colaciones a esa banda de putos alcahuetes y muertos de hambre, según ella misma mentaba a los miembros de la Sociedad Zalagardeña Federal, se pasaba revista de las denuncias, se mostraban las pruebas y se reunían los testimonios que el Cuentacabezas asentaba en su función de notario. Independientemente del documento del fedatario sin dientes, la generala tomaba sus propias notas apelando a sus listas proverbiales:

Manuel de la Guarda y Vasconcellos: mostró mal talante cuando el comerciante Nicanor Solimán Bosco le pidió opinión sobre el gobernador. En observación.

-Isabel Macías Cifuentes: Hizo gesto airado con mano derecha batiendo vientos en sus narices al ser consultada sobre la Señora de la Casa (era la forma en la que la matriarca se nombraba a sí misma en esos menesteres). *En observación.*

-Padre Gregorio Santa María, puto con sotana: se observan cabildeos y reuniones con comerciantes ajenos a esta sociedad después de misa. Escarmiento.

-Felipe Manzanares de la Hoya, comerciante: se observan reuniones con Padre Gregorio Santa María y otros comerciantes. Escarmiento.

-José María Baño y Pintado: se observan reuniones con Padre Gregorio Santa María y otros comerciantes. Escarmiento.

En el curso de las reuniones, la generala volcaba la información en el papel pero no dictaba sentencia sino hasta el día siguiente. Durante la noche, en la cama, escuchaba al jurado de su conciencia, al abogado defensor de sus pruritos y al fiscal de sus convicciones. Pero quien decidía era Dios. Ella ponía cada caso sobre el estrado Divino y Él le dictaba la sentencia. En general, el parecer de la matriarca era semejante al de Dios, aunque Dios era misericordioso o, al menos, un poco más que ella. De cada diez casos, cinco terminaban en absolución, tres en condenas entre leves y serias, y dos en degüello.

Así y todo, la cantidad de cabezas que se apiñaban en el patio central no era en absoluto despreciable. Si alguien, dentro o fuera de la casa, albergaba la suspicacia de que algún zalagardero había abusado de la prerrogativa de la decapitación para ascender o recibir algún beneficio, debía guardarse bien hondo su sospecha. Poner en duda la palabra de un zalagardero significaba dudar de la generala. La Zalagarda era su largo brazo y ella jamás mentía: «A la generala se le cree» era la frase con la que se terminaba cualquier conato de

herejía, a menos que el disidente quisiera separarse de su cabeza para siempre.

El principal propósito de la Zalagarda era el de hacer fulgurar la verdad sobre la mentira y la lealtad sobre la traición. Aunque no existía una legislación ni un un código escrito, en términos generales se consideraba traición a lo siguiente:

Primero: la duda. No se podía dudar de Dios, de la matriarca, del barón, de la Zalagarda, de los zalagardeños y de los zalagarderos. La duda se castigaba con el Señalamiento, que era el nombre que le había dado la esposa del gobernador a esta sanción, y consistía en señalar al condenado en la puerta de su casa, armando bulla, poniendo de manifiesto su peligro social con cánticos y pintando en las puertas y paredes del frente frases que le hicieran ver la verdad y recapacitar sobre la lealtad al gobernador. Pero, sobre todo, que los vecinos supieran quién era el desgraciado que ocultaba su deslealtad tras los muros de la casa.

Segundo: La desobediencia. La desobediencia era el estadio superior de la duda y seguía la misma escala jerárquica que aquella, pero tenía castigos más severos. Por ejemplo, la casa del señalado debía permanecer pintada con las leyendas ejemplares durante noventa días. Si las paredes eran blanqueadas antes de ese tiempo, se consideraba esto como un acto de desobediencia y el castigo podía consistir en una paliza grupal con heridas cortantes, la amputación de un miembro, la introducción de objetos contundentes en las cavernosas profundidades de las vergüenzas, pero, siempre, procurando mantener la vida del reo.

Tercero: La traición. La traición se pagaba con la cabeza y no era necesario explicar qué era la traición. Todo el mundo debía saberlo.

La ausencia de una definición precisa acerca de qué era traición para la matriarca presentaba la ventaja de que, llegado el caso, cualquier cosa podía considerarse como traición, desde el intento de asesinar al Gobernador, tal como había sucedido, improvisar las rimas de una payada que pudiera ser tomada como propaganda opositora o, sencillamente, provocarle un disgusto o mala sangre. En ciertas ocasiones, la matriarca había notado que su esposo, cuando se indignaba o padecía una gran injusticia, se ponía rojo como un tomate y se le inflamaban las venas de la frente como dos ríos azules que le colmaban la cabeza de sangre hirviente. El médico de la familia, de hecho, le había advertido sobre la importancia de que se mantuviera tranquilo si quería vivir muchos años. No era necesario que el barón escalara las cumbres de la ira para que su esposa actuara; era suficiente con que supusiera que tal o cual cosa podría afectar la salud coronaria del gobernador, para prevenir antes de curar. Y no había mejor prevención que un degüello a tiempo para que la cabeza inoportuna pudiera crearle mala sangre y poner en riesgo la salud del gobernador.

Los sacerdotes leales eran una pieza fundamental de la Zalagarda. El confesionario se convirtió en un oráculo invertido en el que los simples le rebelaban la verdad y le anunciaban el futuro a Dios a través de los sacerdotes. A instancias de la generala, los confesores se hicieron hábiles interrogadores, detectives de Dios, correvediles de la Virgen y alcahuetes de todos los santos. La ruptura del secreto confesional no se consideraba una traición, sino, al contrario, un acto de lealtad superior. Pero también podía suceder lo contrario: que el confesando denunciara al confesor. La generala impuso un sistema de observación mutua en el que todos se vigilaban entre sí; la monja

al cura, el cura a la monja, el monaguillo al párroco, el párroco al monaguillo, el vicario al obispo y el obispo a la monja para cerrar el círculo de la mirada. Luego, las impresiones podían ser contrastadas en sentido horizontal con el testimonio de otros pares que ocuparan el mismo peldaño de aquella pirámide que podía recorrerse en sentido horizontal a través de un mismo escalón que circundaba los cuatro lados. Sin embargo, no había peldaños que comunicaran con la cúspide afilada e inapelable que ocupaba la matriarca. Todos los casos eran examinados por ella y sólo los contrastaba con la mirada de Dios. La inquisición pampeana funcionaba de maravillas.

La principal fuente de información eran las cabezas decapitadas. Sentada a la sombra de la galería que circundaba el patio central, la fámula observaba los interrogatorios de la generala a las cabezas clavadas en las picas altas como lanzas. Las caras desfiguradas por el dolor postrero, el pánico y el horror, quedaban a una altura humana, semejante a la que tuvieron sus dueños hasta hacía poco. Desde su estatura breve, la mujer del gobernador gesticulaba, lanzaba insultos, prevenciones y amenazas como si esos muertos mutilados pudiesen sufrir más de lo que ya habían padecido. Eran, sin embargo, admoniciones vinculadas con el Más Allá, con una existencia mucho más dolorosa que la que les había tocado vivir en este mundo. Con el dedo índice apuntando al centro de sus ojos yertos, les advertía, primero por las buenas, que si no decían todo lo que sabían habrían de sufrir por toda la eternidad. La fámula veía cómo algunas cabezas se balanceaban por efecto del viento y el desequilibrio provocado por el frágil punto de apoyo de las vértebras cervicales en el extremo de la pica. Ese movimiento idéntico a una negación, provocaba la furia de la matriarca, quien pasaba de la

inquisición a la amenaza. En puntas de pie y a los gritos, les decía que sus hijos y nietos habrían de pagar con la decapitación igual que ellos, que iría a buscar a sus madres para empalarlas delante de sus narices y que desenterraría a sus abuelas para bailar sobre sus restos. Por momentos, la mujer hacía silencio, asentía, resoplaba y mostraba sorpresa o indignación, y lanzaba frases tales como «¡Quién iba a decir que ese culo con herradura iba a ser tan desgraciado!» o «¡Si será taimada esa puta de cuartel!» Luego, la generala giraba sobre sus talones, entraba en el dormitorio, se sentaba al secretaire y volcaba el resultado de sus pesquisas en el cuaderno de notas. La mujer del gobernador se jactaba de haber echado por tierra con este método más conspiraciones de las que había descubierto todo el comisariato.

Las cabezas no sólo provenían del exterior de la casa; la niña creía ver caras conocidas en aquellas expresiones deformadas. Poco a poco el silencio fue creciendo como una marea lenta e implacable hasta inundar todas las dependencias de la casa, desde el infierno hasta el ala residencial pasando por la gobernación. Todo el mundo se cuidaba de hablar durante el día y había quienes se iban a dormir con un pañuelo en la boca a guisa de mordaza para no hablar en sueños. Los carpinteros evitaban cantar durante sus faenas y las mujeres fregaban en silencio. Cualquier cosa podía inflamar las venas del gobernador y había que guardarse, incluso, de silbar melodías que pudieran disgustarlo.

El Cuentacabezas llegó a asentar en sus listas «tres mil y quinientas y siete cabezas». Una tarea titánica que, ciertamente, significó un trabajo extenuante para la matriarca. Por cuidar la integridad de su esposo, la mujer entregó su propia salud.

30
A la salud de los enfermos

–A la salud de los enfermos –le dijo la generala a la fámula mientras alzaba la copa, antes de despacharse de un sorbo el licor de menta y anís que preparaba ella misma con las plantas que crecían tras los cristales del jardín de invierno.

Siempre brindaba por la salud de los enfermos. Pero esta vez lo había dicho con una entonación dramática. Luego trasegó de la copita semejante a un dedal, como quien se viera obligado a tomar un jarabe amargo. Sentadas a la sombra de la galería, la fámula y la matriarca se entregaron a un silencio cargado de acepciones, alegorías y parábolas que sólo ellas comprendían. La matriarca se abandonó al sol tibio que se filtraba entre las ramas tortuosas de la glicina. Cerró los ojos, irguió la cabeza y dejó que los rayos oblicuos de la tarde hicieran su trabajo en ese cuerpo breve, exhausto por la dura faena que le había impuesto la Zalagarda.

La muerte era pregnante, melosa y pegadiza como una vidala. Impartir justicia era una tarea elevada, magnánima y a la vez ingrata. Los que se quejaban amargamente de la anarquía reinante antes de la llegada del gobernador, eran los mismos que ahora se espantaban por el rigor del imperio de la ley. Aquellos leguleyos obesos, repletos de tesoros, rodeados de bibliotecas, con la boca llena de lenguas y las manos blancas como las de una niña,

mantenían los zapatos cautamente alejados del barro. Pretendían que el trabajo sucio lo hicieran otros y luego se quejaban de las salpicaduras. Querían que la sangre corriera por ríos subterráneos y así mantenerla oculta de sus ojos, y que los cuerpos fueran enterrados sin sepultura, sin nombres ni lápidas, como si jamás hubiesen habitado este mundo. Nadie quería interrogar a los muertos ni mezclarse con ellos. Esa tarea se la reservaban a la generala y a sus milicias para mantener limpias las polainas y la conciencia.

La matriarca tenía un vínculo amable con la muerte. Se conocían como dos viejas amigas. Era una relación cordial, de respeto mutuo y cauta distancia. Así se mantuvo hasta que atravesaron los límites de la confianza. Las ganó la pasión. El antiguo pacto se quebró y aquellas visitas precedidas por el anuncio «Estoy abierta», se convirtieron en una convivencia incómoda. Era un cuerpo demasiado breve para contenerlas a ambas. Acaso sin darse cuenta, la matriarca había transgredido una de las máximas que regían su existencia:

–En vida se hace la muerte –solía decir ante las desgracias imprevistas.

Sostenía que las amistades más duraderas eran aquellas que discurrían por un cauce profundo pero guiado por un canal riguroso. Las visitas de la muerte se convirtieron en vecindad, la vecindad en convivencia y la convivencia en promiscuidad. La casa se llenó de muerte. Cada día entraban decenas de carretas cargadas de cabezas que hablaban el idioma de los muertos y le confesaban a la matriarca los planes del enemigo. Las tres mil y quinientas y siete cabezas arrebatadas al cuerpo de la traición habían declarado. Pero

cada interrogatorio era un lazo arrojado al Más Allá y tenía un precio caro. La muerte se aquerenció con la generala de tal forma que nunca más le soltó la muñeca. La fámula pudo percibir la presencia de la muerte en el cuerpo de la matriarca. Bajo los rayos del sol tibio de la tarde, la descubrió escondida en los lugares donde la muerte suele hacer nido. La vio bañándose detrás del arroyo de lágrimas semejante a una catarata que le opacaba el iris. La distinguió recostada en la línea súbitamente blanca del borde de los párpados inferiores. La percibió en la curva de las pestañas. Bajo la galería, entre la luz y la sombra de glicina, la fámula vislumbró la muerte en la palidez de las mejillas y en los brevísimos surcos perpendiculares al labio superior como rayos de un sol negro. La adivinó en el pelo que, hirsuto, se balanceaba yerto con la brisa y en la somnolencia que era un ensayo del sueño sin fin. Sentada en su sillón de mimbre, la mujer del gobernador se fundía con el atardecer como si fuesen parte del mismo ocaso. Las cabezas clavadas en las picas en torno del aljibe reclamaban a la matriarca en el mudo idioma de los difuntos; lengua que, a fuerza de convivir con la muerte, la fámula empezaba a comprender. Por primera vez, la matriarca se durmió sentada en su silla de mimbre. Antes del anochecer, la sierva la alzó en brazos como a una niña, la entró en la casa y la acostó en su cama.

31
La impaciencia

La impaciencia se adueñó de la casa. La matriarca cayó en un letargo abismal, negro, silencioso y estático. Desde aquella tarde en que la niña alzó a la generala en brazos como si la niña fuese la mujer y la mujer, la niña, la matriarca ya casi no habitaba ese cuerpo. Respiraba morosa y pausadamente, en una cadencia apenas suficiente para yacer en la frontera difusa entre el ensueño y la nada. Había pasado una semana en ese estado, en la misma posición, sin que pudieran alimentarla ni darle de beber, a riesgo de que se ahogara. Aunque no hablaba, se comunicaba de un modo misterioso con la fámula. Sólo aceptaba tragar el agua y la comida si la alimentaba la niña. Solamente dejaba que ella la acomodara en la cama y la cambiara de posición para evitar las excoriaciones. Si lo intentaba otra sirvienta, sucedía un hecho que ni siquiera el médico podía explicar: como si la espalda de la matriarca estuviese soldada al colchón, era imposible incorporarla o girarla. Lo intentaron entre el doctor, el cura y el barón, pero no hubo forma de moverla un ápice. Bastaba con que la niña le pasara un dedo por detrás de la nuca para que quedara sentada. Con sólo tomarla suavemente por una axila conseguía darla vuelta.

La niña no quería parecer grosera ni descortés, pero tuvo que pedirles a las otras dos sirvientas que acompañaban a la matriarca

durante todo el día que retomaran sus tareas en la casa, que la generala necesitaba estar sola. Estaba claro que cuantas más personas había en el cuarto, tanto más se debilitaba la mujer del gobernador: la respiración se volvía tan pausada que parecía extinguirse. Por otra parte, la matriarca no manifestaba excreciones ni secreciones ni vahos ni ningún otro intercambio con el mundo de los vivos, más que el aire que respiraba. El cura sostenía que permanecía inmaculada por un milagro de Dios. Pero la niña sabía que la matriarca sólo se liberaba de sus excrecencias cuando todos se retiraban y quedaban ellas dos solas, como si conservara el pudor. No dejaba que nadie más que la fámula la cambiara y la lavara.

La casa fue ganada por un desasosiego silente. Sin el pulso firme de la matriarca, el universo se había detenido. Era ella la cuerda principal del reloj exacto y armonioso que impulsaba el movimiento y fijaba el instante preciso de cada acontecimiento. Todos los sucesos se iniciaban en el secretaire de tapete verde; el segundo engranaje movía el resto del ala residencial, desde ahí se transmitía el movimiento al sector de las criadas, las fámulas, los sirvientes y el de los oficios. Luego descendía hasta el infierno para activar el mecanismo de la Zalagarda y, desde las profundidades, se remontaba hasta la gobernación, donde los secretarios, ministros y funcionarios procedían según el número que informara el Cuentacabezas. El impulso se expandía fronteras afuera y determinaba el movimiento de las potencias extranjeras que examinaban a diario la evolución de sus tenencias en cabezas de ganado, tierras fértiles y montañas con todas sus materias preciosas. El gobernador descansaba en la tranquilidad de saber que el sol habría de salir por el Este y ponerse por el Oeste, que las fronteras

de la patria tenían los mojones en su lugar, que las mareas no sobrepasarían los caminos de sirga y que las pasturas de las pampas seguirían siendo las mejores de la faz de la Tierra toda mientras la matriarca mantuviera el mundo bajo su ojo omnividente. Pero ahora, tendida inerte, ni viva ni muerta, ni aquí ni allá, el gobernador no sabía cómo seguir adelante. Se sentía en alta mar, en un barco sin timón, sin viento y sin capitán. Ignoraba en qué lugar guardaba su esposa las llaves de la cortina del secretaire donde estaban las cuentas de la casa y de la patria; no tenía idea de quiénes eran los embajadores, no sabía en qué sitio guardaba sus uniformes limpios ni por qué sus botas aparecían relucientes todos los días. Ignoraba si todavía vivían sus suegros o si habían muerto, no estaba muy seguro de cuáles de todos los niños que correteaban por ahí eran sus hijos y, si los tenía, cuál de las criadas con las que se había revolcado era la madre de cada uno. No sabía cómo era la dinámica de la cocina, ni cuántas reses había que comprar, ni qué número de fusiles necesitaba el ejército, ni los kilos de papa y ajo que se precisaban por semana, ni cómo era el régimen de exportaciones e importaciones, ni cómo se organizaba el trabajo de la herrería y la carpintería; no tenía la más lejana noción de qué era la balanza comercial, ignoraba cuánta gente vivía en la casa, el número de los empleados públicos y un centenar de otros menesteres de los que se ocupaba la generala.

La casa, la patria y el universo empezaban a resquebrajarse desde los cimientos.

32
La piedad

La piedad se apoderó del barón. No soportaba ver a su esposa en ese estado. Sentía una pena infinita. No por ella, sino por él. Entraba en el cuarto sólo para comprobar si la matriarca aún respiraba. La niña permanecía sentada en el borde de la cama. Cada vez que se asomaba el gobernador, le preguntaba si lo podía servir en algo:

–¿Le puedo servir en algo? –le decía la niña, porque, según creía, una de las preocupaciones de la matriarca era el barón.

El gobernador negaba con la cabeza o no contestaba. Miraba el pecho de su mujer y cuando comprobaba que se movía, salía de la habitación. Entonces ambas mujeres, la niña y la matriarca volvían a quedarse a solas y parecía que retomaran una conversación animada y muda. A veces, ni tanto: el barón solía escuchar la voz de la fámula. Al principio pensaba que la generala había recuperado el conocimiento y la palabra. Pero era la niña que hablaba sola, como si le conectara preguntas que sólo ella podía escuchar.

Era de noche. El gobernador entró en la habitación y, como siempre, la niña le preguntó si se le ofrecía algo.

–¿Se le ofrece algo? –le preguntó.

–Sí –le contestó por primera vez.

–Mande… –le dijo.

Entonces el barón se llevó el revés de los dedos al mentón y sacudió la mano. Era la forma en que solía ordenarle a la niña que lo afeitara. La fámula comprendió el gesto, pero lo miró asombrada. Era de noche. Él siempre le pedía que lo afeitara a la mañana. Nadie se afeita a la noche, pensó. Miró a la matriarca que se había puesto blanca como un papel y la respiración se le había alterado. Entonces el gobernador repitió el gesto. La niña sintió que cada uno de los esposos le tiraban de ambos brazos como si ambos la reclamaran. Si la matriarca hubiese estado consciente, no habría habido discusión posible; nadie le discutía a la generala. Pero esta vez no tenía forma de hacerse escuchar. De modo que la niña no tuvo más remedio que obedecer y seguir al barón.

El gobernador se hacía afeitar en el cuarto contiguo a la habitación marital. Eran alcobas gemelas y estaban separadas sólo por una puerta angosta sin cerradura. Mientras el hombre se desabrochaba la chaqueta, la niña salió hacia la galería y al rato volvió con una palangana con agua caliente y toallas. Era una situación extraña. El barón siempre colocaba la silla frente a la ventana; esta vez, se había sentado mirando hacia el otro lado. Era un detalle, pero a la fámula no le pareció un hecho menor, como si buscara que no lo pudieran ver desde el patio.

–¿Se va a quedar ahí, nomás?

–Así, nomás.

Si examinaba el asunto serenamente, no había motivo de inquietud. La silla frente a la ventana era la mejor fuente de luz para una tarea tan delicada como pasar el filo de una navaja sobre las venas del cuello. Pero era de noche y el sitio que había elegido el

gobernador era el más cercano a la lámpara. Junto al candil había una botella de vino y dos copas: una llena y otra vacía.

El barón dejó caer la cabeza por encima del respaldo de la silla, de modo de dejar el cuello lo más extendido posible. La toalla caliente tomó la forma de la cara del hombre, mientras la niña preparaba la espuma batiendo la brocha sobre el jabón.

–Se siente bien, de noche, sin apuro… Se siente bien –dijo el barón a través de la toalla, semejante a un busto blanco que hablara por sí solo.

La sierva le quitó la toalla caliente y le extendió la espuma primero en las mejillas, luego entre la nariz y el labio superior, después en el mentón y finalmente en el cuello. Cuando acercó la cara a la boca del barón sintió el olor acre del vino. La niña descubrió que los vahos del ayuno no eran tan desagradables como los de la noche. Entregado, con el cuello extendido, el gobernador escuchó el sonido casi imperceptible de la navaja cuando salió de su angosta morada de nácar.

–No me va a matar… –le dijo el barón, pero todo lo que obtuvo en respuesta fue el silencio cerrado de la noche.

La niña, preocupada por la matriarca, tenía los oídos puestos del otro lado de la puerta. Casi que podía oír la respiración forzada de la mujer del gobernador. Bajo la luz vacilante de la llama del candil, las maniobras se hacían más dificultosas. Como si quisiera terminar el trámite cuanto antes, la fámula iba y venía con el filo, dejaba la espuma en la pollera y volvía al ruedo de las mejillas redondas y coloradas en un movimiento continuo. Terminó de afeitarlo más rápido que otras veces. Le secó la cara con otra toalla y, como de compromiso, sabiendo que no eran horas, le preguntó:

–¿Va querer la sangría?

–Sí –contestó el hombre.

La sierva suspiró impaciente y volvió a abrir la navaja antes de que pudiera cerrarla del todo.

–Quiero ver la sangre, sí. Pero no la mía.

La noche, la mala luz, la sangre, la navaja, las interjecciones del gobernador, el vino, la proximidad de la matriarca en el cuarto contiguo; todo tenía un velo de doble sentido, de celada y acechanza.

–Tómese una copa conmigo –invitó el barón a la niña.

La sierva negó con la cabeza y apuró el trámite: vació la palangana y puso las toallas dentro.

–Tómese una copa –insistió, y esta vez no fue una invitación, sino una orden.

La niña no conocía la frontera entre sus deseos y los del gobernador. Sabía cuál era el límite preciso entre las patillas y el cuello orlado de la chaqueta, pero no el que separaba sus propios deseos de los del barón. Frente al abismo de la insurrección, la fámula volvió a negar con la cabeza sin despegar los ojos de la palangana. El gobernador reconoció en esa expresión el mismo y exacto gesto del teniente, la misma negativa, el mismo desprecio. El padre de la niña habitaba el corazón de la niña. Pero, ambos lo sabían, el padre era el padre y la niña, la niña. El barón tomó la botella que descansaba junto a la lámpara, dejó caer el vino con fuerza en la copa vacía, sin cortesía ni delicadeza, y se lo puso a la sierva delante de la cara. Por tercera vez, la fámula volvió a negarse con un movimiento de cabeza breve pero rotundo.

Entonces, así, con la chaqueta desprendida, el pelo revuelto, el ánimo etílico y las mejillas rojas por la acción de la navaja y la furia, el gobernador agarró a la niña por el cuello y le metió una mano por debajo de las faldas. La sierva quedó petrificada. Sabía que debía ocuparse del esposo de la matriarca y obedecerle, ese había sido el encargo de la generala; pero ignoraba hasta dónde debía ceder. Tampoco iba a gritar; jamás habría de permitir que la matriarca sufriera a causa de ella en sus últimas horas. El gobernador lo sabía, como sabía que, de haber estado lúcida, su esposa le hubiera cruzado la cara de una bofetada.

–Le queda poco –le susurró el barón a la niña–, le queda poco–, le dijo sin dejar de manosear a la niña debajo de las faldas.

Así, nariz contra nariz, la fámula pudo ver el destello de la locura en el fondo de las pupilas del gobernador. Aquella sinrazón que gobernaba todos sus actos tenía un nombre.

33
La casa, la patria y la razón

La casa, la patria y la razón del gobernador empezaban a colapsar. Nada funcionaba. La caja fuerte había sido diseñada y construida por el mismísimo Alexandre Fichet, quien había hecho los planos en Francia y luego la construyó, él en persona, en la herrería de la casa. Fue la primera caja fuerte con cerradura de seguridad sin llave, con un mecanismo de relojería de combinación numérica. Era la matriarca la única que conocía la cifra mágica. Mientras la niña velaba las últimas horas de la generala sin despegarse de ella, el gobernador pasaba los días y las noches junto a la bóveda, girando el tambor hacia un lado y hacia el otro. Como en una rueda de la fortuna, intentaba acertar con las fechas de los cumpleaños familiares, con la equivalencia numérica de los nombres o, agotado, por el más puro azar. Mendigo de los hados del destino, suplicaba al cielo que lo iluminara. Lloraba, gritaba y pateaba el acero insensible y pérfido del arcón de Fichet. Mandó traer ladrones de guante blanco, matemáticos y rateros a quienes, luego, hacía fusilar para que nadie pensara que la patria, la casa y la razón del barón estaban en serios problemas. No hubo forma de abrirla.

Entonces, el gobernador recordó que la matriarca conservaba nota de todo en los cuadernos que apuntaba sobre el tapete verde y raído del secretaire. Pálido, sin ver la luz del sol durante días, flaco,

desmejorado y con un semblante azulino, el barón emergió de la bóveda y fue directo a la alcoba marital. Hizo salir al médico, a las sirvientas y a la niña y, a solas con su esposa, buscó la llave del secretaire en todos los cajones del ropero, en la mesa de noche, entre la ropa, en las macetas del alféizar de la ventana y debajo de los felpudos de las puertas. Nada. Se dispuso entonces a forzar la cortina de madera. Primero tiró de las manijas hasta que los herrajes se le metieron en la carne; después desenfundó la espada, la metió entre el borde de la tapa persiana y el tapete, e hizo palanca hacia arriba y hacia abajo al punto de arquear la hoja. Nada. Tomó el fusil que descansaba en un ángulo del cuarto, se alejó hasta la pared contraria y apuntó a la cerradura. Tiró del gatillo pero solo se escuchó el sonido metálico del golpe del martillo contra el cebo. La bala no salió. Volvió a apretar el fierro con el índice; no consiguió moverlo siquiera; el mecanismo se había trabado. Entonces aferró el fusil por el caño y con el mango a guisa de basto la emprendió a garrotazos contra todos los objetos que estaban sobre la alzada del secretaire, arriba de la cómoda y en las mesas de noche.

–¡Vieja ’e mierda, carancha, hija ’e una gran puta, ande está la llave! –le gritaba a su mujer que, indiferente, miraba al techo con la boca abierta.

Volaron lámparas, libros, retratos, relicarios, vírgenes y crucifijos. La venerada virgen de alpaca se estrelló contra la pared y se reunió con el Hijo crucificado, tirados ambos en el suelo. Y cuánto más se enfurecía en medio de su propio caos, más patética era su situación: cómo habría de hacer para conducir los destinos de la patria si no podía, siquiera, derrotar a un miserable escritorio de madera enclenque.

Al escuchar la sucesión de estruendos que provenían del dormitorio, la fámula entró sin llamar y pudo ver al barón montado sobre su esposa mientras la sacudía por los hombros para que le revelara todos los secretos que había guardado a los largo de los años. La niña vio la escena y tuvo el impulso de saltar sobre el gobernador y liberar a la matriarca del acoso de sus manos y del peso de su humanidad. La fámula se había resistido a atacar a las otras niñas y al pobre Pertanadón en el hexágono del infierno. Por primera vez, la niña sintió el impulso de atacar. Sin embargo, un terror indecible la paralizó.

El gobernador se incorporó de un salto tumultuoso y con el gesto descompuesto por la furia, le gritó:

–¿Cómo se atreve a entrar en mi cuarto sin llamar? ¿Cómo se atreve?

La fámula quiso salir, pero el miedo le impidió moverse del vano de la puerta. El barón iba a sacarla a la rastra, cuando vio un tesoro que brillaba en el medio de su pecho conmovido por una respiración trémula. Encandilado, caminó hacia la niña con la diestra extendida y los ojos encendidos. Desde el cuello, colgada de una cadena, fulguraba la llave del secretaire que buscaba refugio bajo el escote. La fámula negó con la cabeza y protegió la llave entre la palma de la mano y el pecho. Y otra vez, en la negativa de la niña, el gobernador vio la negativa del padre.

34
El barón y la sierva

El barón y la sierva sabían quién de los dos quedaría en pie en un enfrentamiento mano a mano. Pero el gobernador tampoco ignoraba que el halo que irradiaba la generala desde el lecho agónico lo mantenía a salvo. Ella habría sido incapaz de atacar al Gobernador en presencia de la matriarca, prurito que a él, ciertamente, no le irritaba el cuero. Congelada bajo el marco de la puerta, la niña apretaba la llave dentro del puño cerrado. El barón se acercó a ella con paso lento, mientras se componía el pelo revuelto con la palma de la mano. Cuando estuvieron frente a frente, la tomó suavemente por los hombros, la atrajo hacia él, cerró la puerta a sus espaldas y la trabó con doble vuelta de llave y pasador. Cuando la fámula vio el desorden del cuarto, los objetos destrozados cuyas ruinas se desperdigaban aquí y allá, de inmediato miró el secretaire y comprobó que permanecía cerrado. Entonces protegió la llave que llevaba colgada al cuello con ambas manos.

–No deje que nadie lo abra –le había dicho la generala a la niña a la sombra de la galería, mientras le confiaba la llave del escritorio, antes de dormirse para no volver a despertar.

El barón extendió la mano abierta y le exigió:

–La llave.

Ella negó con firmeza, sin abandonar el gesto de pánico. Una vez más, el semblante del teniente Rendo se había apoderado de las facciones de la niña.

–¿Así que no me va dar la llave? –le respiró el gobernador muy cerca de la boca.

La niña volvió a sacudir la cabeza a uno y otro lado.

–Fíjese, m' hijita –le dijo con ese tono pedagógico que empleaba cuando quería aleccionarla, mientras señalaba el cuarto–, esta habitación es mía, esta cama es mía, esas mierdas son mías –dijo apuntando con el dedo a la Virgen y al Cristo que yacían sobre la pinotea del suelo–, esa mujer es mía –dijo mientras dirigía el índice a la cara inerte de la matriarca–, ese escritorio es mío y esa llavecita es mía –le dijo señalando la frontera en la que se unían las laderas redondas de las tetas de la fámula como bastiones empinados que protegían la llave.

Sin poder pronunciar palabra, la niña volvió a negar con la cabeza y retrocedió hasta dar con los talones contra la puerta. El barón extendió los brazos, aferró las manos al marco de la puerta y encerró a la sierva en el rincón del cuarto. De pronto, el hombre procedía con mora como queriendo prolongar el acoso. Disfrutaba. Con la respiración agitada a causa de su reciente batalla contra el mobiliario, le dijo a la niña que ahora sí se iba a ocupar de ella. «Ocúpese de la niña», le había dicho la generala al gobernador antes de desplomarse sobre el colchón para no volver a despertar. El hombre no entendió exactamente a qué se refería, pero ahora se disponía a obedecer la última voluntad de su mujer.

–Aura me viá ocupar de usté –le dijo con ese tono gauchesco fingido que solía emplear para exhibir una virilidad que no le

sobraba.

A lo único que atinaba la fámula era a defender la llave entre la mano y el pecho. Pero al barón ya no parecía importarle el contenido del secretaire; al contrario, el afán de la niña le mantenía las manos ocupadas y le facilitaba la nueva tarea al gobernador quien, como un animal elemental, había cambiado súbitamente de presa. La imbatible fiera del hexágono infernal, era ahora un cervatillo acorralado. En otra situación habría sabido cómo liberarse, pero frente a los ojos inertes de la matriarca no iba a faltarle el respeto a su esposo. El barón dejó caer la cabeza rubia y leonina sobre el cuello de la niña como un predador que mordiera la yugular de su víctima. Las patillas encrespadas rozaron apenas los hombros de la fámula. Sin soltar la llave, el cuerpo, de la cintura hacia abajo, había quedado desguarnecido. El hombre, agitado y sudoroso, pasó los labios finos, magros, a lo largo del cuello de la fámula desde la nuca hasta la clavícula. Hizo el recorrido inverso, esta vez con la punta de la lengua. La niña sintió ese ir y venir como la interminable peregrinación de una babosa que dejara el rastro de su vientre frío y seboso. Cerró los ojos y contuvo el acceso agrio de una náusea. De no haber estado la matriarca presente, habría pateado al hombre en el centro del pecho con el talón, tal como le había enseñado su padre. No era el rechazo de la razón que le decía que, al menos en los papeles, ese hombre era su padre; tampoco el reparo moral de saber que la esposa del gobernador era la testigo muda, acaso ni sorda ni ciega, que en otras circunstancias le habría cruzado la cara de un cachetazo a su marido, tal como lo había hecho en el pasado. No. Era una aversión corporal, arcaica, primaria e involuntaria. La repugnancia natural ante la cercanía de la materia descompuesta, el

sabor de lo rancio o la visión del horror. De no haber sido por la presencia de la generala, lo habría agarrado del cuello y le habría golpeado la cabeza, primero contra la pared y luego contra el borde metálico de la cama. Pero la cercanía de la matriarca que presenciaba la escena con los ojos inertes, la condenaba a ser esa niña indefensa. La niña, la niñita de su padre, la luz de los ojos de su tatita –así le decía a su papá: tatita– se sintió más huérfana que nunca. Miró hacia la cama y rezó en silencio para que Dios devolviera a la matriarca al reino de los vivos y la protegiera a ella, a la niña, a la niñita de su tata. Sin embargo, otra parte de su corazón le imploraba a Dios que no, que por favor no la despertara para evitarle esa visión y no se la tuviera que llevar como el último retrato de este mundo a la eternidad. Tata, pensaba, Tatita, imploraba para que ese hombre que ahora bajaba las manos hacia la cintura y la apretaba contra su vientre, se detuviera, desapareciera de la faz de la Tierra, se evaporara, para que nada de eso fuera real.

–Tatita –escuchó que susurraba la niña y el barón supuso que era una palabra de cariño para con él.

Como un animal cebado que viera brotar la sangre, el gobernador arrastró la mano por el abismo de las caderas y se aferró a la grupa redonda de la niña que temblaba mientras evitaba ese llanto que tanto enfurecía al barón. A medio paso del rincón en el que se desarrollaba la escena de cacería, la generala, tendida en la cama cuan corta era, emitía unos resuellos pausados, un bufido asmático más semejante a una exhalación postrera que al ronquido plácido del sueño profundo. De no haber sido por ella, la niña le habría metido las uñas en los ojos, lo habría mordido hasta hasta arrancarle un bocado. El hombre no obraba aquella profanación a pesar, sino a

causa de la inmóvil presencia de su esposa. Hacía todo lo posible para mantenerse dentro del adormecido escenario sensorial de la matriarca. Era un espectáculo que le tenía largamente preparado. Tomó a la niña por la cintura, la levantó en vilo y la condujo hasta el piecero de la cama matrimonial. Luego se acercó a su esposa y la incorporó hasta sentarla con la espalda contra la cabecera en posición expectante, como si estuviese en la primera fila de un teatro. Le levantó los párpados con ambos índices y así se quedaron, abiertos como monedas de oro. Al notar la asombrosa docilidad que presentaban los músculos rígidos de la cara de la esposa, le alzó las comisuras de los labios y esculpió una sonrisa congelada que, combinada con los ojos redondos, le conferían a la matriarca una expresión de locura. La niña sintió una mezcla de piedad y terror al mirar la mueca de la mujer, a quien el cuerpo no le obedecía.

Una vez que el barón terminó los arreglos escenográficos del teatro íntimo que había dispuesto para su mujer, se aseguró de que no se perdiera ninguna escena. Cuando la niña quiso escapar, ya fue tarde. Frente a los ojos demencialmente abiertos de la generala, el gobernador aprisionó las muñecas de la sierva e hizo que se tomara del marco de hierro de la piecera, de modo tal que quedara inclinada hacia adelante, frente a la mirada aterradora de la matriarca, y de espaldas al barón con las ancas alzadas hacia él. En esa posición, el hombre le levantó la falda, la plegó sobre la cintura, la tendió sobre el lomo y le cubrió la cabeza con su propia pollera. Hizo lo mismo con la enagua hasta que desde el centro de las telas abiertas como pétalos, surgió la corola, rosada, firme y todavía virgen. La niña sintió el frío helado de la mirada del gobernador que se internaba en lo más hondo y sagrado de su pudor, protegido, apenas, por el frágil

cristal de la vergüenza. Vergüenza. Esa era la palabra que se le impuso. Vergüenza. Los ojos del barón la acuchillaban por detrás y los de su esposa la lapidaban por delante. Se prohibió pensar en Dios y en su padre. No habría soportado otra mirada ni siquiera para implorar auxilio o protección. Quería morir y que no hubiera nada después de la muerte. Nada. Nadie. Ni ángeles, ni las almas de los muertos que amaba, ni nadie que pudiera volver a mirarla a los ojos. Vergüenza. Por primera vez entendió el sentido de la palabra vergüenza. Era lo más cruel y aberrante que podía haber imaginado alguien. La vejación de una niña y de una moribunda en el mismo acto.

35
La vida y la muerte

La vida y la muerte se cruzaron bajo el dintel de la puerta del matrimonio gobernante. Como en una posta de correos lejana y solitaria, una le cedió el lugar a la otra. Se saludaron sin entusiasmo y con paso cansino, cambiaron cuerpos y funciones como instancias de un mismo trámite tedioso e interminable. La muerte, que iba saliendo, se llevó a la matriarca consigo, mientras la vida entraba en la habitación y se instalaba en el vientre de la sierva. Aunque ambos acontecimientos fueron obra del mismo acto, nadie habría podido imputar al barón la muerte de la generala, pero todos habrían de saber quién era el padre de la criatura que pronto engrosaría la breve cintura de la niña. La matriarca murió aquel mismo día en el que la fámula quedó embarazada.

El gobernador diseminó el polen amargo en el estigma de la niña y declaró el invierno perpetuo de la flor antes de que pudiera alcanzar la primavera. El barón, aferrado con sus uñas mujeriles a las caderas de la fámula, se entregó a un éxtasis mórbido, patético, insano. Mientras derramaba su negra simiente miraba la mueca demencial que había dibujado en la cara de su esposa con una expresión lasciva, vengativa, acababa de desatar una revancha largamente anhelada. Cuando concluyó su macabra función, el gobernador se acomodó la ropa y enfundó ambas espadas, la pequeñita, mustia y

exhausta después de su actuación protagónica, y la otra, la refulgente con la que había destrozado todo cuanto había en el cuarto. Luego se alisó el pelo con la palma de la mano y antes de retirarse de la habitación, hizo una reverencia actoral hacia su esposa, que permanecía quieta como una estatua tallada por un escultor enajenado.

El barón salió del cuarto y a sus espaldas cerró la puerta sin mirar la escena que había dejado atrás. Las dos mujeres ultrajadas se quedaron solas; la sierva, de pie, inclinada hacia adelante, no podía recuperar la posición vertical ni el eje que unía el pudor con la honra y el orgullo. Las manos crispadas apretaban los barrotes de la cama a través de los cuales podía ver a la generala con ese mismo rictus congelado con el que había presenciado la escena. Como si se tratara de una pesadilla sin fin, la niña vio cómo se movía el picaporte, se abría la puerta y volvía a entrar el gobernador. El hombre caminó nuevamente hasta donde estaba la sierva, le levantó la cara con el dedo índice y mirándola a los ojos, le dijo:

–Casi me olvidaba…

Entonces, con la otra mano, le arrancó la cadena del cuello y se quedó con la llave. El barón giró sobre los talones, metió la llave en la cerradura de la tapa del secretaire y alzó la persiana de varillas de madera. Para su completo estupor, estaba vacío. Sobre el tapete verde sólo había manchas de tinta seca. No estaban los cuadernos ni las cartas ni los sobres ni las pilas de papeles ni las benditas listas. El gobernador abrió los cajones con tal furia que se quedó con uno de ellos en la mano. Nada. Vacíos. Por primera vez dirigió la mirada al hogar y entre el carbón y las cenizas distinguió las tapas de cuero de uno de los cuadernos. Metió las manos rosadas en ese polvo

negruzco y sus uñas perfectas y nacaradas se tiznaron. Levantó lo que quedaba de un cartapacio, pero lo único que pudo recuperar fue la hebilla de bronce. Nada. Las cartas de navegación de la patria habían quedado reducidas a una pila de carbón y cenizas. Desesperado, el barón revolvió entre los rescoldos hasta quemarse los pulpejos, pero no obtuvo más que restos de papel carbonizado que se desvanecían ante el solo contacto con el aliento. Víctima de su propia crueldad, el hombre miró con odio a su esposa y recibió esa misma risa sarcástica que le había dibujado en la boca. El gobernador salió de la habitación ante la carcajada muda de la matriarca.

Cuando volvieron a quedarse solas, lo primero que hizo la niña al enderezarse, antes aún de arreglarse las faldas desordenadas, fue caminar hasta la generala y componerle la cara. Con los dedos aún temblorosos le devolvió a la boca la línea horizontal. Luego, como instándola a que descansase, le cerró los párpados con delicadeza y le besó la frente. Entonces sí, como si acabara de liberarse de una mordaza apretada, la generala le habló clara y serenamente a la sierva:

–Yo me voy a ocupar de mi esposo. Usté, m' hijita, cuide lo que ya sabe. Es lo único que tiene que cuidar –le dijo mientras le posaba la palma de la mano en el abdomen.

Y esas últimas palabras coincidieron con la expiración final.

36
Las exequias

Las exequias de la matriarca duraron sólo una noche. La niña supo que estaba embarazada desde aquella tarde en la que la muerte y la vida se relevaron en la habitación matrimonial. La niña no se acostumbraba a la muerte. Se resignaba. Pero la resignación no evitaba que guardara un duelo perpetuo, un luto invisible; que llevara un crespón negro en el costado, adentro, en las vísceras del corazón, en las entrañas. Cada muerte era un nuevo lazo oscuro que le oprimía la garganta como si la pena la ahorcara de adentro hacia afuera. Si alguien le hubiera preguntado a la niña de qué materia estaba hecho el eslabón que la unía a la matriarca, no habría sabido qué contestar. No encontraba una palabra para determinar la naturaleza de ese vínculo. No era el sentimiento de orfandad elemental de la muerte de la madre, ni la intemperie existencial de la muerte del padre. Si la niña se hubiese visto obligada a definir su relación con la generala, la habría comparado con la de un niño que, perdido en la jungla, hubiese sido adoptado, criado y amantado por una hiena. El vientre de la hiena es hirsuto y desagradable, salvo para los que se nutren de él. El modo de matar de la hiena parece cruel y horroroso, excepto para los que se alimentan de sus presas. A nadie le apena la muerte de una hiena, salvo a las crías indefensas. Tal vez la niña habría pensado en esa comparación,

aunque luego se habría desecho de semejante ocurrencia. Era un pésame que no tenía a quién dar ni de quién recibir.

El barón albergaba sentimientos encontrados por la muerte de su esposa: por una parte, deseaba que estuviera ahí para que se ocupara de organizar su propio funeral y, por otra, que lo hiciera de la mejor manera para que nunca más se levantara de la tumba. No sabía ni por dónde empezar. Era ella la que se había ocupado de enterrar a los muertos de la familia. Ella había organizado los sepelios de los funcionarios públicos. Ella se encargó de los homenajes a los militares caídos y del entierro de los zalagarderos muertos. Y ahora nadie sabía cómo componer los arreglos para los funerales de la Madre de la Patria. El gobernador llegó incluso a preguntar si no existía un ministro o secretario de sepelios. El ministro de Hacienda le recordó que existía un secretario de Protocolo, pero que la generala lo había echado por «borracho, puto y malentrazado». Era ella la que se ocupaba de cuanto ceremonial necesitaba el gobierno. El barón le preguntó a su ministro si no tenían cuenta corriente con alguna casa mortuoria. Pero el funcionario se encogió de hombros.

Era un día caluroso. Una mosca pertinaz insistía en posarse sobre la nariz de la matriarca cada vez que una fámula la espantaba con un pañuelo. No había mucho tiempo. Una de las siervas le dijo al gobernador que hasta que resolvieran el trámite y para que su esposa se mantuviera fresca, la bajaran al sótano en el que se conservaban los embutidos, los encurtidos, la carne y los quesos. Así lo hizo. Auxiliado por sus hombres de confianza, ministros, secretarios y el párroco, el barón llevó a la muerta escaleras abajo. Tendida sobre una mesada delante de un cortinado de jamones,

ristras de chorizos, tiras de panceta, morcillas purpúreas, achuras rizadas como festones y medias reces; rodeada de frascos de vidrio que contenían todos los tesoros del olivo, aceites, aceitunas negras, verdes, moradas, ajos y cebollas, ajíes como corales, berenjenas más negras que el ébano, pepinos, jengibre, repollos, ranas, liebres y ciervos en escabeche; horizontal como las botellas de vinos traídos de la Toscana, de los viñedos de Kent y de Sussex –que el gobernador presentaba como la sangre arrebatada al enemigo pirata, aunque todos sabían que habían sido pagados con dineros públicos y sobreprecios–, de Rioja, de Tokaj, de Médoc y Graves, de Pomerol y Saint-Émilion, en medio de ese decorado pantagruélico, la matriarca era como una pequeña faraona que se aprestara a partir al más allá con los manjares más preciados para darse la gran muerte. Ninguna corona mortuoria habría podido competir con aquellas ofrendas perfumadas a eneldo, estragón y laurel.

El párroco, de pie junto a la muerta, fingía compunción con la cabeza metida entre los hombros y los dedos enlazados debajo de la cruz, a la altura del abdomen. Sin embargo, en el silencio de la cava, el cura no podía disimular el llamado de las tripas que imploraban ruidosamente que la difunta compartiera aunque fuera un poco de todas aquellas delicias. El párroco dibujó la cruz en la frente de la matriarca y se dispuso a despedirla como Dios manda. Invocó la sangre y el cuerpo de Cristo y sin esperar el permiso del barón, manoteó rápidamente una botella de Pinot Noir de la Côte des Nuits. Pero el gobernador detuvo el trayecto del brazo en el aire, atajó la muñeca del cura y se apuró a darle un vino de misa bien criollo de una botella abierta.

No habiendo hostias en el improvisado oficio, el cura tomó una hogaza redonda, de corteza crepitante, nevada con harina y la partió a la mitad. Sirvió el vino en grandes copas de argentán, repartió el pan y recitó:

Tomad y bebed todos de él,
porque éste es el cáliz de mi Sangre,
Sangre de la alianza nueva y eterna,
que será derramada por vosotros
y por todos los hombres
para el perdón de los pecados.
Haced esto en conmemoración mía.

Luego, el cura invitó a beber:

–Invoquemos en el vino la sangre del Jesús –dijo esto y empinó la copa hasta dejarla vacía. Soltó un eructo sordo y prosiguió:

Tomad y comed todos de él,
porque esto es mi Cuerpo,
que será entregado por vosotros.

Dicha la oración, invitó a comer el pan y completó:

Cuerpo de Cristo, sálvanos.
Sangre de Cristo, embriáganos.

–¿Y el chorizo qué viene siendo, padre? –le preguntó el ministro de Hacienda al párroco, que intentaba ocultar un pedazo de embutido en la concavidad de la hogaza.

La observación del funcionario no fue un reproche surgido de la indignación mística, sino de la más auténtica y pecaminosa gula. De manera que el cura decidió hermanarse con todos los presentes, desenfundó el resto del chorizo que envolvía en un extremo de la estola y lo apoyó sobre la mesada, cerca de los pies de la generala. Entonces sí, con la aprobación del gobernador, descolgaron un jamón, descorcharon un vino austro-húngaro una vez acabado el pajarete de misa y se dieron a las aceitunas, los quesos y los frutos secos. La muerta quedó en el centro de la tabla como si fuese el plato principal de su última cena. Había en aquella ceremonia algo de comilona romana, de bacanal y banquete caníbal, como si el barón y sus ministros quisieran incorporar en el acto de comer esos manjares que estaban en contacto con su cuerpo, los secretos de la administración antes de que se los llevara a la tumba. Borrachos como cubas, descorchaban un vino tras otro, apoyaban las porciones de quesos y carnes sobre el cadáver de la matriarca y hablaban obscenidades con la boca hedionda y las manos engrasadas.

El ministro que había reclamado al cura por su egoísmo, le pasó el brazo por encima de la estola y con la boca muy cerca de la oreja del párroco, le dijo:

–El cuerpo y la sangre del Señor están muy bien, ¿pero no cree que va siendo la hora de un cuerpo más… calientito?

El cura lo miró torciendo la cabeza sin comprender y ante el desconcierto, el funcionario completó la idea:

–Las putas, padre, las putas.

Como si hubiera leído en el alma turbia de sus ministros y secretarios, el gobernador, que se había ausentado, volvió con la

fámula agarrada del brazo. La arrastró escaleras abajo, la metió de un empujón y cerró la puerta de la cava.

37
Las putas

Las putas habitaban el infierno de la casa. Desdentadas, sifilíticas, flacas como esqueletos o gordas como toneles repletos de grapa rancia, a la hora de las putas, de las reverendas putas que tanto elevaban el ángel caído del párroco, no había distinciones entre las ovejas descarriadas. Mientras fueran descarriadas no importaba si eran ovejas, borregas o carneras. La generala era la encargada de que los diferentes mundos que componían el universo de la casa no entraran en contacto. La única excepción fue aquella que le permitió mantener la regla. La fundación de la Zalagarda no sólo fue el modo que encontró la matriarca para evitar la disolución que había empezado a fermentar en los bajos donde se unían los barrancos con el río, sino que era la manera de conseguir que los de abajo sostuvieran a los de arriba como la raíz negra, embarrada e invisible alimenta la copa florida del lapacho.

Las putas, las putas de verdad, las putas del barro, del ranchería, las putas del inframundo, esas eran las putas que deslumbraban a los ministros, a los oficiales, a los diplomáticos, a los jueces y a los obispos. No sólo buscaban la intriga, el arte elemental de procurar la mujer del prójimo, una mujer, finalmente, tan corriente como la de ellos, y un prójimo tan semejante a ellos. No los contentaba el sencillo negocio de cambiar metal por carne. No se conformaban,

tampoco, con la fútil compañía de una cortesana tan semejante a sus madres o sus hermanas. Buscaban la sordidez, la degradación, el lado oscuro del mundo, el infierno en la Tierra, la tauromaquia de esquivar la cornada de la peste, mirar a la muerte a los ojos, pisar el barro de los bandidos, de los cuatreros, morder el corazón con los dientes, clavar la pica fundacional en la tierra ajena y salvaje. Sentirse, en fin, aquellos hombres de virilidad legendaria como la del matrero milagroso José Dolores Córdoba, el Gaucho Antonio María, al que después de habérselo disputado Dios y el diablo, terminó traicionado por el Curupí; o Andrés Bazán Frías, el Manco que, a falta de la mano derecha, parecía tener dos diestras en la izquierda a la hora de disparar.

Las putas hacían que los funcionarios imaginaran una vida salvaje y temeraria, en lugar de aquella consistente en imprimir en el terciopelo del sillón la marca de sus culos adiposos y masivos como mediomundos. Volcaban en aquellas putas de andurrial una épica carnal creyéndose adelantados abstinentes que acabaran de desembarcar en tierras de amazonas bravas luego de pasarse meses en alta mar. Borrachos, con la vista nublada, las tripas atiborradas y el ánimo encendido, deseosos de celebrar el triunfo de la vida ante la presencia de la muerte que yacía sobre la mesada, todos ellos, al ver a la niña alta, nueva, virginal, repleta de una vitalidad que se manifestaba en turgencias y blanduras, en superficies cóncavas y convexas; al ver a esa niña con los ojos llenos de miedo e inocencia, al verla bella pero sobre todo niña, formaron en torno de ella un semicírculo cerrado por el cuerpo recto de la matriarca. La niña podía sentir el olor del vino fermentado por los jugos gástricos y el aliento caliente como la exhalación de un búfalo. El gobernador la

entregó como quien entrega una víctima en sacrificio a los dioses paganos.

Las putas eran el cuerpo de la perdición y en ellas los ministros, los jueces, los militares y los obispos redimían y exorcizaban sus más horrorosos demonios. Aquella puta niña les era entregada por el barón y el cura, por el César y por Dios, para que, con su sacrificio, lavara todos los pecados de los hombres, de esos hombres. Para el gobernador aquella ceremonia era la consumación de todas las venganzas. Ante los ojos yertos de su esposa, vengaba los años de tiranía y liberaba a sus hombres, a todos los hombres, a todos los de su género, del cruel matriarcado de años. La muerta era el pasado infausto y la niña, la personificación y la alegoría de los tiempos por venir. Un tiempo de hombres.

La niña, nuevamente hincada a los pies de la generala, esta vez sobre la mesada, rodeada de cáscaras de queso, carozos de aceitunas, botellas vacías, migas de pan y escupitajos teñidos de rapé, recibió la visita de todos los presentes. El semicírculo de hombres se convirtió en una fila. El gobernador retenía la cabeza de la niña contra la tabla, mientras los miembros del gobierno se iban bajando los pantalones a medida que se acercaba su turno. Esta vez, María Emilia se defendió como una leona. Se revolvía, se sacudía y se retorcía. Debían sujetarla entre cuatro y así y todo nadie se salvó de las dentelladas, las patadas, los arañazos y los golpes. Los hombres se infundían ánimos entre sí, mientras intentaban doblegarla. Cuando conseguían tenerla quieta, se miraban las partes y cambiaban comentarios y hasta algún toqueteo de camaradería. Todos le daban aliento al que ocupaba el lugar entre las piernas, mientras le sujetaban los tobillos y las muñecas.

Luego, se daban bríos para que el que intentaba domarla, así decían ellos, domarla, alcanzara la cima del éxtasis, dejaran su sitio al siguiente y pasara a colaborar con los demás, reteniendo a la niña que se sacudía como una poseída. María Emilia lloraba en silencio, sin gesticular, para no encender la ira del gobernador ni darle el gusto a los ministros que la exhortaban a que gritara.

Una viva, otra muerta y una más en gestación, las tres fueron ultrajadas. La fámula no sólo sabía que estaba embarazada, sino que habría de tener una niña. Para los ministros, secretarios y para el párroco, aquello era una revancha elemental, torpe, rústica; una devolución de favores, un vuelto a los insultos, las humillaciones y las bofetadas con que la matriarca solía escarmentarlos. No sabían quién era la niña, a quien suponían una de las tantas putas sin nombre que habitaban el infierno de la casa, pero aun así, descargaban en ella el rencor heredado de sus padres, de los padres de sus padres y de los padres de los padres de sus padres. Para el gobernador, en cambio, no se trataba de una venganza a ciegas. La niña, esa niña, era la simiente de su antiguo amigo convertido antes de su muerte –y luego, *in memoriam*– en su peor enemigo. Habían sido como hermanos antes del ascenso del barón. Era aquella la venganza de Caín sobre un Abel ya muerto y sepultado y sobre su descendencia. No se trataba sencillamente de desear a la mujer del prójimo, sino del acto imperdonable de poseer a la hija del hermano muerto, de cagarse en su tumba, sobre la tierra fértil y de aplastar el frágil retoño que crecía de su semilla.

–Ocúpese de la niña –le había dicho la matriarca al gobernador. Y eso hizo. Él, sus ministros, secretarios y el párroco se ocuparon de la niña durante toda la noche.

38
El cuerpo de la matriarca

El cuerpo de la matriarca estaba sobre la mesada del sótano, entre los restos de la orgía en la que se habían convertido los funerales. Así lo recordaban los secretarios, los ministros, el párroco y el gobernador. El primero en despertarse fue el cura, que se había dormido con la sotana levantada por encima de la cintura y las bolas como pelones posadas contra el suelo frío. Se incorporó sobre los codos, se acomodó la ropa, examinó las marcas de dientes que tenía en los brazos y miró en derredor: parecía un campo de batalla luego de un combate encarnizado. Desparramados en el piso de baldosines moriscos yacía el pleno de los miembros del Gabinete. Un secretario de Estado tenía la cabeza apoyada sobre el muslo de un ministro a guisa de almohada, cerca de un charco de vómito. En las paredes se dibujaban riachos de orines verticales que se mezclaban en la unión de las baldosas con otros fluidos. Desde su altura, aún a ras del suelo, al cura le costaba componerse una idea completa de lo que había sucedido. Mareado y con la espalda dolorida, conservaba algunos recuerdos sueltos, fugaces. Se incorporó con dificultades, se apoyó contra una columna y con los ojos a medio abrir, miró sobre la mesada. Sacudió la cabeza como para que se pusiera en marcha e intentó clasificar los recuerdos y los olvidos. Sin embargo, había algo que se resistía a acomodarse en una u otra categoría. Se rascó la

cabeza, se restregó los ojos con los nudillos de los índices y volvió a mirar. Pudo ver que los restos del banquete, las botellas, las cáscaras de los frutos secos, los carozos, las migas de la hogaza, las tripas que envolvían los chorizos y los corchos delimitaban el contorno del cuerpo de la generala. Pero la generala no estaba. El cura sacudió con el pie al ministro de Hacienda, que dio un ronquido largo y quejoso antes de abrir los ojos. Lo primero que vio fue el brazo extendido del párroco que, lívido, blanco y tembloroso, señalaba hacia la mesa. El funcionario se aferró a la pierna del religioso, se incorporó, contuvo una náusea amarga, siguió con la mirada el dedo del cura y comprobó que la mesada estaba vacía. El ministro hizo un recorrido sumario alrededor del sótano mientras giraba sobre su eje con la esperanza de ver el cuerpo de la matriarca tirado en algún rincón. El gobernador dormía sentado en el piso con la espalda apoyada en una pata de la mesada. Sin hacer ruido, el párroco y el ministro fueron despertando a los demás para noticiarlos de la mala nueva y para saber si habían visto algo. Nadie había visto ni oído nada. Lo más curioso era que la aureola perfecta de los restos de la comilona formaba la silueta inmaculada de la generala y no había rastros de que alguien la hubiera arrastrado ni, mucho menos, de que se hubiese levantado por sí sola. El contorno intacto de la mujer daba la impresión de que el cuerpo se había elevado en el aire o que se había esfumado en el éter o ambos. Nadie se animaba a despertar al gobernador, a pesar de que algunos albergaban la conjetura de que, quizás, el barón había dispuesto los preparativos para las exequias públicas mientras ellos dormían. Pero, señalaban otros, no parecía sensato que los funebreros hubieran sacado el cadáver de la cava pasando por encima del Gabinete, ni

que el gobernador se hubiese despertado de la resaca, luego se ocupara de guiar a los sepultureros para retirar el cuerpo, que haya procedido con el cuidado de una madre para que nadie interrumpiera el sueño de sus primorosos ministros y después de disponer todos los arreglos volviera al sótano y se tirara en el suelo a dormir como un borracho menesteroso. Alguien propuso huir en silencio y dejar el enigma para el viudo. Entre gritos ahogados y reproches en sordina, le hicieron ver que, en ese caso, quedarían como los ladrones del cuerpo de la madre de la patria. Todos coincidieron en que el más habituado a lidiar con los misterios de la vida y la muerte era el cura y que él debía ser el encargado de comunicarle la noticia al barón. Todos, estuvieron de acuerdo, salvo el cura. En eso estaban, cuando el gobernador, aún con los ojos cerrados, empezó a sacudirse la modorra, envuelto todavía en los vahos de la resaca. Cuando por fin pudo levantar los párpados, vio las caras desencajadas de sus funcionarios y, como corresponde a un jefe, los insultó por el aspecto lamentable que presentaban. Intentó ponerse de pie un par de veces y rechazó con violencia la mano que le tendió el ministro de Guerra. Se tomó de la tabla de la mesada y finalmente recuperó la vertical. Tardó en comprender la escena, hasta que se impuso en su entendimiento aquella imagen fantasmal del estigma de la matriarca sobre la tabla de la mesa, entre los restos de la orgiástica saturnal de la noche. Los miró a todos, uno por uno, y preguntó mientras señalaba la huella del cuerpo de su esposa:

–¿Dónde está?

Ante el silencio cerrado de sus hombres, caminó alrededor de la cava, revisó bajo la mesa, encima de los anaqueles y entre los

ganchos desde donde colgaban los jamones y las reces.

–¿Dónde está? –repitió.

Un secretario se puso a gimotear ante el fenómeno taumatúrgico de la desaparición de la matriarca y, sobre todo, a causa del pánico que le producía la furia ascendente de su esposo.

–¿Dónde está? –preguntó por tercera vez.

El barón intentó reconstruir los sucesos de la noche. Recordaba cabalmente que luego de que los secretarios, los ministros, el cura y él mismo se saciaran con la fámula, él en persona la arrastró escaleras arriba, volvió a bajar solo, aseguró el grueso pasador de hierro forjado y siguió bebiendo con sus hombres hasta perder la conciencia. Miró la puerta y comprobó que el pasador permanecía puesto tal como él lo había dejado.

No dijo una palabra más. Le ordenó a sus ministros que se ocuparan de conseguir un ataúd, el más fastuoso que encontraran, y que lo bajaran al sótano ellos, personalmente, sin más testigos, y que juraran no decir una sola palabra bajo la amenaza de fusilar al que abriera la boca.

El gobernador, el cura, los secretarios y los ministros metieron dentro del cajón un par de jamones, achuras y embutidos hasta completar el peso aproximado de la matriarca. Luego lo sellaron. Sin que nadie lo supiera, en una ceremonia íntima, el féretro cerrado, sin la matriarca, fue velado de manera sumaria e inhumado en la bóveda de la familia.

39
La parusía

La parusía, pensó el gobernador, estaba cerca. Tuvo esa convicción la madrugada siguiente a la desaparición del cuerpo de la matriarca. Lo había despertado una arenisca fina que se desprendió del techo y le cayó, suave, volátil, encima de la cara. Al principio, pensó que era una mosca pertinaz que se le posaba una y otra vez sobre la nariz. Pero al pasarse la mano por las fosas nasales, comprobó que tenía un polvo calcáreo que, al inhalar, se le metió en los fuelles. Tosió una y otra vez, hasta amasar con la lengua un salivazo espeso que gargajeó con fuerza en la loza de la escupidera. Se incorporó apoyando las palmas de las manos sobre el colchón y miró a uno y otro lado. Sentía una presencia en la habitación. Aquel brillo de locura que había visto la niña en el fondo de las pupilas del barón había crecido y se había apoderado de sus ojos por completo. Se fijó en el techo, hacia el lugar exacto desde donde se había desprendido el imperceptible epitelio de yeso, pero sólo vio la mancha de humedad añosa. Los rayos del sol de la madrugada se filtraban por los resquicios de la ventana. Con esa luz difusa, el barón creyó percibir algo diferente en la mancha de siempre. El techo volvió a despedir unos corpúsculos de escayola vieja y entonces se hizo más palpable la impresión que se había formado. Al principio, creyó distinguir algo semejante a un par de ojos dibujados por el azaroso

arte de la humedad. Luego, una nariz perfecta, con su tabique y narinas. A medida que fijaba la vista en la mácula semejante a una sanguina, pudo percibir claramente los pómulos, la frente y el nimbo ondulado del pelo. El barón no habría podido asegurar si esa cara se iba formando conforme pasaban los segundos o era el producto de su involuntaria interpretación de la misma mancha de siempre. De pronto, vio de manera palmaria una boca con sus labios, las comisuras y los dientes que asomaban detrás de la sonrisa. Sólo entonces comprendió que esos rasgos familiares componían la cara de la matriarca. Tenía la expresión aterradora que él mismo le había modelado en su hora postrera, la exacta mueca demencial, la risa desquiciada y los ojos enormes, abiertos y alucinados con los que la había obligado a presenciar el ultraje de la niña.

Saltó de la cama y salió del cuarto, en camisón, impulsado por la fuerza irrefrenable del delirio. Corrió hacia el sector de los oficios levantándose el faldón para no pisarlo. Se asomó al taller del herrero, pero no escuchó los golpes de la forja ni sintió el calor del crisol. Siguió por el pasillo en el que se sucedían los portones de los obradores, entró en la carpintería y no vio a nadie. El aserrín que solía flotar como una nube eterna, formaba una duna quieta y desértica. Necesitaba encontrar a alguien, un yesero, un pintor, a cualquiera que pudiese tapar la mancha de humedad del techo. El barón corría y gritaba sin escuchar otra cosa más que su propio eco, el que le devolvían los pasillos intransitados y las paredes internas de su propia cabeza. Cuando salió a la recova que circundaba el patio se cruzó con una sirvienta que bajó la cabeza y, podía jurar, había dejado escapar una risa burlona a su paso. La tomó de los hombros, la sacudió y le preguntó por los oficiales de

mantenimiento. Pero no obtuvo más que silencio. Entonces recordó haber escuchado decir que los encargados de los oficios y hasta el pañolero habían pasado a integrar la Zalagarda porque recibían mejor paga y les daban armas.

Con el gorro frigio de dormir y el camisón largo como una toga, el gobernador parecía una representación alienada de la patria. Ahora corría hacia los bajos de la casa, rumbo el infierno, para encontrarse con sus leales, buscar brazos amigos y, sobre todo, dar con algún patriota que tapara la horrorosa cara de su mujer impresa en el techo como un Santo Sudario invertido. Pasó el portón que conducía al vestíbulo, saltó por encima de tres gatos hambrientos que salieron a su encuentro con los lomos arqueados en una actitud más cercana a la exigencia que a la súplica y se dejó conducir por la inercia y la pendiente hasta que, por fin, llegó a lo alto de su circo pampeano. Desde su palco contempló como un César sonámbulo el hemiciclo que formaban las gradas talladas en la falda de los barrancos, la gigantesca arena circular en lo más profundo de la ciudad y, más allá, el fondo del río infinito unido al cielo por una bruma perpetua. Se quitó el gorro y una brisa húmeda le revolvió el pelo cesáreo y le hinchó el pecho. Cerró los ojos, levantó el mentón y, como en los viejos tiempos, volvió a oír el rumor creciente de la multitud que aclamaba su nombre hasta convertirse en un rugido que hizo cimbrar las gradas y la roca madre que sostenía la barranca. Sonrió con los brazos en alto arengando a la plebe desdentada que lo aclamaba, mientras la voz unánime de la canalla se distorsionaba como una modulación fantasmal que fue deformando su nombre hasta convertirlo en el nombre impronunciable de la matriarca. Entonces el barón abrió los ojos y se encontró con una soledad

desértica y un silencio de camposanto. Aquel glorioso infierno, su magnífico circo en el que supieron desfilar caballos árabes, camellos traídos del Oriente, en cuyas arenas los hombres peleaban con yaguaretés y las niñas de la patria mostraban su bravura, se había convertido en un triste coliseo abandonado. Todos, hasta el último miserable que alisaba el barro, se habían ido con la Zalagarda. Armados con los fusiles, las pistolas, las facas y los cuchillos que les había repartido la generala, ahora vagaban por las calles sembrando el terror, la muerte y el saqueo. Sin el firme control de la matriarca, aquella milicia, el brazo armado de la matriarca, se había desmadrado y hacía cumplir su palabra de manera caótica, sin obedecer a jefes ni caudillos. La patria era una carnicería.

40
Las bestias

Las bestias escuálidas, hambrientas, las pocas que habían sobrevivido, se devoraban hasta los huesos de las víctimas de la hambruna. El barón bajó las gradas vacías y pudo ver los esqueletos de los tigres de monte inútilmente amarrados por cadenas laxas y collares de hierro por cuyo hueco pasaba una fila de vértebras secas como un puente derruido. A los costados de la arena se diseminaban huesos desordenados por el acoso de los chimangos que formaban osamentas de monstruos fantasiosos: caballos con la cabeza ornamentada con los cuernos de un toro, pumas con alas de avestruces y cuantas combinaciones permitía la gula mortuoria de los caranchos que llevaban y traían restos de aquí para allá mientras se los disputaban. Lo único que quería ahora el gobernador era encontrar un alma laboriosa y caritativa que quitara la verónica siniestra del techo de su habitación. Entraba a las grutas cavadas en la barranca y luego salía impulsado por el tufo insoportable de las bestias podridas sobre los charcos como lenguas del río oscuro que lamían la tripa de la tierra.

Unas voces espantosas bajaban de las gradas y se le metían en la cabeza, se burlaban de él con risotadas humillantes, a la vez que ponían en duda la virilidad del barón, mientras coreaban «¡Puto! ¡Puto!» con el mismo énfasis que solía ponerle la matriarca a ese

apelativo tan frecuente en su boca. El gobernador se tapaba los oídos, girando en el centro de la arena de su propio circo. De pronto, en uno de esos giros, vio a la niña, la fámula, la sierva, la hija del teniente Rendo que, conmovida, le extendía la mano y lo instaba a que se calmara. Entonces, se dispuso a demostrarle a la muchedumbre invisible, que se mofaba de él como si fuese el payaso de su propio coliseo, quién era el barón, el Hombre. Su nombre había de servir de advocación a todos los hombres de la patria. Tomó a la niña que le ofrecía ayuda. Le apretó el cuello, la tiró sobre el barro, boca abajo, le alzó la pollera con una mano, luego se levantó el camisón y frente a los ojos de la multitud invisible que festejaba la hombría del Hombre, le entró con la misma saña con la que los caranchos metían su pico voraz en la carne de las bestias muertas. Le entró una y otra vez, hasta hacerla llorar de dolor. Le entró hasta hacerla gritar de placer. Le entró hasta golpear con la cabeza colosal de su basto duro, extenso como la patria misma y alto como el pico más encumbrado de la cordillera, a la cría que la niña llevaba en el vientre. Le entró hasta inundarla y ahogar a la cría bajo el Iguazú espermático que le soltó en cascadas impetuosas. El rugido de la multitud de pronto se transformó en una carcajada bufonesca. El barón miró hacia el cuerpo caliente y sudoroso que aplastaba bajo su vientre y descubrió que estaba penetrando a una oveja flaca, lanuda y moribunda. Vio las pupilas verticales del borrego que apenas si tenía aliento para berrear. Se levantó de un salto y el animal corrió a refugiarse en una de la grutas abiertas en la barranca.

De pie en el medio del barro, el gobernador sintió que el suelo temblaba debajo de sus pies. Una de las gradas se deslizó por la

pendiente del barranco y a su paso arrastró a todas las que estaban por debajo. El barón corrió y trepó por la ladera que aún estaba firme y mientras ascendía, veía cómo se desmoronaba todo el hemiciclo, primero sobre la arena y luego el alud arrastraba todo hacia el río. Otra vez en lo alto, el gobernador miró por última vez lo que quedaba del infierno, su último bastión.

41
El ala quebrada

El ala quebrada de la casa, aquella tierra baja lindera con el río, se convirtió en un abismo vertical en cuya cima quedó un retrete sin paredes como una casa de muñecas indecorosa. La casa era un sistema complejo. Acaso algún funcionario supusiera que la gobernación podía mantener una existencia independiente del infierno; de hecho, la mayoría de los habitantes del ala administrativa ni siquiera sabían que la casa tenía una vida subterránea ni, mucho menos, que aquel infierno había sido tragado por el río. No sospechaban, tampoco, que las imperceptibles grietas que surgieron en las paredes oficiales tenían un origen más profundo. Luego de la aparición de la cara perturbada de la difunta en el cielo raso de la habitación marital y del desmoronamiento del miserable coliseo, el barón se refugió en el despacho gubernativo. Igual que un oscuro escribiente, se encerraba durante todo el día en el escritorio oficial. En la noche, cuando todos se retiraban, se ocultaba en una pequeña recámara y luego se acostaba a dormir subrepticiamente en el sillón como si fuese un intruso.

Dormía con un sueño frágil. Vestido con el uniforme, sin siquiera quitarse las botas, se mantenía en una duermevela que lo agotaba más de lo que lo reparaba. Con la ansiedad de los discípulos del Redentor, pero con el ánimo opuesto, esperaba aterrado el regreso

de la matriarca, cuyo cuerpo jamás había aparecido. Cualquier ruido lo sobresaltaba y ninguno se le pasaba por alto. El menor murmullo proveniente de otro despacho sonaba en sus oídos como el diálogo dramático entre un tenor y una soprano antes del desenlace fatal; sospechaba que todos hablaban de él en tono conspirativo o, peor, burlón. Creía que el personal se mofaba del exiguo tamaño de su virilidad, de modo que, por encima del voluminoso protector genital y debajo del breech, se agregaba rellenos que modelaba con ovillos de lana y gasa, todo lo cual le confería un aspecto mórbido, como si cargara una hernia a punto de estallarle en el bajo vientre. El rechinar de una silla resonaba en sus nervios alterados como un movimiento telúrico y los pasos solitarios de un sirviente, como la marcha de un ejército invasor. Como si la tuviese impresa en el revés de los párpados, cada vez que cerraba los ojos veía la cara de la matriarca con aquella risa desencajada que él mismo le había dibujado. La veía en la borra del café y en la formas de las nubes, la escuchaba en la voz de los ministros y en el ladrido lejano de los perros. «Puto», le susurraban todos a su paso con la entonación de la generala. «Puto», le decían en sordina, mientras le miraban la entrepierna abultada y se le reían en la cara.

El barón decidió no salir del despacho. Los ministros y secretarios le golpeaban la puerta, le imploraban que abriera, que la situación era catastrófica; pero los echaba, uno tras otro, con insultos. Revoleaba pisapapeles, tinteros y candelabros a la puerta, les decía que se fueran y lo dejaran solo. Sin las cartas de navegación de la generala, la patria crujía desde los cimientos.

La casa sufría temblores y desprendimientos de mampostería a medida que las grietas se hacían más profundas. Las arañas solían

balancearse como si las agitaran fantasmas inmemoriales y los caireles de cristal sonaban con notas altas a causa de las vibraciones, como un órgano de copas que fuera ejecutado por un músico perverso. Estos acordes infernales, atonales, mortificaban los tímpanos sensibilizados del barón. La estructura de la casa se había debilitado luego del desmoronamiento de los bajos de la residencia. La tierra se movió debajo del suelo y barrió los pilares. Una grieta unánime surcó el techo, el piso y las paredes con la precisión de un meridiano rectangular y dividió el despacho en dos mitades. El gobernador iba a escapar por la puerta principal, pero una melodía ejecutada por un coro celestial proveniente de la puerta contraria se impuso sobre el sonido de los caireles y los ladrillos al quebrarse. El barón se detuvo en seco y volvió sobre sus pasos, atraído por aquella música de ángeles. Abrió la hoja de la pequeña puerta lateral que comunicaba con el despacho contiguo y la pudo ver inmaculada, altísima y bella como una virgen encinta. La niña coronada. Corrió hacia ella y a sus espaldas se derrumbó el despacho y, más allá, el pasillo por el que estuvo a punto de salir, se desplomó y quedó reducido a escombros. La niña, la fámula, la sierva coronada lo había salvado.

42
El coro

El coro de ángeles invisibles cantaba una marcha épica, un himno dedicado a la grandeza del gobernador, a su hombría, a su coraje, a las dimensiones de sus testículos como mundos, al grosor de su verga imperial, símbolo de la vastedad de la patria y del señorío del barón sobre el enemigo. Mientras la casa se derrumbaba a sus espaldas, los ángeles cantaban loas a la bravura de su espada y a la luminosidad del porvenir. Aquello no era el final de nada, sino el comienzo de todo. Delante del coro invisible estaba la niña. Espléndida, radiante, desnuda como una cariátide que sostenía el mundo inaugural del gobernador, mientras caía el viejo orden. El vientre henchido de la niña era la promesa de un futuro magnífico y de la perpetuación de la sangre federal en el subsuelo de la nación. Una orquesta empírea tocaba los acordes de una marcha heroica:

la-do-re-re-mi-sol-do-la
do-la-sol-la-sol-mi-sol
mi-re-mi-re-do

La niña desnuda, la sierva, la fámula, le extendía los brazos al gobernador, lo reclamaba con una sonrisa beatífica que lo protegía

de los escombros de aquella casa que había sido su cárcel. El coro de ángeles cantaba:

Abrázame madre del dolor
Nunca estuve tan lejos…

El barón caminaba hacia la niña despojándose de la ropa y a su paso, detrás de él, se hundía el suelo y crepitaban las maderas al quebrarse.

Abrázame
que de la vida yo ya estoy repuesto

A medida que el gobernador avanzaba un paso, la niña retrocedía otro marcándole el camino seguro: un angosto sendero de tierra firme entre la destrucción, mientras las voces del coro se alzaban más y más alto hacia el cielo:

Y en esta quietud que ronda mi muerte
No tengo presagios de lo que vendrá

El gobernador, desnudo, corría entre las ruinas detrás de la niña, al tiempo que la orquesta atronaba:

la-do-re-re-mi-sol-do-la
do-la-sol-la-sol-mi-sol
mi-re-mi-re-do

Un estruendo de adobe, ladrillos, vigas, hierros, tejas, huesos, jarrones, cráneos, vajilla y elementos irreconocibles anticipó la caída final del ala administrativa de la casa. Una galaxia de polvo se alzó en volutas, remolinos y constelaciones sobre las ruinas. No quedó piedra sobre piedra. El infierno fue sepultado bajo el río y el palacio de gobierno se convirtió en una nube calcárea que flotaba entre el agua y el cielo. Cuando los ecos del estrépito cesaron y los fragmentos de aquel universo derruido se aquietaron, surgió el barón cubierto sólo por un sudario de polvo blanco. Ciego a las cosas de ese mundo deshecho, el gobernador caminaba hacia la niña que le indicaba el rumbo de la salvación. Lo único que había quedado en pie era el ala más vieja de la casa, la residencia de la familia de la generala. La fámula, redentora, lo condujo hacia la galería que conectaba la gobernación con el hogar en el que había nacido la matriarca. Y conforme avanzaba tras los pasos de la niña coronada, las columnas se desplomaban y sobre ellas caían los aleros sucesivos detrás de él. De pronto, desde el fondo de los despojos, vertical, impecable, con un uniforme negro y una librea dorada, surgió el Cuentacabezas, aquel que se había convertido en la mano derecha de la generala durante los últimos tiempos. Como el bastonero de una banda militar, con un gesto preciso, dio la orden para que comparecieran los decapitados por la Zalagarda. Se adelantó hasta marchar junto al barón y a su paso salieron de la tripa de la tierra los antiguos insurrectos que llevaban sus propias cabezas bajo el brazo para rendir cuentas ante el último tribunal. De entre los muertos, se destacaba la estatura del granadero Maizales, el custodio infiel, el guardia que había querido matar al gobernador y, sorprendido por él, lo había abierto al medio como a un pollo y lo

había envuelto en una alfombra persa antes de tirarlo a los chanchos. Así, con el abdomen abierto y sosteniéndose las tripas, marchaba también el granadero al encuentro de su expediente final. El barón no quiso mirarlo a la cara. Sólo seguía los pasos de la fámula, quien detuvo su recorrido en el patio central.

Delante del viejo aljibe se extendía un estrado alto, altísimo, tanto que desde el llano en el que permanecía el gobernador secundado por el ejército de traidores ajusticiados, no alcanzaba a verse a quienes ocupaban el púlpito. Entonces el Cuentacabezas le indicó al barón que subiera los escalones para que escuchara el veredicto.

43
Cuarenta escalones

Cuarenta escalones separaban el suelo del estrado. Cuarenta escalones semejantes a la eternidad. El gobernador escalaba los peldaños, uno a uno, lentamente, como si quisiera perpetuar el ascenso y así aplazar para siempre el encuentro final. No pensaba en la sentencia ni el castigo. No esperaba una absolución ni un indulto ni una apelación de nadie. Ascendía sin fatiga pero sin prisa. Miró hacia abajo y desde lo alto vio la casa en ruinas, el coliseo derrumbado sobre el río, los restos de la gobernación debajo de la nebulosa galáctica de partículas generacionales suspendidas en el tiempo y el espacio y, más allá, la ciudad indiferente que le daba la espalda. Sin detenerse, con una morosidad resignada, mientras subía, el barón pudo ver la flota enemiga que apuntaba los cañones silenciosos hacia esa nada de escombros. Desde el otro lado, llegaban ejércitos ecuestres que rodeaban los altos muros que protegían esa fortaleza de ausencia, silencio y olvido.

Cuando llegó al último escalón, tuvo frente a sí la tabla rústica y perpetua del estrado, cubierta por un mantel de cocina ordinario. Se resistía a levantar la cabeza y enfrentar la mirada de los jueces. Sobre el mantel toscamente bordado, el gobernador reconoció el Cristo de alpaca que había destrozado con el caño del fusil, ahora remendado con un alambre, como si fuese una prueba en su contra.

Un poco más allá, reposaba la urna profanada que guardaba las cenizas del muerto anónimo. Del otro lado, el gobernador encontró con los ojos las macetas con anturios en flor, cuyos pétalos eran idénticos a los pezones de la niña y los plantines de albahaca y perejil que crecían tras los cristales del jardín de invierno convertido ahora en polvo de diamante y hojas de hierba molidas. En el centro, delante de sus ojos, había una espada con máculas de sangre y barro. Desde abajo, atronó la voz del Cuentacabezas quien, con las manos en bocina, le ordenó al barón:

–¡Vista al frente!

El gobernador, con la cabeza gacha, no se atrevía a levantar los ojos del mantel.

–¡Vista al frente! ¡Ahora! –volvió a gritar el Cuentacabezas desde abajo.

Conminado por el comandante de los muertos, la impaciencia de los decapitados que esperaban su turno, el perfume de los anturios y la albahaca, la fuerza de los recuerdos, la flota enemiga desde el río y los ejércitos sublevados desde tierra firme, el barón levantó la vista y se encontró con la mirada serena de uno de sus jueces. Frente al gobernador, detrás de la espada que descansaba en el estrado, estaba el teniente Rendo. Tenía el vientre fajado con una gasa ensangrentada; una muleta apoyada vertical en la mesa le recordó al gobernador que a su antiguo camarada le faltaba una pierna. El teniente, con las manos cruzadas sobre el mantel observaba al barón sin rencor, con un gesto reconcentrado como si quisiera descubrir qué demonios lo habitaban. Como una mariposa de las cortaderas pampeanas, la niña coronada, suspendida en el aire llegó hasta el escaño elevado que ocupaba su padre y se sentó sobre su

regazo maltrecho. Le rodeó el cuello con los brazos de niña y se apretó contra su pecho:

–Tatita –le dijo, solo eso–. –Tatita –lo decía como si no le importara otra cosa en este mundo que habitar los ojos de su tata para siempre–. Tata –repitió, como si en esa palabra se resumiera la cifra del universo, el nombre del amor y el numen del Todo.

El teniente Rendo no pudo evitar un llanto amargo, como si no se hubiera perdonado jamás abandonar este mundo y haber dejado a su hija entre los colmillos del chacal.

–No tatita, no. No me haga llorar –le dijo la niña, mientras le enjugaba las lágrimas con el revés de los dedos y lo envolvía en las alas de mariposa.

–Vaya, mi ángel, vaya mi florcita del aire –le dijo, repuesto del llanto a la niña coronada.

–No tatita, me quiero quedar con usté, no me vuelva dejar, tata –le susurró en el oído y se aferró al cuello como un clavel del aire a la rama.

El teniente Rendo alzó a la niña coronada entre sus manos y le sopló las alas incorpóreas de la espalda, hasta que alzó un vuelo de mariposa y se perdió en la nube del derrumbe.

Ambos hombres quedaron frente a frente. En silencio. El gobernador bajó la vista.

–¿Por qué? –le preguntó el teniente al gobernador.

El barón estaba por hablar, pero el padre de la niña ya le conocía las mañas, los gestos y las palabras. De modo que, anticipando un descargo tan miserable como lo que se le imputaba, el teniente levantó la mano, le negó la palabra y le otorgó el beneficio del silencio. No fue un acto de conmiseración para con el gobernador,

sino para con él mismo. No quería volver a escuchar su voz. El dictamen del teniente Rendo estaba decidido. Pero no era el único ni el último.

44
Las tropas

Las tropas entraron en la casa sin encontrar resistencia.

Los soldados ingresaron por la entrada de la gobernación, avanzaron por los pasillos, derribaron cada una de las puertas de los despachos y al entrar no encontraron más que vestigios de una fuga precipitada. Antecedidos por la punta de las bayonetas y el caño de los fusiles, se parapetaban detrás de las columnas sin percibir movimiento alguno. Otra partida de soldados entró por el portón de las caballerizas. A su paso encontraban caballos flacos que desfallecían atados a los palenques, cerdos que se comían las maderas del corral y gallinas muertas entre el guano pestilente. Eran una casa súbitamente abandonada. A medida que se internaban en las distintas estancias no encontraban más que vestigios de un éxodo presuroso. No vieron a nadie, ni vivo ni muerto. Nadie. Era una ciudadela deshabitada, como si sus moradores hubieran huido a causa de una peste. La epidemia que precede al ocaso había asolado la casa. La enfermedad más contagiosa y aterradora se había esparcido en todos los rincones y había provocado el éxodo masivo antes de la caída: la pérdida del poder. Había vestigios de todos los elementos humanos salvo uno: no había el menor rastro de lealtad.

A esa altura, los soldados suponían que no había quedado nadie. Sin embargo, cuando entraron en la alcoba principal de la residencia,

pudieron ver a una niña sentada en una silla en el rincón del cuarto. El oficial ordenó a sus hombres que bajaran las armas. Se acercó a la niña y se arrodilló a su lado. La niña, la sierva, la fámula, levantó la cabeza. Quiso sonreír al ver a ese teniente joven que llevaba un uniforme idéntico al que ella tanto conocía. Quiso sonreír, pero había olvidado cómo se hacía. En lugar de una sonrisa, le salió un llanto tumultuoso, desesperado; un llanto que no era ni de tristeza ni de felicidad y de ambas a la vez. Un llanto amargo, salado y dulce, un llanto que sólo las niñas comprenden. El soldado entendió que no debía tocarla. Era un llanto que formaba un halo a su alrededor, un nimbo invisible que ningún hombre debía penetrar con sus manos ni con sus palabras, ni siquiera con el aliento. El oficial mandó llamar a una mujer para que le diera consuelo y la condujera hacia afuera. No bien entró en el cuarto, la mujer, una mujer que pasaba por ahí, la primera que encontraron, se acercó a la niña y le preguntó si podía caminar. María Emilia asintió, aceptó los brazos que le tendió la mujer y se incorporó. Los soldados vieron entonces que era una niña alta, membruda, gruesa, pero una niña. Así, de pie, la mujer percibió que era una niña que llevaba otro niño dentro.

Desde el río, la flota apuntaba sus cañones hacia el baluarte. La proa de un buque de bandera británica avanzó, monumental, entre los barcos militares como una ballena entre las rémoras. El capitán inglés ni siquiera prestó atención a los viejos cañones que con sus ojos oxidados escudriñaban la fortaleza. Miraba las aguas oscuras del Plata que, en comparación con las del Támesis, a las que se dirigían, parecían las del Caribe. Uno de los artilleros le hizo gestos al capitán del barco mercante británico indicándole que tenía la ruta libre. El capitán asintió y puso proa hacia el nordeste.

Los rayos oblicuos del sol del ocaso obligaron a uno de los pasajeros que viajaba acodado en la cubierta a cubrirse la cara con el ala del sombrero. El vigía del barco que encabezaba la escuadra, desde lo alto de la cofa, observaba a través de catalejos la ciudadela a orillas del río. No se veía más que soledad y quietud. El vigía dirigió el catalejo hacia el pasajero quien, al ver que la lente lo apuntaba, escupió en dirección del otro barco. El salivaco cayó vertical en el agua y flotó hasta mezclarse con la espuma. Fue lo último que dejó el gobernador en la patria antes de pisar el suelo de Inglaterra.

Inglaterra era un sueño inalcanzable. Inglaterra era el nombre de la razón. Inglaterra era la razón de la locura. Inglaterra era el nombre de los sueños y las pesadillas. Inglaterra era el nombre del odio. Inglaterra era la cifra del amor no correspondido. Del deslumbramiento. Inglaterra era el nombre de la perfidia. Bajo la mascarada del orgullo, se escondía el corazón roto de los despechados. El gobernador le había dado todo a Inglaterra y a cambio sólo había recibido una cortadora de césped, algunas armas en desuso, perros de compañía para su mujer, un par de paisajistas, unas porcelanas y un reloj de péndulo que, a fuerza de habitar estas pampas, había puesto en duda la puntualidad británica. El barón había sido derrotado por la indiferencia. Jamás luchó contra la rubia Albión, sino por ella, para ella, por nada, a cambio de nada. Incluso cuando la enfrentó, lo hizo por amor cuando el amor toma la apariencia del rencor. Odiaba a Inglaterra de la misma manera que odiaba al teniente Rendo y a su hija; los atacó hasta el martirio, hasta la locura, porque no había podido tener la lealtad del padre ni el amor de la hija. Ahora, vencido por la soledad, el despecho y el

delirio, navegaba a Inglaterra, el nombre de sus desvelos. No amaba a España, como declaraba a los cuatro vientos, ni a la Virgen de Guadalupe, a la que se había consagrado su esposa. De Francia sólo admiraba las cajas fuertes de Fichet. Ni siquiera el vino. Soñaba con los viñedos de Sussex.

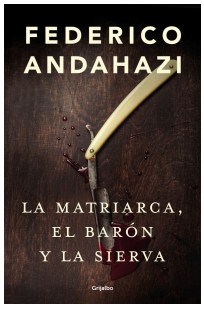
El buque inglés pasó entre los barcos ante la venia de los marinos en la cubierta. La flota criolla le abrió una pasarela para que abandonara las aguas oscuras del Plata hacia la ruta del Atlántico. En tierra, la niña llevaba otra niña en el vientre. En el río, el buque llevaba dentro de su vientre colosal, en la bodega, oculto entre las arcas, las jarcias y los bastimentos, cuarenta arcones repletos y una caja fuerte cerrada. Debajo de unas pestilentes redes de pesca se apilaban cuarenta cofres tan pesados que hacían crujir las varas, las cuadernas y los durmientes. Si alguno de los marinos de la escuadra que vigilaba las costas frente a la gobernación hubiese bajado a la bodega, a simple vista no habría visto más que lo que se ve en cualquier barco: cuerdas, canastos, provisiones y cajones. Si en lugar de abrirle paso, algún soldado hubiese quitado las redes que cubrían las cajas, se habría encontrado con una montaña de monedas de oro y plata, con lingotes y soles, con perúes, con libras esterlinas, con papeles al portador, con reales, duros y patacones, pesos fuertes, pesos duros, pesos áureos y argentos, libras Torre y libras Troy, libras *sterling*, dólares de oro y de plata. Sin contar el desconocido tesoro que guardaba la caja francesa que nadie había podido abrir. La alfombra roja que le tendía la rubia Albión tenía un precio.

Si el vigía hubiese hecho foco en la cara del pasajero que escupió al viento, habría reconocido las patillas triangulares y los ojos claros

del gobernador, debajo de cuyos párpados estaba impresa la imagen de la matriarca con aquel gesto enloquecido que él mismo le tallara. Esos ojos que, aun desde el río, veían en esa fortaleza alta, sólida, incólume, un cúmulo de escombros que eran, en verdad, las ruinas del poder y la razón.

El buque cruzó desde las aguas marrones del Plata hacia el océano Atlántico y se perdió más allá de la línea del horizonte. Navegaría durante días y noches hasta el lugar donde el barón debía cumplir la condena, la de los anhelos imposibles, hasta el día de su muerte, lejos de aquella patria malherida, desterrado de esas pampas devastadas por la barbarie una y otra vez. Rumbo al exilio en el infierno de su paraíso londinense, el gobernador se negó a mirar por última vez las costas de ese país que apenas contaba con la esperanza de la hija por venir, de la hija de dos sangres enemigas, en cuyo nombre, sin embargo, habría de cifrarse la última esperanza.

La última.



En el corazón de una patria en guerra, una casa funciona como fortaleza, capilla y gobierno. Allí manda la matriarca, una mujer ferozmente religiosa que administra con mano de hierro los asuntos del hogar, del Estado y de Dios. El barón, su esposo, es el gobernador: un caudillo temido, paranoico, entregado a la violencia como forma de control. Entre ambos, una sierva. Apenas una niña, hija de un teniente que entregó su vida por la nación, adoptada por el barón con una promesa que nunca pensó cumplir.

En lugar de protegerla, la encierra, la reduce a la servidumbre y la lanza a la "riña de niñas", un espectáculo sangriento con que se alimenta el fervor popular. Pero dentro de esa casa —pueblo en miniatura, sede del régimen y teatro de la barbarie—, María Emilia traza una alianza secreta con la esposa del dictador. Desde las sombras, "La Generala" gobierna sin alzar la voz.

Federico Andahazi construye una alegoría feroz del poder y sus formas más íntimas, un universo cerrado, brutal y fascinante, inspirado en el realismo mágico. Con un lenguaje preciso y escenas de una intensidad inquietante, *La matriarca, el barón y la sierva* es una novela sobre la ceguera de la tiranía y la crueldad como orden

doméstico y político. Nadie sale indemne de esta casa, ni siquiera quienes la gobiernan.



FEDERICO ANDAHAZI

Nació en Buenos Aires en 1963. Se graduó en Psicología en la Universidad de Buenos Aires. En 1997 publicó la novela *El anatomista*, con la que ganó el primer premio de la Fundación Fortabat y que se transformó en un rotundo éxito de ventas y se tradujo a más de cincuenta idiomas. Desde entonces publicó más de quince títulos entre novelas, cuentos y ensayos. En 2006 ganó el Premio Planeta de Novela con *El conquistador*. Sus novelas *El anatomista* y *Errante en la sombra* fueron llevadas al teatro con gran éxito de público y crítica. En octubre de 2011 fue distinguido como Personalidad Destacada de la Cultura por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. En Grijalbo también ha publicado las novelas *Las huellas del mal*, *Psicódromo* y *Mares de furia*.

andahazi.com

Foto del autor: © Aída Pippo

Otros títulos de Federico Andahazi en

penguinlibros.com



Andahazi, Federico
La matriarca, el barón y la sierva / Federico Andahazi. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2025.
(Ficción)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-28-1844-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



© Federico Andahazi
Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.
Balmes 209, 5° 2°, 08006 Barcelona,
teléfono +34 93 212 47 91
e-mail: info@casanovaslynch.com

Edición en formato digital: diciembre de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-950-28-1844-3

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

La matriarca, el barón y la sierva
1. La navaja
2. La generala
3. La sangre
4. La casa
5. Del cielo al infierno
6. La niña
7. El aire
8. La mano
9. Hija, mi hija, m’ hijita
10. La otra mejilla
11. La celda
12. Tres mujeres
13. La niña amaba a los perros
14. El infierno
15. La lucha final
16. No viviré para siempre
17. Ojo por ojo
18. En el infierno no hay héroes
19. El espejo roto
20. En el infierno no hay rebeldes
21. Animales de costumbre
22. La vergüenza
23. El manto de cristo
24. El ángel de las profundidades
25. La zalagarda

26. El crucifijo de alpaca
27. Antes del anochecer
28. La bosta, el barro y la sangre
29. Las cabezas
30. A la salud de los enfermos
31. La impaciencia
32. La piedad
33. La casa, la patria y la razón
34. El barón y la sierva
35. La vida y la muerte
36. Las exequias
37. Las putas
38. El cuerpo de la matriarca
39. La parusía
40. Las bestias
41. El ala quebrada
42. El coro
43. Cuarenta escalones
44. Las tropas
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos de Federico Andahazi
Créditos